ESCUELA, EDUCACIÓN Y VALORES

José Manuel
Frías Sarmiento
[coordinador]

JOSÉ MANUEL FRÍAS SARMIENTO es un constante promotor del pensamiento educativo. Coordina talleres de redacción, dirige revistas pedagógicas y convoca a un Colectivo de Escritores Académicos para escribir ensayos y artículos relacionados con la educación, la cultura y los valores en las escuelas y en la sociedad. José Manuel toca y abre puertas en las instituciones para publicar los textos que producen los integrantes de sus talleres y el Colectivo Académico que coordina. Así es como nace *ESCUELA, EDUCACIÓN Y VALORES*, un libro que, con el apoyo de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa, se integra a una saga de cuatro libros de contenido axiológico en la educación. Cuatro libros que, en conjunto, suman ya más de cien artículos, ensayos, reflexiones y testimonios que describen y narran el entramado escolar y pedagógico, en el que se sustentan los valores y las virtudes presentes en los alumnos y profesores de las escuelas en las que trabajan los autores de los 36 textos que integran este volumen. Valores y virtudes que la UPES y el Colectivo de Escritores Académicos ponen a disposición de todos los lectores que decidan participar en la construcción de una sociedad más unida y llena de armonía.

josemanuel.frias@upes.edu.mx

ESCUELA, EDUCACIÓN Y VALORES

Primera edición: mayo de 2016

© José Manuel Frías Sarmiento
© Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa
Calle Castizas s/n, Col. Cuauhtémoc, 31614
Culiacán Rosales, Sinaloa
Teléfono: 01800 890 4726

ISBN:

Fotografía del autor: Lizbethfrías Photography

Cuidado de la edición y coordinación:
José Manuel Frías Sarmiento

Concepto, maqueta y diseño: Editorial Moby Dick
Boulevard Sinaloa 925-b, Col Las Quintas
Culiacán Rosales, Sinaloa
sbanuelos57@hotmail.com

Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización
escrita por el propietario de los derechos patrimoniales

Hecho en México

ESCUELA, EDUCACIÓN Y VALORES

José Manuel Frías Sarmiento
COORDINADOR

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA DEL ESTADO DE SINALOA

GOBIERNO DEL ESTADO DE SINALOA

Lic. Mario López Valdez
Gobernador del Estado de Sinaloa

Lic. Gerardo Octavio Vargas Landeros
Secretario General de Gobierno

Dr. Gómer Monárrez González
Secretario de Educación Pública y Cultura

Dr. Leonardo Germán Gandarilla
Subsecretario de Educación Media Superior y Superior

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA DEL ESTADO DE SINALOA

Dr. Aniseto Cárdenas Galindo
Rector

MC José Abelardo Ríos Pérez
Secretario Académico

Lic. Norma Leticia Juárez Beltrán
Secretaria Administrativa

MC Erick Zorobabel Vargas Castro
Director de la Unidad Mazatlán

MC Jaime Antonio Flores Urías
Director de la Unidad Los Mochis

CONTENIDO

Presentación 11
Aniseto Cárdenas Galindo
Prólogo 15
José Manuel Frías Sarmiento
Principios, educación y valores 19
Jesús Lamberto Martínez Aldana
El campo de labor 31
Ebenezer Flores Medina
Una marca de por vida 35
Cindy Meza Nájera
Lo que nos brinda la escuela 41
Miriam Monserrath Rubio Terriques
La mejor profesión 43
María Guadalupe Salazar Sáinz
La escuela narra 47
Alfredo Zañudo Mariscal
Piel de mariposa 51
Perla Jaqueline Peinado Toledo
La escuela me lo ha dado... 59
María Madrid Zazueta
Camino hacia la docencia 65
Claudia Isabel Tablón Barreras
La práctica hace al maestro 69
Lubia Miroslava García Montoya

El quehacer docente en la promoción de los valores: entre el desafío, la perseverancia, disciplina y determinación de asumir el cambio 75
Jesús Vidal Ponce
Entre la teoría y la práctica 85
Manuel de Jesús Álvarez Juárez
Ser maestra 105
Alma Yadira Zamudio Camacho
Cambiar la práctica para cambiar el mundo 109
Misael Rojo Bojórquez
La escuela que merecen nuestros niños 113
Jesús Guillermo Nieblas Villa
El valor de ir a la escuela 117
Onofre Benard Hernández
El valor de una escuela rural en la formación del profesor novel 123
Sidartha Millán Gamiño
La pasión por estudiar 139
Juan Lizárraga Tisnado
Los valores en la escuela que queremos 155
Sara Eduviges Alcaraz Barreras
Aviones de papel 161
Andrea Berrelleza Altamirano
La atención a la diversidad en las aulas 169
José Antonio Chávez Espinoza
La educación se mama 175
Lázaro Armenta Armenta
Los valores de la tutoría docente en la escuela 185
Óscar Isaac Corral Arias
¡A esos maestros hay que felicitar! 197
María Teresa Villa Tafoya
La importancia de una educación en valores 201
Irasema Serrano Alvarado
Las escuelas de antes 205
Ary Yazaanya Martínez Gutiérrez
Los valores y la ontología escolar: ser alumno 211
Efraín Alemán García

Aprender del maestro 223
María del Pilar Valdez Pérez
La pasión de los docentes por compartir 225
Nadxiely Díaz Guzmán
La amistad en la escuela 229
Julio César Soto Moreno
El valor de la educación 233
Teresa de Jesús Rodríguez Uriarte
Pensar para aprender 239
Tania Elizabeth Favela Navarro
El cambio depende de ti 245
Jesús Joshio Lerwin Navejas Rodríguez
El estigma de la estulticia 249
Antonio Kitaoka Vizcarra
No les dejamos soñar 257
Maricela Campos Guardado
El lugar más bonito 261
José Manuel Frías Sarmiento

PRESENTACIÓN

Con la entrega de este nuevo libro de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa continuamos a buen paso la tarea editorial que asumimos en beneficio no sólo de nuestros estudiantes, maestros y personal administrativo, sino también para la forja de mejores relaciones comunitarias.

Escuela, Educación y Valores, coordinado por José Manuel Frías Sarmiento, forma parte de un esfuerzo institucional por poner al alcance de todos no sólo los conocimientos y las experiencias formativas; con este material, como con los anteriores, enriquecemos además el examen de los valores, tema clave en las escuelas públicas de Sinaloa y política que el gobierno de Mario López Valdez fomenta desde el inicio de su gestión.

La Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa, en cada una de sus unidades y con base en las contribuciones de sus maestros, se comprometió a participar en el programa *En Sinaloa se Viven los Valores*. Con orgullo, fuimos ganadores en educación superior del Primer Concurso de Proyectos sobre Prácticas Escolares Exitosas en Valores en su fase estatal.

El proyecto editorial de la UPES se relaciona cada vez más con el tema de los valores. Por ejemplo, en el IV Congreso Internacional de Educación en Valores presentamos *El Valor de Alfabetizar*, que es la suma testimonial del trabajo desempeñado por estudiantes de esta casa de estudios para enseñar a leer y escribir a los sinaloenses que padecen estas carencias. Se trata de más de treinta experiencias contadas en primera persona y que en conjunto trascienden lo anecdótico para configurar una tarea comprometida con los que menos tienen. También es un testimonio de la realidad sinaloense y de lo mucho que necesitamos hacer para crecer como institución y como sociedad.

En el libro *Los Valores de las Virtudes*, también presentado en el IV Congreso Internacional de Educación en Valores, diecinueve maestros de la UPES participan con reflexiones e investigaciones acerca de los valores y el programa SIVIVA.

En el Tercer Congreso Nacional de Innovación Educativa, organizado por nuestra universidad, fue presentado *Escuela con Valores: Respuesta a los Principales Retos de la Educación,* de Juan Carlos López Gracia. Así, de nueva cuenta, asumimos nuestro compromiso con el fomento de los valores mediante esta publicación en que su autor precisa conceptos y ofrece una alternativa formativa para estudiantes y maestros.

La Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa se ha convertido poco a poco, pero seguramente, en productora de buenos libros, involucrando a su planta de maestros y estimulando la participación

de sus estudiantes. Es una institución que sabe combinar sus actividades académicas y áulicas con el fomento de los valores.

Valores de la Educación, coordinado por José Manuel Frías Sarmiento, es, por su parte, una compilación de textos de investigadores de la UPES. En sus páginas, el lector encontrará reflexiones acerca de la educación y su relación con los valores en la sociedad, la figura del maestro y la necesidad de formarse en el espacio de la ética en una época velozmente cambiante, a lo que deberían sumarse resueltamente los padres, las autoridades y la sociedad.

En *Escuela, Educación y Valores,* la aportación de la UPES toca de lleno las experiencias formativas de los maestros, no pocas veces en condiciones familiares y económicas difíciles y, por supuesto, cómo la combinación de la escuela y la familia puede fortalecer los valores en la tarea formativa, con la comprensión de que educar es un verbo que trasciende el aula y se explica también en el hogar. Así, se subraya que la educación es una tarea que nos convoca a todos.

Esperamos que *Escuela, Educación y Valores,* sea un documento de interés universitario y ciudadano. Es nuestro objetivo.

Aniseto Cárdenas Galindo
Rector de la Universidad Pedagógica
del Estado de Sinaloa
Abril de 2016

Prólogo

Escuela, educación y valores es el cuarto libro de una colección sobre valores que la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa ha editado en los últimos tres años, con el apoyo de un entusiasta Colectivo de Escritores Académicos.

En este cuarto volumen presentamos una variada gama de relatos personales, ensayos académicos, reflexiones educativas y viñetas escolares que dan cuenta del andar, el pensamiento y las acciones pedagógicas de los hombres y mujeres que, al calor del recuerdo escolar y de las vivencias académicas, describen, narran y analizan los valores implícitos en las situaciones de aprendizaje que todos desarrollamos y resolvemos en las escuelas, en las que recibimos y propiciamos la educación que necesitamos.

Es una historia viva, narrada en varias voces, que cuentan cómo es que la escuela se ha metido en nuestras vidas y cómo es que nosotros ya no queremos abandonar sus escenarios. Es la impronta escrita de profesores, alumnos e investigadores que abren las puertas del aprendizaje construido en las escuelas para mostrarnos los valores que la educación escolar ha llevado al corazón de sus sentimientos y a la racionalidad de su pensamiento pedagógico. Es la evidencia de que *la escuela es un mundo lleno de valores* que no hemos sabido comprender ni ejercer a plenitud, pero que a todos nos ha tocado en las fibras de nuestra sensibilidad personal y profesional.

A la escuela vamos todos a recibir educación, sin atinar a pensar que ésta se encuentra en las casas, en las familias, en el hogar, al calor de los valores que nuestros padres nos enseñan. Valores que nos permiten comprender y asimilar mejor los comportamientos y saberes que los profesores ponen a nuestro alcance, de acuerdo con las situaciones de aprendizaje que los niveles cognitivos, en cada etapa escolar, requieran; o, más bien, los apropiados para que los podamos internalizar y ejercer con plenitud académica y adecuada actitud personal y profesional, según sea el caso.

Con su permanente vocación por la difusión y el ejercicio de los valores éticos universales entre sus alumnos y el personal docente y administrativo, la UPES cobija a este Colectivo de Escritores Académicos y les brinda espacios y recursos para que den rienda suelta a sus reflexiones pedagógicas. A través de ensayos, experiencias y trazos de su vida escolar, dibujan viñetas literarias que ilustran los avatares y el devenir de la convivencia y el comportamiento de los actores educativos, a la par que se siente el *vibrato* de las voces internas que nos hablan de sentires ocultos avizorados entre las líneas de los textos que definen fragmentos de una *novela escolar* que aún no termina por escribirse.

Los 36 autores de este libro, con diversos matices en su escritura, dicen que la escuela es un lugar importante en nuestras vidas, que la educación recibida en casa se complementa con la instrucción escolar y que la asunción de los valores es el resultado natural de la percepción que de las virtudes tengamos en nuestras familias. Valores y virtudes mejor explicadas por las 20 autoras, ya que con su experiencia de ser las primeras educadoras en los hogares conocen mejor que nosotros los intersticios de la educación que luego se continúa en las instituciones escolares. Ellas tienen el doble privilegio de ser piedra angular en este proceso social que significa educar en casa y ser profesora en las escuelas. A esta mirada femenina se suman las reflexiones de los 16 autores varones que, a su vez, presentan la perspectiva que completa el lienzo escolar en el que se plasman los valores que la educación propicia en las escuelas sinaloenses. Todos, hombres y mujeres, hemos querido contar la vida escolar como la apreciamos, con la felicidad y las penurias con que la gozamos y con la importancia que para nuestra vida representa ese proceso.

Esperamos que los textos que integran este volumen ayuden a los lectores profesores a repensar su profesión, los animen a escribir sus experiencias e impulsen a buscar otras explicaciones que complementen lo que aquí comentamos. Son textos escritos con el sentimiento y con la emoción de sabernos parte del todo generador que se mueve en las escuelas, ese todo que propicia señales y actitudes axiológicas personales e institucionales que luego la sociedad incrementa con los pareceres que cada quien imprime a la educación que la escuela nos proporciona.

Así que no le busquemos más. Este libro fue escrito con la sencillez de las grandes y pequeñas acciones educativas que en ellas les narramos. Son páginas escritas con la naturalidad pertinente para describir y narrar nuestras experiencias y reflexiones educativas,

en apego fiel a la sugerencia que Haruki Murakami formula en su libro *De qué hablo cuando hablo de correr*. Él nos recomienda que «trasmitamos lo que sentimos y lo que pensamos de modo natural, en un texto escrito a nuestra manera y volcando en él las cosas tal y como están en nuestra cabeza, porque, al fin y al cabo, no hay otra manera de empezar». Y así fue como lo hicimos.

José Manuel Frías Sarmiento

Principios, educación y valores

Jesús Lamberto Martínez Aldana

Muchos niños y jóvenes que llegan a la escuela básica van con la expectativa de aprender todas las acciones formativas que se imparten en ella para llegar a ser personas de bien; para ello, deben vivenciar un cúmulo de valores y de virtudes que encierran todos los actos escolares. Cuando se es niño o joven se necesita de la comprensión, ayuda y tolerancia de los padres y adultos; pero no siempre ocurre así, sino que, algunas veces, se reprende al niño por situaciones mínimas, acusándolo de inútil, torpe o tonto por no tener la habilidad del adulto para hacer tal o cual cosa. Estas situaciones marcan. La falta de diálogo o tolerancia lastima los sentimientos por no adivinar el código de los adultos. El día que lleguemos a entender lo valioso que somos cada uno, el día que dejemos de atropellarnos y

agredirnos, ese día seremos grandes, porque el ser humano es lo más valioso de todo.

Los padres de hace más de medio siglo no estaban sujetos a las exigencias de la modernidad actual; vivían y convivían más tiempo con sus hijos. Hoy, en muchos casos, trabajan los dos y están más tiempo fuera de casa. Además, en el estado de Sinaloa el 19.8% de las familias no es nuclear (Inegi, 2010); viven separados, divorciados o son viudos. Las madres o padres que quedan solos con los hijos tienen que trabajar para enfrentar y soportar la ausencia del otro, por lo que los niños crecen al calor de los familiares inmediatos, en guarderías o bien solos. Este fenómeno social se vive en casi todos los espacios áulicos. Algunos niños que están en esta situación son muy mal portados, son irreverentes, groseros, desentendidos, agresivos y violentos con los profesores y con quienes los rodean. Esa mala conducta a tan corta edad genera mucho asombro social.

Sin lugar a dudas, la educación en valores inicia en el hogar. Los padres son quienes deben cultivar los primeros hábitos personales y sociales para transferirlos a sus hijos. Los maestros comparten con los padres el compromiso de educarlos y ese hecho reclama el ineludible conocimiento mutuo de padres y maestros. Posteriormente, la escuela lo retoma y lo sistematiza; entonces, se vuelve necesario que todos los implicados en su construcción participen de manera efectiva y coherente.

Esta coherencia la necesitan los profesores, los padres y los alumnos. Es necesario aceptar determinados objetivos, aunque sean mínimos, sobre ideales educativos y valores. Sólo así conseguiremos (además de enseñar) educar y guiar para construir una personalidad humana sólida y aspirar a una mejor sociedad. Porque, como bien lo dice M. Gómez (2006:21), «es imposible educar sin principios educativos y sin valores».

Es impensable la educación en una escuela si no se basa en principios, si no se respetan los valores concurrentes que den sentido a la vida. Y en estos tiempos modernos de cambios tan vertiginosos, la escuela, por su función pública y especializada, ha ido penetrando, poco a poco, en la esfera del hogar.

El desarrollo social ha generado relaciones complejas y, algunas veces, deterioradas entre padres e hijos. Hoy son más distantes y distintas que en décadas anteriores, cuando la mayoría de la población vivía en la zona rural. La urbanización, el desarrollo de la ciencia y la tecnología han cambiado sus costumbres, tradiciones y hasta la gastronomía, que impactan al niño desde sus primeros años. Este ambiente, tan difícil en algunos casos, los lleva a desviar sus conductas, surgen graves problemas sociales, como los niños de la calle, la delincuencia juvenil, el consumo de alcohol y drogas entre niños y jóvenes.

Es responsabilidad del profesor y de los padres enfrentar este estado de cosas y sus consecuencias con los educandos porque cada día se convulsiona más y más. Considero pertinente pensar si los profesores nos hemos puesto a reflexionar en qué tipo de valores transmitimos a los alumnos. ¿Qué es lo más valioso para nosotros en esta sociedad? ¿Ganar dinero? ¿Es el dinero lo más importante en nuestra vida? ¿Es el poder? ¿La comodidad y la comodidad? ¿O la mentira sobre la que giran nuestras representaciones?

Por desgracia, la mercadotecnia orienta más nuestros sentidos a lo material. El concepto del mundo que se nos presenta no corresponde a la cualidad humana. Lo ha sacado de las dimensiones humanas porque vivimos enajenados, siempre inducidos al consumismo, queriendo comprar lo que se vende a cada momento en cuanto a modas, marcas y novedades electrónicas, entre otras. Si la persona no se enrola en este juego, se siente a sí misma como extraña, relegada del contexto a que pertenece, porque se enajena. La enajenación se vive

de manera casi total en la sociedad, impregna las relaciones del hombre con su trabajo con lo que consume, con el estado, con sus semejantes y consigo mismo.

Por esta situación social, los planes de estudios actuales para la educación básica (escuelas primarias y secundarias) plantean que los maestros y padres resuelvan juntos los problemas de los niños y adolescentes, con acuerdos para apoyar el trabajo áulico. La reforma educativa de 2011 de la educación primaria plantea la formación continua –o sea, el aprendizaje permanente del profesorado–, cobrando importancia la educación en valores y otorgando gran significado a la educación ética y cívica con el modelo de educar, por lo menos en diez competencias. Como ejemplo, se hace referencia a una de las diez competencias: «afrontar los deberes y los dilemas éticos de la profesión» bajo las siguientes vertientes (Sep, 2011):

- Prevenir la violencia en la escuela o la ciudad;
- luchar contra los prejuicios y las discriminaciones sexuales, étnicas y sociales;
- participar en la creación de reglas de vida común referentes a la disciplina en la escuela, las sanciones, la apreciación de la conducta;
- analizar la relación pedagógica, la autoridad, la comunicación en clase, y
- desarrollar el sentido de la responsabilidad, la solidaridad y la justicia.

El artículo 3° constitucional contiene una serie de valores que deben vivenciarse en la primaria; significa que el profesor de educación primaria debe ser competente y responsable para vivirlos e inculcarlos en el educando, porque interactúa con él en esta edad de su formación elemental. Su acción debe ser eficaz en su quehacer

áulico para desarrollar en sus alumnos el saber ser, saber hacer, saber pensar, saber actuar y socializarse.

Al desarrollar sus actividades en el aula con buen desempeño, el profesor debe conocer, ineludiblemente, muchos temas, como las teorías del aprendizaje del niño, la violencia, la ética y, sobre todo, la educación en valores, esforzándose para explicar los casos relevantes acerca de la grave problemática que se ejerce en la sociedad hacia los niños y jóvenes, para formular las consideraciones más pertinentes y evitar en lo posible el riesgo a la reprobación, la deserción o la delincuencia juvenil.

Para la mejor enseñanza de cualquier tema, en especial de los valores éticos, es recomendable hacer un diagnóstico para detectar lo que el alumno conoce, a través de algún instrumento, ya sea un cuestionario, una encuesta de opinión, lluvia de ideas, información periodística, narración histórica, películas o textos periodísticos, para ir planteando los problemas. Cualquiera de estas técnicas puede servir para este fin. Es mucho más saludable que los valores se expresen por la práctica –por la vía del ejemplo, como la argumentación, con un gesto, en el silencio, en una obra literaria o un artículo periodístico– para mostrar la claridad de lo que se trata de transmitir, aunque las condiciones de trabajo en la escuela pública algunas veces no son muy halagadoras, porque los grupos son muy numerosos.

Por ejemplo, el dilema que enfrenta el médico cuando atiende de manera deficiente a un gran número de pacientes o, bien atiende correctamente a un número limitado; o el caso del maestro que atiende más de treinta y cinco niños, en lugar de menos de veinte por grupo. Aquí tenemos dos casos dignos de analizar. El desarrollo de las habilidades, capacidades, aprendizajes y actitudes logradas en cada situación serán diferente, ya que la carga de atención a

las necesidades de cada niño son distintas y no podrán lograrse resultados iguales.

Para el buen desempeño en el aula, con el propósito de realizar una buena enseñanza, hoy más difícil que fácil, se requiere la aplicación de estrategias y actividades que permitan abordar cada circunstancia que se da en la vida escolar. Es muy importante partir desde la organización del aula, al colocar las mesas o pupitres de tal suerte que haya cierta autonomía entre los espacios para el trabajo colaborativo entre los alumnos y para que el docente proporcione la ayuda pedagógica personalizada que necesitan los alumnos con mayores dificultades de aprendizaje.

Se vuelve necesario diversificar las actividades en el grupo, tomando en cuenta las capacidades de los alumnos, organizándolas de las más sencillas a la más complicadas para hacerlas más funcionales y para que los alumnos con mayores problemas se sientan más capaces de resolverlas. Dice Pérez Cruz (2002: 94) que «el profesor ha de tener un conocimiento bastante exacto del nivel de competencia, de cada alumno respecto al concepto, habilidad, actitud, etc., que pretende trabajar». Es relativamente complicado, aunque no difícil, tener una visión global aproximada del nivel de los alumnos del grupo para desarrollar una clase, según sus capacidades, competencias, motivación, etc., porque el trato continuo del profesor con sus alumnos le permite apreciar ciertas singularidades, ya que los procesos de aprendizaje dependen de la situación particular y personal de cada alumno. Todos los maestros sabemos de esta situación, pero a la hora de aplicarlos en la realidad nos encontramos con dificultades para llevar a cabo una auténtica atención a la diversidad, a pesar de que hay corrientes y concepciones para explicar esos procesos. Pérez Cruz (2002: 91) refiere, siguiendo a Zavala (1995), que hay una serie de principios en los cuales todas las corrientes pedagógicas están de acuerdo:

- Los aprendizajes dependen de las características singulares de cada uno de los alumnos;
- las experiencias que cada alumno ha vivido a lo largo de su vida tienen una gran influencia en el aprendizaje que realizan, y
- la forma y el ritmo de aprendizaje varían según las capacidades, motivaciones e intereses de cada alumno.

Por estas situaciones, se necesita que los profesores estén sujetos a una constante capacitación para desarrollar la competencia de un aprendizaje permanente, prepararse mejor y atender los problemas, ya que cada día se tornan más complejos por lo que sucede en nuestra sociedad.

El aprendizaje permanente que se obtiene mediante cursos, talleres, especialidades o posgrados, debe garantizar que los docentes sean personas capaces con buena formación, actualizadas para responder a los avances de la época. La formación inicial y continua del profesor para atender la diversidad en la primaria es un gran compromiso en virtud de que es en este nivel donde se da la etapa temprana más prolongada para crear los cimientos de la formación de las personas en cuanto a los conocimientos que deben adquirir, las habilidades a desarrollar, las actitudes con las que debe actuar siempre y los valores que lo deben distinguir; por ello se hace exigible desempeñarse con alta investidura, que no es cosa menor para responder a las demandas actuales.

Esta exigencia la ha tomado el Estado como una de sus funciones sociales importantes para revisar la formación de los profesores de nivel básico a quienes les demanda un aprendizaje permanente. Por ética, debe adquirir de manera continua mayor preparación para cumplir con las demandas de sus pupilos y, a la vez, con las disposiciones de las políticas públicas impuestas, por lo que el profesor, constantemente, tendrá que cualificar, analizar, reflexionar y revisar

el impacto de su enseñanza para conocer si corresponde con los aprendizajes que adquieren los educandos en su diversidad.

El aprendizaje permanente hoy se torna exigible, pues está planteado en las fracciones III y IX del artículo 3° constitucional; su primera fracción se refiere a la idoneidad de los conocimientos y capacidades; la segunda, a la evaluación periódica que se hará al docente activo, acción que coordinará el INEE. Estas exigencias permitirán al profesor fortalecer sus competencias, su perfil e idoneidad para mejorar la calidad de la educación, y así cumplir con la encomienda social de abordar mejor los saberes, las enseñanzas, los actos cotidianos, y el sinfín de actividades e interacciones valiosas en las escuelas para forjar mejor el carácter y los comportamientos morales de los alumnos. Por ello, tiene que predicar con el ejemplo. Así tendrá que vivir las virtudes más fundamentales del hombre, como son la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza, desarrolladas desde tiempos inmemoriales y fomentadas grandemente en la época de los griegos.

Así, la educación básica actual queda sujeta a un marco legal más estricto para el continuo aprendizaje, tanto para el bien de los actores como por los destinatarios del servicio educativo, inmersos en el mundo globalizado, donde se expresa más la diversidad de todo tipo (raza, credo, política, de género, etc.).

Estos sujetos educativos de hoy deben formarse en la cultura de la calidez de los diálogos pedagógicos y educativos, en la contemplación del mundo desde una perspectiva científica, en el cuidado del medio ambiente, el respeto a la diversidad, la justicia, la prudencia, la templanza ante la adversidad, el valor de la honestidad, el poder y la fortaleza para apoyar a los más débiles, etcétera.

Todas estas acciones son el deber ser al que aspira cualquier sociedad para vivir con dignidad y alcanzar la felicidad. Por esta razón, la escuela básica exige el aprendizaje permanente del maestro

para que enseñe mejor a las nuevas generaciones, para que se relacionen con personas, valores y normas; así, el docente tendrá cada vez mayor nivel de conocimientos actualizados, habilidades intelectuales, tacto pedagógico y valores que siempre se dan en el espacio áulico, como, por ejemplo, el respeto, la responsabilidad, la tolerancia, la democracia y la diversidad entre otros:

- El respeto es la atención o miramiento con el que debe tratarse a cada persona; nadie tiene el derecho de menospreciarla, porque cada quien tiene lo propio y es útil para el otro.
- La responsabilidad es la cualidad moral de reconocer que los actos generan consecuencias; las decisiones que se tomen deben reflexionarse y aceptarse las consecuencias que implican, por lo que se tienen que modificar las conductas de no rechazar, y si hay algún daño causado debe repararse.
- La tolerancia es la que debe tenerse ante la diferencia o diversidad para no caer en el rechazo de todo, porque esto puede llegar al caos, como es el caso de la política, la religión y el género, entre otros.
- La democracia es la aceptación incluyente de la diversidad donde todos participen con sus diferencias y fortalezas y así convivir.
- La diversidad es la constante de la unión y diferencia de los grupos, colectivos o comunidades; sin ello, no seríamos nada. Son la comunión y la unidad las fortalecen ese todo.

La diversidad (política, de credo, raza o género, etc.) es un valor inherente a la docencia que nunca falta a clase. Es muy difícil vivirla, pero es la asistente perfecta que ha elegido la escuela como el lugar más privilegiado para trabajar, ya que son diferentes los ritmos, estilos, intereses, motivaciones y conceptos del aprendizaje, que algunas veces se contravienen y dan lugar a conflictos.

Los valores son algo vivo. Se tienen que ir construyendo y consensuando para despertar el interés de su importancia y plenamente su valía, porque son los que nos permiten convivir en sociedad. Resulta necesario tomar conciencia de su significado, porque ayudan a saber que vivimos en un todo y, también, para entender la conexión que tienen todos entre sí.

Es necesario, además, reflexionar por qué necesitamos al otro y nos debemos al otro. Los valores son un buen soporte didáctico, a los que se les pueden aplicar muchas estrategias para trabajarlos.

Es importante tener en claro el significado de cada uno de los valores mencionados, porque se viven en la escuela y se relacionan con otros valores.

Los valores son inherentes a la persona y son muy importantes. Comenta J. M. Calvo (2006:61) que «deben ayudar a formarnos como personas, para vivir felices y mejorar la sociedad, y que nosotros debemos ser capaces de conocerlos, de aprenderlos y de saber distinguir lo que vale y lo que no vale».

Para apropiarnos de los valores, tenemos que vivirlos, interiorizarlos con gran compromiso y conciencia. Debemos practicarlos constantemente hasta convertirlos en hábitos. En esto consiste su virtud. Después, lo importante, lo que sigue, es hacer lo que comúnmente no se hace, es decir, practicarlos continuamente.

Vale la pena mencionar lo que Aristóteles cuestionaba respecto al valor. Por ejemplo, preguntaba si el valor de un cuchillo era bueno o malo. Todas las cosas que nos rodean no son buenas ni malas, sino que dependen del uso que hagamos de ellas. Si el cuchillo lo utilizamos para cortar los alimentos que necesitamos, será bueno, pero si lo utilizamos para hacer daño al otro, no es nada bueno. Partiendo de esta premisa, tenemos que entender con racionalidad lo que nos conviene. Para vivir la vida con dignidad, necesitamos de la ayuda de los demás. No podemos hacerlo solos. Esto es lo ético. Para ello

necesitamos aprenderlo de manera permanente con el objeto de enseñarlo continuamente con el ejemplo.

Referencias

Calvo, José María (2006). *Filosofar en la escuela: los jóvenes piensan*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Gómez, María Teresa (2006). *Educación en valores*. Barcelona: Graó.

Pérez Pérez, Cruz (2002). *El autocontrol del trabajo escolar como metodología de atención a la diversidad en el aula*. Segunda edición. Caracas: Laboratorio Educativo Graó.

sep (2011). Plan de estudios de educación primaria. México: Sep.

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

El campo de labor

Ebenezer Flores Medina

La práctica docente es el Campo de Labor del profesor. «Práctica Docente» es un concepto pedagógico insuficiente para expresar el valor de esa actividad en la formación de un profesional de la educación. Por ello, para mí, es un «Campo de Labor», en el que se cultiva y florece la educación y el pensamiento pedagógico.

Aclaro, sin embargo, que mi concepción de Campo de Labor no ha sido siempre el mismo. En mis inicios en la Licenciatura en Educación Primaria, allá por el primer semestre que cursé en la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa, cuestionaba la razón de que las autoridades nos exigieran prácticas en una escuela primaria, siendo que apenas éramos unas estudiantes que iniciaban sus estudios profesionales. ¿Para qué ir allá, me preguntaba, si todo lo

que necesitamos aprender nos lo imparten los profesores aquí en la Universidad? Por un buen tiempo mantuve esa idea.

Ahora mi pensamiento ha cambiado. Mi formación en la Licenciatura en Educación, en sintonía con experiencias que me han sensibilizado en el tiempo que he estado en mi Campo de Labor, han abierto mi mente para comprender el porqué de la insistencia de practicar en el aula de clases, el porqué de la insistencia de la UPES en fomentar y convertir en requisito que cada uno de los estudiantes tengan su propio Campo de Labor.

¿Por qué mi insistencia en llamar Campo de Labor a lo que todos le dicen Práctica Docente? Porque para mí practicar en una Escuela Primaria, más íntimamente, en un aula de clases, es una labor constante y genuina; porque en este Campo de Labor los conocimientos adquiridos se aplican o se intentan aplicar; porque en él los aportes teóricos son recordados. ¿Pero por qué, en algunas ocasiones, es tan difícil aplicar tales conocimientos? Porque en nuestro Campo de Labor nos enfrentamos con contextos que ningún teórico nos dice cómo enfrentarlos, porque en el aula no se nos prepara para resolver las dificultades o los cambios reales de la educación. ¿Entonces, cuál es la finalidad del Campo de labor?

Educar…

¿Educar?

Sí, eso mismo, ¡Educar!

Cuando un estudiante asiste a su Campo de Labor (Práctica Docente, pues), se forma a sí mismo: adquiere experiencias, se involucra en el campo en donde ejercerá la profesión, interactúa con los estudiantes casi de la misma manera en que lo hace el profesor titular; y cuando la realidad escolar lo requiera, el estudiante entrará en acción y atenderá al grupo, interactuará con cada alumno, educándolo a través de indicaciones y correcciones. Educará con su ejemplo a los alumnos y a cualquier autoridad docente que observe

con atención el trabajo que realiza este alumno en su Campo de Labor Educativa.

Educar con la actitud correcta, con el lenguaje debido, con la sensibilidad adecuada; educar con el ejemplo de conducta, con el cuidado personal, con el servicio, conocimiento, ejercicio de valores y actividades innovadoras: todo eso constituye y se presenta en el Campo de Labor, al que todos insisten en llamarlo Práctica Docente.

Cultivar un Campo de Labor significa interactuar con una realidad que hay que transformar. Incluye aportar nuestro esfuerzo para analizar esa realidad y, con tiempo y mucha paciencia, brindar a los alumnos el valor de nuestro conocimiento y el amor de nuestro corazón.

Trabajar en el aula hasta convertirla en un Campo de Labor nos hará experimentar en áreas desconocidas en las que tendremos que improvisar; nos obligará a ser creativos, a escuchar a los alumnos, a comprenderlos y compartirles nuestras experiencias como estudiantes de primaria que fuimos. Nos hará empáticos y nos impulsará para ayudarlos a resolver tareas escolares que irán desde una pequeña suma hasta un complicado problema de fracciones matemáticas, y una que otra situación que requiera de soluciones mentales.

Así pues, a pesar de los conceptos tradicionales para nombrar las actividades de los practicantes educativos, considero que el Campo de Labor complementa y explicita la teoría que analizamos en las aulas; pero lo hará sólo si en realidad comprendemos el significado que conlleva la compleja e importante labor de Educar.

Y es que Educar no consiste nada más cumplir con el requisito de ir a una escuela primaria para «ayudarle» a un profesor titular; ni siquiera se trata de tener todos los reportes de práctica completos. Se trata de un proceso de formación profesional y, en esa formación pedagógica y educativa, aprenderé en mi Campo de Labor las

experiencias que enriquecerán mi conocimiento y me harán más eficaz en mi profesión; aguzaré mi pensamiento para el planteamiento de soluciones en los obstáculos que aparezcan en el camino. Y seré, ni duda cabe, una mejor persona y una excelente profesora. Y, con ello, trabajaré con más entusiasmo y más inteligencia en este Campo de Labor en el que ayudo a cultivar a los ciudadanos y los profesionales de calidad que la sociedad requiere con urgencia.

Una marca de por vida

Cindy Meza Nájera

Educar no es dar carrera para vivir,
sino templar el alma para las
dificultades de la vida.

Pitágoras

Recordar es vivir, dicen por ahí. Entonces, viene a mi mente un mundo de episodios que me han forjado, pero de todas las travesías y decisiones la que más me ha dejado huella es la docencia.

Alguna vez le dije a mi madre: no pretendo ser una maestra mediocre, porque en mi vida hubo un mal sabor de boca y la educación, pues no me interesó, mucho menos dejé de ser la niña soñadora para prestar atención a las clases tan monótonas. Era de las alumnas que se mantenían calladas, la que se aburría fácilmente, la que con los

años creció y se dio contra la pared cambiando su pensamiento sobre los docentes y sobre la ardua labor que es educar y ser ejemplo para miles de niños.

Tal vez mi sueño era viajar por el mundo, conocer y aprender de culturas, pero la realidad te enseña que se requiere una buena cuenta en el banco para cumplir esos sueños, pues con el salario mínimo en nuestro país difícilmente se puede viajar; y con un sueldo más decente tendría que ahorrar muchos años para visitar un país. Eso me ha enseñado la vida. Pero lo que en realidad aprendí fue a respetar al docente, siendo la segunda licenciatura que estudié y de la que me enamoré; se ganó un lugar en mi corazón. El respeto a esa profesión también sé que sólo lo reconocerá quien labore como profesor.

Volver al pasado es difícil. Uno cambia con las experiencias de la vida, cambia tu ideología, tu manera de andar, de socializar, hasta de saludar; te dicen que no eres el mismo de hace cinco, tres o hasta con un año de diferencia, según la asimilación de cada ser humano, puesto que en la vida venimos a aprender a base del ensayo y error.

En mi experiencia como estudiante retomé los valores como tema de estudio para elaborar la tesis, enfocado al respeto como uno de los más importantes, ya que de ahí parten otros más; se va desarrollando como si fuera un árbol genealógico, y es parte esencial en el desarrollo de cualquier ser humano. Puedo afirmar que me enseñó a verme en un espejo, principalmente para mejorar y desde luego por mis alumnos, ya que los niños, por naturaleza, imitan a los adultos. Era necesario ver mi reflejo antes de continuar y en él reconozco que somos seres imperfectos, que estamos en el camino aprendiendo, buscando la manera de no caer en la fatalidad de la sociedad moderna, que ha dejado de lado muchos aspectos del pasado, como algo antiguo y obsoleto, como si la forma de vida en valores fuera una banalidad, o bien un trapo viejo innece-

sario para seguir arrastrándolo. La realidad es otra. Un simple acto puede cambiar mucho en las personas, como el saludo, los buenos días con una sonrisa, hasta el estado de ánimo de alguien te hace estar más cómodo, pedir por favor las cosas te provoca satisfacción y un gracias te alegra hasta el corazón. Son detalles que marcan la diferencia, algo que se ha estado olvidando, o ceder el asiento a una mujer embarazada. En la actualidad es un debate negativo en ciertos jóvenes; se ha mencionado que ellos no tienen la culpa de que haya quedado preñada y deban dar su asiento, con un vocabulario un tanto obsceno. Eso es triste. También se ha perdido la caballerosidad. Es un estilo de vida que ya pasó a la historia por ideas cerradas, siendo que era una cortesía del hombre; como los buenos modales que, desde mi punto de vista, es muy hermoso, ya que se daba el cortejo, era todo un arte la conquista, a diferencia del hoy en que simplemente no quieren perder el tiempo. Como en todo, hay contras y pros, pero los pros parece que son los primeros que tacharon en la lista de la vida moderna.

Observando cada detalle que vamos dejando de lado en el diario vivir, estamos olvidando lo esencial, lo fundamental para no sobrevivir en este mundo, sino todo lo contrario; generar un ambiente idóneo con los demás seres pensantes y sociales, un lugar en donde en realidad se viva, se sienta la esencia, los valores, el respeto.

Considerando que en ocasiones me tocó observar cómo hasta algunas maestras ni por favor o gracias decían, cómo los niños ya no te hablan de usted y te tratan como jefes, que existe cada pequeño que no conoce lo que es el respeto a un adulto, menos con sus compañeros. Cómo cada uno de los detalles que me tocaba presenciar me hacían una señal de alarma; me decían, hola, mírame. Fue entonces cuando decidí buscar una serie de estrategias que enrolaran a los niños y adultos en el valor del respeto.

Me emocionaba la simple idea de generar un proyecto para fomentar el valor del respeto, que me tomó cuatro años entre elaboración y aplicación, la que me dio una gran satisfacción, pero que me enseñó que no era un polvito mágico que podía hacer maravillas, pero que era realmente motivador. Me encantó la creación que desarrollé, pero me enamoré más de su aplicación. Que quede claro que no es una poción mágica, porque los valores se fomentan principalmente en casa. En la escuela sólo se guía, se transforma; es como el instructivo para construir un edificio. La educación pretende formar un ser social capaz. Sin embargo, se requiere de buenos cimientos, fundamentales para el éxito, pero ésos sólo se construyen en el hogar.

Los niños son el reflejo de los padres y de quienes los rodean; ellos denotan si están siendo educados con amor, con valores, se nota la atención, proyectan lo que les rodea; son tan simples, como dicen muchas educadoras, son una esponjita que consume todo lo que está a su alcance. Es por ello que a veces es complicado para una educadora llevar a todos de la mano. A veces resulta que vas contra la corriente, porque lo que pretendes enseñar como buenos valores se lo enseñan en casa de manera negativa y contraria. Eso genera un conflicto para el niño: qué es lo que es correcto, o bien qué es más fácil; qué es lo que me conviene. Se anteponen tantas interrogantes que al final quien tiene más peso es la familia, porque es donde está el mayor tiempo. Robar puede ser fácil, o conveniente, porque tendrás dinero; golpear para quitar el desayuno o decir mentiras para no ser reprendido, entre otras acciones que se ven constantemente en alumnos desde preescolar, son la enseñanza que obtienen en su contexto.

Por ello considero que se requiere una escuela para padres, la cual, tal vez, sea uno de mis tantos sueños, pero no imposible; algún día espero que el gobierno de nuestra nación se interese más

por las escuelas, por la cultura, que entienda que la educación es la base de un país para que pueda evolucionar, que comprenda la importancia de la educación en el hogar para formar seres humanos capaces de vivir en armonía, que entienda que los valores no son conceptos, sino el actuar en el diario vivir, que potencia la vida en sociedad. La vida en valores debería ser una obligación para la conciencia, para magnificar el contexto de los niños, para tener un ambiente de armonía, de amor.

Haber aplicado mi proyecto en un jardín de niños, donde obtuve el invaluable apoyo de la directora y de las educadoras, la participación de los padres que se involucraron desde el inicio hasta el final en esta aventura, sigue dejando marcas en el camino, en lo profesional como en lo personal, algo que debe ser como el pan de cada día.

El pan de cada día que me motiva a seguir transformando mi mundo en valores dentro y fuera de la institución educativa, que a donde quiera que vaya, van conmigo los colados.

Lo que nos brinda la escuela

Miriam Monserrath Rubio Terriques

La escuela nos brinda muchas cosas, como el conocimiento, la práctica docente, el estrés y, por supuesto, la convivencia.

La convivencia en la escuela es inevitable y sin duda de lo más agradable, ya que compartes con los conserjes que día a día te abren la puerta, o cuando en el receso te cruzas con ellos y te dan los buenos días y, de vez en cuando, sale una conversación de la nada para comentar cosas del día a día, como el clima o cómo está nuestro día, etcétera.

La convivencia con los maestros, ya sea para aclarar algunas faltas y nuestras calificaciones, o dar pretextos por los que no entregamos las tareas a tiempo, o en mi práctica, en la convivencia con los alumnos, que es lo que me gusta más, ya que veo lo simple que es su vida, que no tienen preocupaciones importantes. Para algunos, el

problema más grave es haber perdido la pluma de color rosita que le acababa de comprar su mamá en la papelería; son pequeños que se conforman con llevar diez pesos a la escuela y que su momento más feliz del día es cuando suena el timbre para salir al recreo.

Pero la convivencia escolar que más disfruto es la de los sábados con mis compañeros de la UPES, a quienes tardo seis largos días sin verlos. Ahí nos ponernos al día de todo lo que pasamos en la semana y comentamos lo que batallamos para realizar nuestras tareas. También disfruto ir con ellos a comer los deliciosos tacos de muerte lenta, que son tan sabrosos, con su rica verdurita fresca, su salsa tan enchilosita que hace que mis labios se hinchen y que los refrescos tomando una rica coca con hielo, mientras disfruto de bromas y chistes de mis compañeros.

La convivencia escolar es algo que yo siento muy necesaria, ya que por medio de ella empiezas a conocer más a las personas y, con el tiempo, comienzas a apreciarlos. La convivencia en la escuela es importante, ya que estar bien con las personas que te rodean en un lugar donde pasas la mayoría del tiempo es esencial para estar tranquilo.

Y si de esa convivencia hacemos algo más agradable, creo que nos costará menos trabajo levantarnos cada día para ir a trabajar; y, además, entre conversaciones te das cuenta de los detalles de la vida de los demás que, tal vez, te hagan querer ser como ellos; o te enteras de los problemas por los que otras personas pasan, y te das cuenta que tu vida no es tan mala como creías; o, a lo mejor, entre esas conversaciones puedes apoyarte o ayudar a otras personas.

De eso se trata la convivencia, creo, de pasarla bien y nutrirte de las experiencias de los demás y ofrecer algo de ti a las demás personas.

La mejor profesión

María Guadalupe Salazar Sáinz

A diario mis amistades me preguntan que si qué carrera estudio. Con una enorme sonrisa en mi rostro les respondo que para ser educadora, a lo que ellos responden con un sencillo comentario: ¡Ah, mira, está bien! Con ese comentario me puedo dar cuenta de que no les parece algo muy interesante. Pero les parezca interesante o no, es la mejor profesión que puede existir. Así que les respondo que elegí esta carrera porque es una profesión en la que recibes mucho más de lo que puedas dar. A ver, ¿en cuál otra profesión te van a recibir siempre con los brazos abiertos y te dirán te quiero de manera espontánea? Siendo maestra, recibes todo el amor del mundo de niños que, a pesar de no ser familia de sangre, se convierten en tus niños consentidos.

No hay conflictos que tengas con ellos que no terminen resueltos con el abrazo y la disculpa más sincera del mundo. La inocencia, imaginación y la felicidad de los niños te hacen enamorarte día a día de ellos y más de tu profesión. A pesar de que a veces sientes que no puedes más por el cansancio, al final del día ese besito de despedida que te regala el pequeño logra que te olvides del cansancio y llena tu corazón de más felicidad y amor, y es cómo si mágicamente recobraras todas tus energías.

¿En cuál otra profesión, a pesar de llegar a tu trabajo despeinada y sin maquillaje, porque tienes que llegar temprano a tu guardia, te dirán que eres la maestra más bonita o que te miras hermosa ese día? ¿En dónde te van a decir que te vestiste muy bonita, aunque portes el mismo uniforme de siempre. ¿En qué lugar, si no es en un jardín de niños, se acercará a ti un apuesto jovencito a decirte cuánto te quiere porque le acabas de explicar algo que es de su agrado?

¿En qué otro lugar podrías sorprender tanto a alguien como para que un grupo entero de personas corra a abrazarte con todas sus fuerzas, y tardarás más de cinco minutos recibiendo besitos en la mejilla llenos de babita como forma de agradecimiento? En esta profesión tienes la oportunidad de asombrarte con grandes obras de arte de artistas muy simpáticos que, en ocasiones, te regalarán sus grandes obras?

¿En dónde más podrías recibir flores todos los días, o guiar una manita para que escriba sus primeras letras o su nombre? Y luego pensar que, tal vez algún día, esa personita podría ser el autor de un gran libro y tú habrías sido la primera en mirar su firma. Siendo maestra, recibes sonrisas y con tus palabras logras siempre el asombro de alguien en el aula.

¿En qué trabajo, si faltas un día, al siguiente te reciben con los brazos abiertos y te dicen cuánto te extrañaron? Ser maestra es, sin duda, la mejor profesión que alguien pueda tener y tiene un sinfín

de cosas que la convierten en interesante. Lo más importante de esta profesión es que inicias el día con una sonrisa en tu rostro y terminas tu jornada con la misma sonrisa y siendo aún más feliz.

Por estas y muchas más razones, estudio para ser educadora.

La escuela narra

Alfredo Zañudo Mariscal

Dirijo esta misiva a quien guste leerla:

Seguramente se preguntarán quién soy. Soy una simple escuela de primaria a la que el sistema educativo y la sociedad en general han encomendado muchas tareas, además de la imprescindible labor de enseñar a los pequeños que juegan y aprenden en mis aulas. Ambos, sociedad y sistema, esperan, por ejemplo, que prepare a los adultos del mañana, propicie competencias que traducirán en conocimientos, actitudes, hábitos y valores, para que sean personas útiles y actúen con eficacia y eficiencia ante sus circunstancias.

En este sentido, se supone que soy el lugar más importante de socialización después de la familia, porque aquí los niños aprenderán a luchar por sus derechos, aprenderán a compartir, a descubrir

el mundo que les rodea y donde construirán su identidad, además de cumplir con sus obligaciones sujetándose a reglas convencionales, lo cual templará su carácter para cuando ingresen al mundo adulto.

Sin embargo, cumplir con ese compromiso social sólo es posible cuando los actores educativos asumen su labor con renovados esfuerzos para lograr que los niños de hoy, en un futuro no lejano, sean quienes dirijan los destinos del país y con sus decisiones acertadas logren que el mundo de mañana sea mejor que el de hoy.

Sin embargo, hay una situación que no deja de preocuparme, ya que el compromiso social para el que fui construida se vuelve un verdadero reto, porque soy una especie en peligro de extinción, debido a que soy una escuela de turno vespertino. Ya muchas escuelas hermanas han cerrado sus puertas. Otras, siguen abiertas, pero están bajo la tutela del turno matutino y, pomposamente, se les llama Escuelas de Tiempo Completo.

Y es que hoy el sistema educativo exige que a cada uno de los grados asistan por lo menos 45 alumnos. Con esta medida, parece ser que le importa más la cantidad de niños y la cobertura educativa, que la calidad de la educación brindada. Y es que en los 16, 17 o 20 alumnos por grado que asisten todas las tardes a mis aulas no se observan grandes avances en los contenidos educativos. Y, más aún, noto ausencia de valores, como el respeto, amistad, puntualidad y obediencia, entre otros.

Quizá esto se deba a que aquí acuden niños de diferentes estratos sociales: alumnos con un bajo nivel económico y cultural, de familias desintegradas, de familias promiscuas, de hogares con problemas de alcoholismo y drogadicción.

Asisten niños que padecen discapacidades y que requieren de maestros de apoyo, a los que debo canalizar a otras instancias, ya

que no he sido preparada para atender este tipo de alumnos con necesidades educativas especiales.

Esta es otra situación por la que siento un cargo de conciencia, ya que siempre me he empeñado en tratar por igual a los que son desiguales.

Por las características sociales y culturales de los habitantes de la población en que estoy asentada y, sobre todo, por los alumnos que asisten a esta escuela, es digno de elogiar lo que hacen mis maestros en cada ciclo escolar por sacar adelante a estos alumnos, más si tomamos en cuenta el escaso apoyo que tienen de los padres.

Ante este panorama, pareciera que nada positivo y poco se puede lograr. Pareciera que soy un fracaso para la sociedad. Y pareciera que estoy condenada a desaparecer, debido a la escasa cantidad de alumnos que albergan mis aulas. Pero no. Todavía hay dos actividades en el ciclo escolar que me llegan hasta las fibras materiales más íntimas de mis paredes, muros y techos. Son el Día del Niño y las Posadas de Navidad. Aquí los actores educativos se vuelven uno solo. Luchan hombro con hombro para lograr que estos festejos sean un acto de convivencia. En estos dos momentos se observa con toda claridad que lo que tanto se pregona en las reuniones de Consejo Técnico de Escuela relacionado con la convivencia escolar se vuelve realidad.

Habrían de ver cómo los alumnos de todos los grados distribuidos en la explanada de la techumbre participan en actividades programadas por los docentes: bailan, cantan, participan en concursos y esperan ordenadamente su ración de comida, pastel, dulces y refrescos.

Aquí me doy cuenta de que mi función no es en vano. Observo con agrado y satisfacción que se reflejan algunos valores que no se han perdido. Algunos de ellos son el respeto, la solidaridad, la colaboración, la armonía, pero sobre todo la felicidad en los pequeños

ávidos de que se les brinde cariño, de que se les elogie, de que se les tome en cuenta, no por la obligación de concretar los contenidos o aprendizajes esperados, como lo estipula el programa de estudios, sino de aterrizar en acciones con las que se demuestren que mi función social contribuye a lograr la finalidad de la educación desde el punto de vista filosófico. Esto es, lograr que los alumnos sean felices.

En este tipo de eventos me doy cuenta que se genera una sinergia entre los actores educativos. Por ejemplo, los alumnos practican el valor del respeto entre compañeros de grupo, con los de otros grados y con los maestros.

El valor de la obediencia surge cuando escuchan atentos las reglas para participar en juegos, o bien en concursos que les permitan llevarse algún premio a casa.

Son solidarios también cuando, después de terminar el festejo, apoyan para regresar a mis aulas el mobiliario utilizado para que estuvieran más cómodos en el evento.

Ya para terminar, concluyo que para una escuela primaria vespertina como yo es muy difícil educar en valores. Requiero el apoyo de los padres, porque el hogar tiene un papel prioritario en la formación de valores. En la casa empieza el amor en la familia; ahí se da el respeto a nuestros semejantes, la honradez, la solidaridad, la responsabilidad, la unión y la cooperación, que luego se trasladará a la escuela y a la sociedad.

Desafortunadamente, hay hogares donde los padres no dedican tiempo a sus hijos, mucho menos practican de manera sistemática valores para que, con el tiempo, los pequeños lleguen a ser personas de éxito.

Mi función, entonces, es complementar la formación individual de cada uno de esos niños, de guiarlos por el buen camino, con ejemplos que los lleve a actuar responsablemente frente a situaciones en la vida diaria.

Piel de mariposa

Perla Jaqueline Peinado Toledo

¡Cuán complejo es detenerse para escribir en este mundo vertiginoso, angustiante, avasallador e impaciente; más aún contener el tiempo y ponerse a pensar y redactar un texto que sugiera los valores que se viven en la escuela, en ese lugar en donde personas como ustedes y yo pasamos gran parte de nuestras ajetreadas vidas!

Primero pensaba escribir algo en relación con la función directiva y la manera en que los nuevos liderazgos deben actuar apegados al desarrollo de valores éticos, profesionales, morales y sociales, entre otras formas de decirle a todo aquello que nos hace ser mejores personas. Al final decidí compartir una experiencia escolar que nos ha dejado grandes aprendizajes en toda la extensión de la palabra. Les hablaré de una alumna que teníamos en otra escuela donde trabajé. Es la historia de la niña «Piel de mariposa».

Un día, en una reunión de Consejo Técnico Escolar, una maestra de educación especial nos dice que en el próximo ciclo escolar tendremos una alumna que padece una rara enfermedad, científicamente conocida como *epidermólisis bullosa*. Esta niña tiene como síntomas un evidente desprendimiento de la piel, que además de ser doloroso causa en algunas personas escozor y repudio por el miedo a lo desconocido o al contagio inexistente que sólo existe en las mentes de los ajenos a la enfermedad.

La maestra compartió la información no sólo con la maestra que atendería a esa alumna, sino con todo el colectivo docente y el director de la escuela. Ella nos dijo: «Tenemos que prepararnos para atenderla y acogerla con los brazos abiertos; pero, además, propongo que cada una de ustedes en *sus* grupos les hable a los niños de la enfermedad para que no se asusten al ver a la niña por los pasillos de la escuela y, además, para que no la discriminen o generen acoso escolar hacia ella».

El primer día de clases

Llega el siguiente ciclo escolar y nuestra alumna especial se presenta al primer grado en la escuela primaria. Se acerca con cautela a su nuevo espacio de convivencia, mientras su madre, visiblemente angustiada, hace entrega de su hija a la maestra que la atenderá que en este ciclo, y con voz quebrada encarga a su niña de seis años. Le dice que es su gran tesoro. La maestra la recibe con un abrazo sin gesto de ningún tipo. Caminan juntas hacia el aula, mientras la madre se queda en la cerca observando cómo su pequeña inicia un nuevo reto. La educación primaria ha comenzado.

Las maestras de la escuela, con curiosidad, aprovechan las pláticas de pasillo para preguntar a la maestra: ¿Cómo han tomado los alumnos la presencia de Piel de Mariposa en el aula? Ella responde: bien, me han preguntado qué es lo que tiene en su piel y les he contestado que es un tipo de piel distinta a la nuestra; al principio, se sentó solita atrás, pero como es muy pequeña le pedí que trabajara en la mesita cerca de mi escritorio, afirmó la maestra.

Al escucharse el timbre para el recreo, los niños salen corriendo para alcanzar a comprar en la tiendita. Piel de Mariposa, tímida, callada, sólo mira cómo los demás niños se abalanzan hacia el mostrador, pone sus manos en el rostro y observa cómo se amontonan. Ella no se atreve a acercarse. De pronto, una niña de sexto grado, de esas niñas grandotas y bien hechas, como decimos en el rancho, se le acerca y le pregunta si quiere comprar algo, a lo que ella asiente con la cabeza. Entonces le pregunta: ¿qué quieres? Piel de Mariposa señala la mesa de las frutas, la niña grande toma su dinero, va y le compra sus frutas y se las entrega. Piel de Mariposa le agradece con una discreta sonrisa.

De regreso al aula, la maestra reanuda la actividad con una movida canción para integrar a los niños en una ronda en la que, al compás de sus notas, hacen breves altos y tocan alguna parte de la piel de su compañero, Dice la canción: «¡Hola, hola, cómo estás, cómo te va, yo estoy bien, tú también, ven salúdame otra vez». Y la consigna sigue: «¡Salúdame con tu rodilla, salúdame con tu cabeza!» Y los alumnos tocan a su compañero con la parte del cuerpo que el líder indique. Piel de Mariposa empieza a bailar con sus compañeros y, de repente, suelta pequeñas carcajadas; al parecer, siente un cosquilleo al ser tocada por sus compañeros.

Semanas después

La entrada a la escuela empezó a ser normal. Piel de Mariposa corría hacia su maestra. Sin hacer gestos de angustia, llegaba alegre a la escuela. Su mamá apenas alcanzaba a decirle pórtate bien, vengo por ti en la tarde, y ella entraba, como buena niña de seis años, lista para la acción del día en la escuela primaria.

Con el paso de los días, esta pequeñita, acogida por todo el colectivo escolar, empezó a caminar por los pasillos; primero lo hacía con las manitas en su rostro y su mirada era de timidez. A los días, ya descubría su carita completa. Las maestras le decíamos: «¡Hola, cómo estás, qué bonita vienes hoy». Y ella sonreía con prudencia.

Luego amplió su área de recreación: recorría las dos canchas, pasaba al baño, jugaba en la cancha de futbol y tomaba su lugar alrededor de sus amiguitas en las jardineras de la escuela. En la clase de educación física se le veía correr y jugar, competir de igual a igual con cualquiera de sus compañeros. Su sonrisa era evidente y en sus pequeños ojos brillaba la alegría.

En el transcurso de las semanas, le correspondió a su grupo llevar la guardia de la semana; dicha actividad, común en las escuelas, implica desarrollar la actividad cívica del homenaje del día lunes. Para ello, la maestra asignó a cada alumno las responsabilidades que implica tan solemne acción. Piel de Mariposa levantó su mano y se propuso para decir el Juramento a la Bandera.

El día del evento llegó bellamente vestida, con su uniforme bien planchadito, su cabello en una cola de caballo, adornado con un moño grande de listones azules con blanco que colgaban a la par de su delicado cabello. Su mamá y su abuelita, que permanecieron tras bambalinas, esperaban el momento en que su amada niña, micrófono en mano, dirigiera el honorable Juramento a la Bandera, ante más de 500 alumnos y 20 maestras y maestros.

Piel de Mariposa toma con seguridad el micrófono y con voz fuerte y clara dirige el juramento con la entonación adecuada, la posición correcta, el temple necesario para imponerse ante tan demandante público, mientras sus fieles acompañantes llenaban la memoria del celular de videos y fotografías que grabaron cada segundo de lo que para ellas fue un momento histórico.

Meses más tarde

Con todo y la rutina de las escuelas en tiempos actuales, en donde todos corren de un lado a otro, muy pocas veces nos detenemos a apreciar la riqueza de ver a nuestros niños caminar y jugar por la escuela; me detuve a ver que nuestra alumna especial sonreía, corría, jugaba y bromeaba con sus compañeros de grado y de otros grados con mucha naturalidad. Y eso me llenó de orgullo y de satisfacción docente.

En las festividades del Día del Niño se elige a una pareja de alumnos de cada grado. ¡Y qué creen! En primer grado sale sorteada nuestra pequeña amiga; entre aplausos y abrazos sus compañeros la eligen para que ella los represente como la princesa de primer grado, la cual podrá ser en su momento la reina de la escuela primaria. En la primera semana de promoción de candidatos y candidatas a rey y reina, la escuela se llenó de color y de fotografías de niñas y niños vestidos con una enorme sonrisa, queriendo ser los reyes del Día del Niño.

Después de dos semanas de promoción de candidatos y candidatas, llega el gran día, la elección de los reyes del Día del Niño. Cada alumno tiene su porra, con los clásicos botes rellenos de piedritas y forrados de papel de china, que retumban por toda la techumbre de la escuela, se escuchan las porras, las canciones de apoyo, las rimas

hechas exprofeso para cada participante y las de Piel de Mariposa no podían faltar. Aún con la inocencia de los más pequeños de la escuela, sus compañeros hicieron lo propio en el recorrido de su candidata, con una enorme sonrisa nada discreta y con el clásico movimiento de manos, corto, corto, largo, largo; cual soberana española, recorrió tomada de la mano de su príncipe con paso cadencioso, elegante, cual bailarina de ballet, al son del Vals de las Mariposas. Todos observábamos aquella escena con gran melancolía y sin alejar de nuestra mente la imagen del primer día de clases de nuestra querida alumna.

El día de la elección se sentía el ambiente lleno de curiosidad y nerviosismo. La votación sería secreta y a través de una boleta tipo electoral que tenía la fotografía de los participantes, para que cada alumno señalara en privado a quién elegirían como su rey y reina del Día del Niño. Previamente se había nombrado al comité encargado de llevar los comicios de manera democrática y honesta. Nombrado el cargo de cada integrante del comité, su presidente, secretario y dos escrutadores, el director de la escuela explicó el procedimiento y los invitó a elegir a sus compañeros de acuerdo con sus cualidades personales: a los mejor portados, los más sociables, quienes se lleven mejor con sus compañeros.

Más que una cuestión física o de vestimenta, la elección de sus soberanos era una invitación al reconocimiento de las cualidades personales y el ejemplo de vida que sus compañeros representan; por ello su voto debía ser reflexivo. Dadas las indicaciones, se colocan las urnas y proceden a llevar a cabo la elección.

Podrán imaginar el desenlace. ¿Quién ganó la elección? ...Efectivamente, adivinaron, la ganó la protagonista de esta historia de la vida real, contada desde la cotidianidad de una escuela primaria. ¿Pero saben qué? Aún falta la cereza del pastel, o el gran final de esta narrativa escolar, centrada en una pequeña niña que movió los

esquemas de algunos de quienes compartimos con ella el día a día en la convivencia escolar.

Llegó el gran día de la coronación de la Reina Piel de Mariposa. Apareció radiante, con un hermoso vestido amarillo, con destellos dorados, un enorme postizo de caireles adornando su cabeza y zapatillas de cristal cual princesa de cuentos. Después de unos momentos de música y de disfrutar con alegría y júbilo, se invita a la reina saliente que pase a entregar la corona. Entra una pequeña niña de segundo grado con un vestido azul modelo princesa de Disney, que con dificultad para hablar le dice 'tú, tú, ere, eina'; traducido, quiso decir 'ahora tú eres la reina', e invita a que le aplaudan. La reinita saliente era una niña muy querida en la escuela primaria que padece síndrome de down.

Nota final

Esta es una historia de la vida real, contada desde la experiencia en una escuela primaria del municipio de Culiacán. Los nombres de los personajes y el de la escuela se omiten para no invadir la privacidad de quienes se involucran en esta historia. Pero en este trozo de vida apreciamos cómo es que se viven los valores en las escuelas de Sinaloa.

La escuela me lo ha dado...

María Madrid Zazueta

Mucho tiempo sentí que la escuela me debía mejor formación. No salí de educación básica con los conocimientos básicos. Tampoco tuve en mi educación media un conocimiento general sobre el mundo que me rodea como para decir que lo conozco. No salí preparada para desempeñar algún puesto laboral. Jamás fui una persona desenvuelta y, por poco, me podrían considerar con mutismo selectivo, sobre todo a la hora de exponer frente a grupo.

Sin embargo, cuando pienso en la pasión que siento por la literatura aparece la maestra Consuelo, aquella bella e imponente mujer, con su cabellera negra y blanca piel, esa maestra de voz grave, al igual que aterciopelada, que nos retó a regalarnos un punto al que dijera de memoria el bello Madrigal de Gutierre de Cetina, de «Ojos claros, serenos, si de dulce mirar sois alabados...»

Recuerdo que fue en la escuela donde cultivé el gusto y elección por obras literarias. ¿Cuántas novelas clásicas leí? No recuerdo. Por mi memoria transitan personajes entrañables, entre los que sobresale *María*, de Jorge Isaacs, quién sabe por qué ahora, quién sabe por qué a tantos años. Creo que fue la primera novela que leí en la secundaria. Y luego el poema del *Mío Cid*. Podrán parecer simples novelas, pero fueron los personajes de estas obras los que me marcaron valores que atesoro, como el honor, la lealtad, el amor, el valor...

No recuerdo mucho de mis maestros, pero sí la forma en que me marcaron algunos. En mi cabeza está la imagen del profe Rubio, de la secundaria; el profe Óscar Villegas, de la prepa. Ambos me transmitían un entusiasmo por conocer la historia. La última recomendación que nos hizo el profe Rubio fue que nos hiciéramos personas de bien, honradas y trabajadoras, porque las personas que tienen corrido viven muy poco, y nosotros merecíamos una vida con más plenitud.

Siempre me es grato recordar al profe Enrique, aquel polémico maestro de Análisis Literario de la prepa Zapata. Me puso ocho, la más alta calificación que concedía a sus alumnos destacados. Pero a mí lo que me marcó fue la forma en que derramaba los versos. Su pasión al usar el lenguaje. Sus versos, incluso para pelearse, como cuando le compuso el poema al profe Amador, de quien dijo que de Amador no tenía nada porque corrompía la educación por aspirar a la política dentro de la universidad. Y quizá algo había de cierto. Valiente aquel hombrecito menudo de lengua afilada y aguda agilidad mental.

Veo mis ventanas y me fascino de ver mis cortinas, unas cortinas que hice con tela de la más económica; lucen hermosas mis cortinas, que antes fueron rebozos. Son simples telas a las que a las orillas tejí haciendo nudos. Eso lo aprendí en la primaria. Ni siquiera sabía que

lo sabía, hasta que en un evento escolar me urgió a hacerme un atuendo mexicano para una kermés. Entonces recordé que en la primaria creaba unos rebozos haciéndoles nudos. Y así empecé a darme cuenta de mi habilidad para diseñar estas singulares, simples y hermosas prendas, que lo mismo uso de rebozos, cortinas, mantel o sobrecama. Una prima me quiere comprar para llevarlos y venderlos en Estados Unidos.

Incluso, mi primer gran amor fue en la escuela. En la primaria, Gral. Vicente Guerrero, fue donde conocí a aquel niño menudo, de mirada dulce. Nalga parada y caminar curioso, como si danzara al son de una música apacible y silenciosa que sólo él escuchaba y que yo disfrutaba al verle transitar. Todavía recuerdo su pelo oscuro, medio chino y su mirada tranquila y fija cuando se cruzaba con la mía. Estábamos en sexto, por cierto. Él no era el típico chiquillo que se siente especial porque se sabe lindo. No, ese niño mantenía toda su esencia de rancho, siempre llegaba a la escuela en una camioneta en la que traían enormes recipientes metálicos que contenían la leche que vendían. Era serio, aunque siempre aceptaba jugar conmigo y mis amigas a la hora del recreo. Y era inteligente, no de los que siempre responden en la clase, sino de los que, calladamente, resuelven las situaciones a las que los enfrentan los maestros. No recuerdo que alguna vez le hayan llamado la atención. Ni a él ni a su hermano que, por cierto, quién sabe por qué estaba en nuestro grado si era mayor que nosotros. Creo que desde allí, aunque me divierten mucho los hombres que me hacen reír, no me veo jamás al lado de un cómico ni de alguien cuya vida sea una simplicidad constante. Me atraen los hombres serenos, serios y sencillos.

Mis amigas, de las que más he aprendido, a varias de ellas las encontré en la escuela. A Mirna, en la primaria, ella me enseñó a trepar árboles, caminar sobre bardas y brincar cercos. Rosa Amelia, en la secundaria, me mostró el camino para escribir. Le gustaban

los poemas, algunos clásicos, por lo menos conocidos, los descomponía inventándoles algunas partes. Brenda me enseñó a tener valor; junto con mis compañeros de la secundaria nos íbamos al río. Para ir a su casa, hasta El Barrio, me arriesgué a cruzar el canal de Villa Satélite, no sin un montón de raspones. Esa chica tenía carácter, y no cualquiera; hasta los hombres le temían. Pero una vez la enfrenté y le dije: ¿soy tu torta o qué?, porque me dijo que le trajera la pelota que se les había salido de la cancha. Me llevaba más de medio metro de diferencia. Luego me contó lo contrariada que estaba de que yo creyera que me estaba mandando, pero yo así lo sentí.

A veces, apenas si parece que he hecho algo en la vida. De cuando en cuando, me pregunto si es que en verdad he hecho algo productivo. Algo que valga la pena. No tengo una familia propia, no tengo carro, casa, no viajo a lugares exóticos, no gano como la mayoría de mis compañeros docentes, ni siquiera tengo un puesto seguro en el magisterio. Mis amigas y primas... que no han terminado ni la prepa, parecen tenerlo todo. Entonces me pregunto: ¿qué me ha dejado mi vida laboral en diversas instituciones educativas? Y no sé qué contestar, pero me siento enamorada de mi profesión. Con frecuencia, la gente, incluyendo a mis primas y amigas, recurre a mí para consultar sus dudas personales o la vida escolar de sus hijos.

No me siento frustrada por lo que no tengo; me siento feliz de ir curando mis heridas de crianza en una familia donde abunda el alcoholismo, que yo no he heredado. Suelen buscarme personas de diferentes niveles sociales y gustos culturales. Mucha gente me cree culta; seguido me preguntan si pinto, si bailo, aseguran que hago algo de arte y todavía no descubro por qué. Yo me siento todavía bronca, me encanta el rancho y el aire libre. Mi arte más grande es contemplar la luna arriba del techo, hasta que me vence el sueño.

Por cierto, estar en la escuela me ha abierto las puertas a la escritura, que es de lo que más disfruto hacer, aunque casi siempre lo hago por la necesidad de expresión y de extensión de mi sentir y mi pensar. Esta oportunidad me la ha dado un maestro de la UPES con el que he participado ya no sé en cuántas ediciones de revistas y algunos libros. Por esta afición de escribir, empecé mi trabajo docente universitario que me tiene estudiando y abriendo ventanas a nuevos universos.

Trabajar en educación me ha dado la oportunidad de crecer en espíritu, acompañada de muchos niños que me han enseñado a sobrevivir a las depresiones, los temores y las novedades que a veces me asustan. Esta profesión me ha hecho conocer culturas del sureste de México que me han hecho voltear con mucho amor mi vista al otro polo. No siento preferencia por ninguna cultura en especial, porque todas entrañan un aprendizaje que me cultiva el alma. No podría distinguir la lengua de un niño u otro, sino hasta escucharlos hablar, porque el alma es similar en todas las razas.

La docencia me ha enseñado a enfrentar y sobrevivir el síndrome del quemado. Me creí fundida, pero aquí sigo. No fue fácil el proceso de reconciliación con el sistema educativo que no termino de entender, ni de aceptar en su totalidad. Por ejemplo, no concibo la diferencia entre muchos términos si en actos sigue siendo la misma. Me ha ayudado mucho, y ha sido curativo, el proceso en educación superior. En el trabajo docente con personas adultas, que si bien son a veces infantiles, siempre ubico hasta dónde está mi responsabilidad, y eso es satisfactorio y liberador.

Incluso, estas inestabilidades en las reformas educativas que traen zarandeados a los maestros y demás miembros del magisterio; estas incomprensibles leyes que obligan a mantener a los niños en la escuela cada vez más inmaduros y aburridos, me dan de cuando en cuando algo de sostén económico extra, porque a pesar de la

supuesta mejora en la calidad educativa cada tanto me llega gente de no sé dónde, que no sé cómo saben de mí, pero me buscan y me piden ayuda a mí, que ni siquiera aspiro a carrera magisterial, para que sus hijos mejoren su situación escolar.

Y aunque sigue siendo cansado este afanoso oficio de educar día a día todos los días, estoy aprendiendo de nuevo a reír como niña, con la diferencia de que ahora de adulto disfruto la lógica visión de la vida que tiene la infancia. Todo esto me lo ha dado la escuela. Entonces para mí, pese a todo lo que la escuela me pueda deber, también me ha dado mucho. No me vale la escuela; para mí todavía tiene mucho valor.

Camino hacia la docencia

Claudia Isabel Tablón Barreras

Todos tenemos un motivo por el que deseamos ser maestros o maestras. Unos cuantos lo imaginan en la infancia porque desde niños tienen esa ilusión; incluso, crecieron jugando, desenvolviéndose en ese papel. Algunos lo hacen más grandes, probablemente porque alguien tomó esa decisión por ellos.

Mi razón, en cambio, es diferente, comparada con los docentes que tienen padres, tíos o amigos que son maestros o maestras en algún nivel educativo. Ellos tomaron esa decisión, tal vez, por la admiración que tuvieron por esas personas. Continuaron un ejemplo que les representa una imagen de respeto y que les gustaría reflejar.

En mi caso, el motivo por el que quiero ser maestra es por razones del contexto social migrante que conocí en 2011, al estar en el programa del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE).

Es un contexto con padres pobres que trabajan en el campo por un sueldo miserable, que ignoran lo que pasa a su alrededor. Incluso, desde afuera, casi nadie se da cuenta de que todavía, en estos campos agrícolas, muchos niños trabajan por necesidades económicas. Son niños con falta de atención y de afecto, niños con visibles muestras de descuido familiar y gran falta de cariño.

Estos pequeños se ganaron mi corazón. Sus condiciones de vida provocan tristeza, porque no sólo tienen problemas económicos, sino también educativos, pues la mayoría presenta rezago escolar y no logran concentración en sus estudios. Yo me he focalizado más a preescolar.

Para las cinco de la mañana, estos pequeñines ya están en la guardería y salen hasta las seis de la tarde. Están casi solos todo el tiempo y casi siempre tienen hambre y sueño, razón por la que no prestan atención a las actividades escolares. Quizá esa razón no sea un buen motivo para explicarlos y no será bueno guiarme por sentimentalismos, pero esa es la realidad de mí decisión para ser maestra.

En un principio, creí que con el título de Licenciada en Educación Preescolar podría prepararme mejor y ayudar a estos niños, por lo menos por el lado educativo, para que fueran mejores estudiantes, pero hoy me doy cuenta de que la realidad es otra, que debo sobresalir, buscar los medios para ejercer esta carrera, y sería una suerte si en algún momento me llegara a enfrentar a este tipo de contexto, en una posición de profesora titular con plaza de la Secretaría de Educación Pública, para incidir con mayor efectividad en la modificación de las situaciones de aprendizaje de estos niños migrantes.

Considero que el niño migrante es el ser más noble, pues ante las necesidades muestran sus mejores rasgos y encuentran la felicitad con cosas tan sencillas. El niño migrante posee un tipo de cultura con tradiciones muy bellas. No necesitan mucho para pasar momentos agradables en familia, que aunque son demasiado pocos,

en esos instantes de celebraciones muestran actitudes y valores de su cultura que sólo ellos conocen. La amistad y el aprecio que tienen a las personas cercanas a ellos es pura y sincera porque, por la falta de atención de sus padres, se refugian y apegan a los demás buscando ese amor que necesitan. Y con personas, como es en mi caso, que los conocen desde esta perspectiva, ellos suelen ser correspondidos con la misma estima. De aquí mismo parto para hacer una comparación en la educación.

Mis padres y mis abuelos me platicaron que su aprendizaje fue distinto al de hoy; antes era más natural, pues aprendían de su entorno y de la vida cotidiana y los maestros eran estrictos. De acuerdo con lo que ellos platicaron, considero que la educación de antes a la de hoy tiene sus ventajas y desventajas: la educación era más favorecida en tiempos pasados porque los maestros tenían mejores conocimientos; su relación y la apreciación del contexto era más valorada; su desempeño vocacional era para que el alumno adquiriera un aprendizaje con el que pudiera salir adelante, pero lo malo consistía en que los maestros eran demasiado estrictos y ese método no era fiable para adquirir conocimiento, aunque, se obtenían buenos resultados. Los castigos eran muy severos. Desconozco el tipo de enseñanza que se utilizaba, pero en la actualidad contamos con un programa para que los alumnos cumplan con un perfil de egreso, que todos los docentes deben cumplir buscando métodos de enseñanza para mejorar el aprendizaje sin agredir al alumno.

Yo no tuve la oportunidad de asistir a preescolar, pero recuerdo que en el primer año de primaria tuve una maestra a la que quise mucho. La considero una de las mejores maestras que he conocido, porque así como los niños migrantes yo tuve muchas faltas de atención y de cariño que perjudicaron mi entorno escolar y social. Me acuerdo que le decíamos maestra Lety. Ella se interesaba mucho en estos aspectos. Hizo diversas actividades y juegos para que

me involucrara con mis compañeros, como juegos de Doña Blanca y Matarile rile ron, entre otros; o la forma de sentarnos en el aula, porque cada día ella buscaba la manera de que nos relacionáramos con un niño distinto. También tuvimos mucho apoyo de su parte, pues nos tenía mucha paciencia. No recuerdo que la maestra Lety se molestara o nos gritara. Los recuerdos que tengo de ella son buenos porque era amable y comprensiva.

La maestra Lety es la única figura que tengo en mi memoria escolar y la considero una de las mejores profesoras que he tenido. Me gustaría llegar a ser como ella. Tomar como ejemplo esa única figura académica para que, así como ella se interesó en mí, poder yo influir en el desarrollo escolar y social de otros niños que Dios y la sociedad pongan en mi camino magisterial.

La práctica hace al maestro

Lubia Miroslava García Montoya

Recibir la maternidad cambió mi vida rápida y rotundamente. Fue el despertar a un mundo de mucho aprendizaje, me motivó a leer y prepararme para ese gran momento que me abrió un panorama desconocido. Buscar información acerca de la crianza de los hijos, tratar de entender las etapas por las que pasan los niños, le dio un vuelco a mi vida. Enfrentarme a tantas dudas y a un mundo que no conocía me hizo buscar muchas respuestas.

De un día para otro, la maternidad me llevó a conocer más sobre los niños, su naturaleza, sus etapas de desarrollo, aspectos de crianza, y fue así que cuando nació mi hijo Santiago esa búsqueda constante logró enfocar mi interés en ser maestra de preescolar. Debo confesar que no fue una decisión fácil pensar en volver a iniciar una carrera profesional. Tenía claro todo lo que esa opción implicaba en

mi vida personal, familiar y profesional. Era entender que un nuevo camino de conocimiento, esfuerzo, dedicación y compromiso, se abría para mí. Así es como decidí hacer mi primer intento por entrar a la Universidad Pedagógica Nacional (UPN).

Para iniciar la Licenciatura en Educación Preescolar en la UPN, uno de los requisitos de inscripción era comprobar que estaba haciendo prácticas en alguna institución educativa. Eso me desmotivó un poco, ya que tenía un hijo muy pequeño y pensé lo difícil que sería organizar mi vida para hacer mis prácticas. Muchas veces me pregunté qué tan necesario e importante sería que yo practicara mientras estudiaba; total, era simplemente una estudiante que no, de la noche a la mañana, aspiraba ser una maestra. No entendí la visión de la escuela. Muchas veces me pregunté: ¿cómo me exigen que practique como maestra si para eso voy a empezar a estudiar, para que en la UPN me enseñen a serlo? Entonces no entendía la visión de la institución. Me inquietaba la idea de cómo conseguir trabajo de maestra sin serlo, cómo hacerle para tocar las puertas de un lugar y solicitar que me permitan realizar mis prácticas profesionales sin ser una profesional, o por lo menos sin tener ningún conocimiento de lo que requiere serlo?

En fin, la noticia fue algo difícil de digerir, pero entendí que, me gustara o no, era uno de los requisitos a cubrir, por lo que tuve que tomar acciones y busqué oportunidades en algunos preescolares privados. Encontrar un lugar para hacer mis prácticas era casi algo imposible para mí. Dejé currículos en algunos lugares y con el paso del tiempo nadie me hablaba. Pensé que tal vez mi primera formación profesional no era muy atractiva para una aspirante a ser maestra de preescolar. ¡Pues cómo no, ser Licenciada en Contaduría Pública no era algo que impresionara a los directivos de esos lugares; de hecho, creo que esa fue una gran limitante!

En las entrevistas me preguntaban: ¿por qué dejó usted su carrera profesional para buscar trabajo como maestra en una escuela? Decían que les parecía muy raro que dejara mi anterior oficio para realizar prácticas docentes, y la respuesta de la emoción, el ímpetu y las ganas de seguir estudiando, aprendiendo y encontrando una nueva alternativa profesional, no les resultaba suficiente para entender el gran deseo y la necesidad de una oportunidad para mí.

Poco a poco la desmotivación fue enterrando mi entusiasmo. Eran tantas las puertas cerradas que, poco a poco, me parecía más difícil y más triste decidirme a tocar otras nuevas. Llegó el día de las inscripciones y aún no había conseguido mi constancia de prácticas y quedé fuera de ese primer acercamiento con mi universidad. Fue algo doloroso, difícil de creer que con tantas ganas y entusiasmo había quedado fuera del proceso de inscripción.

Los días pasaron y la impotencia fue creciendo. Era triste saber las ganas y la emoción que le puse en buscar alternativas y nada estuvo a mi favor. Fueron días en los que llegué a preguntarme si valdría la pena volverlo a intentar. Gracias a Dios, el tiempo todo lo cura y pone cada cosa en su lugar. Esta dificultad que enfrenté me hizo preguntarme de nueva cuenta si ese era el camino que quería recorrer, si en realidad la docencia era mi vocación. El tiempo me ayudó a responder que vale la pena intentar una y más veces hasta lograr nuestros sueños. Desde entonces, comprendí que ser maestra era un nuevo plan de vida para mí, era redirigir mi camino y encontrar en esa nueva experiencia un nuevo sentido a mi vida personal y profesional.

Seguí buscando una oportunidad y fue justo ahí, en el jardín de niños en el que fui alumna, donde toqué las puertas y encontré ese espacio que me permitiera vivir una de las experiencias más hermosas en mi labor docente. Me dieron la oportunidad de apoyar a una maestra de segundo de preescolar que tenía un grupo numeroso y

con niños con necesidades educativas especiales. Esa fue la primera gran experiencia de muchas que se han ido presentando a lo largo del camino.

En ese jardín de niños entendí que la práctica docente no es sólo un requisito. Es una obligación, en el estricto sentido del apego a la normatividad de mi institución; pero, más allá de eso, es una gran oportunidad para descubrir y vivir la experiencia que nos da el trabajo áulico. Es encontrar el sentido más vivo de nuestra vocación. Es aprender día a día en el mejor escenario, en las aulas, con los niños, haciendo una majestuosa labor que nos llena el alma y nos acompaña en el camino, que alimenta el amor, la vocación, que me enseña a enfrentar mi labor con compromiso y con un sentido real de responsabilidad, de descubrir que trabajar con seres humanos es una oportunidad de vivir, de trascender y transformar nuestro mundo desde nuestra aula. Es ayudar a cada niño en la búsqueda de su encuentro consigo mismo, con su independencia y autonomía. Es utilizar los medios para que su vida tenga sentido a partir de mí y después de mí.

La práctica hace al maestro. Este dicho tan coloquial y tan lleno de verdad ejemplifica la necesidad, en nuestra profesión, de contar con la experiencia práctica. Un maestro que dice serlo no puede estar exento de una formación completa: la teórica y la práctica que le permita acrecentar sus experiencias, tomar conciencia de las verdaderas necesidades que tienen sus alumnos. La práctica provee al docente de herramientas invaluables que difícilmente sólo el currículum escolar pueda transmitírselas. Estar en un grupo permite acercarnos a las dificultades, a los fracasos, a los grandes retos, pero también a los maravillosos aprendizajes.

Para ser un maestro comprometido se requiere vivir esa experiencia que, sin duda, cambiará la visión de nuestro quehacer y

modificará nuestra intervención pedagógica de manera más oportuna y eficiente.

La vida, en ocasiones, nos enfrenta a nosotros mismos, nos mide y nos hace crecer o hacernos más chicos ante las dificultades. En mi caso, esa dificultad fue un detonante para encontrar mi verdadera vocación, para moverme las fibras necesarias y decir ¡yo sí puedo!; para no darme por vencida en ese primer intento fallido; para entender que lo mejor no todo el tiempo es lo más fácil, sino lo mejor se torna difícil para hacernos crecer, crecer en nosotros mismos, en nuestra fortaleza y perseverancia y para descubrir el verdadero sentido de luchar por las cosas que amamos y que verdaderamente valen la pena.

Yo me quedo con esa segunda oportunidad de lucha, con esa valentía que logró abrir mis alas hacia un camino maravilloso, lleno de dificultades, pero también de grandes satisfacciones que no cambiaría por nada.

Muchas veces me pregunté: ¿por qué tardé tanto para encontrar mi verdadera vocación? Hoy sé que recorrí el camino perfecto para llegar a donde estoy, para encontrar mi punto de partida en este nuevo y largo camino de mi vida como maestra.

El quehacer docente en la promoción de los valores: entre el desafío, la perseverancia, disciplina y determinación de asumir el cambio

Jesús Vidal Ponce

Elementos para la reflexión

El interés en torno al favorecimiento de una educación sostenible, con un enfoque que beneficie el desarrollo humano, los valores y la convivencia, son tendencias que continúan demandando un trabajo sistematizado. Desde 1997, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en la *Quinta Conferencia Internacional sobre Educación de Adultos* establece que la

> Educación a lo largo de toda la vida es [...] más que un derecho: es una de las claves del siglo XXI. Es a la vez consecuencia de una ciudadanía activa y una condición para la participación plena en la sociedad. Es un concepto sumamente útil para fomentar el desarrollo

> ecológicamente sostenible, para promover la democracia, la justicia y la igualdad entre mujeres y hombres y el desarrollo científico, económico y social, así como para construir un mundo en el que los conflictos violentos sean sustituidos por el diálogo y una cultura de paz basada en la justicia (Unesco, 1997).

En nuestro país, la administración educativa asume una postura y un compromiso al respecto: por una parte, centrar su atención en lo que acontece en la escuela; por otra, brindar los medios más idóneos para generar prácticas diversificadas que impacten en los escenarios escolares y sus agentes. Para ello se abren ofertas académicas de formación: cursos, talleres, diplomados u otros que fortalezcan el quehacer profesional docente.

Las autoridades educativas locales encaminan sus esfuerzos en el mismo sentido, la transformación de lo que acontece en la escuela y en las aulas. Por ello, la necesidad de formar maestros y directivos que asuman un cambio real en las prácticas de intervención y en las formas de organización como parte de la mejora de la gestión escolar.

Propiciar la calidad de la educación requiere de acciones que contribuyan a la real comprensión de lo que acontece en la práctica, de los propósitos, contenidos educativos y el reconocimiento de los alumnos para el diseño las estrategias didácticas que favorezcan y generen ambientes de aprendizajes, propicien la convivencia y promuevan los valores.

Se pretende recuperar el papel central del docente y la escuela, promover la reflexión en la acción, valorar los haceres y deshaceres cotidianos, resignificar roles para contribuir y actuar en beneficio de este mundo cambiante. Todo esto es un desafío inquebrantable. La perseverancia, disciplina, determinación, responsabilidad y

constancia, son un mínimo de valores que entrecruzan la personalidad y el accionar del docente.

Así, ser educador, a pesar de quienes lo dudan, es una de las profesiones más complejas, no sólo por su enorme responsabilidad social, sino por los saberes que un maestro pone en práctica cotidianamente, aunque esta labor en muchas ocasiones sea desvalorada.

Entre las acciones que buscan contribuir y complementar la formación inicial docente están las experiencias locales exitosas en diferentes niveles educativos. Es el caso, por ejemplo, de las licenciaturas en Preescolar y Primaria, en la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa, o los talleres que desde el programa En Sinaloa se Viven los Valores (SIVIVA) se han trabajado. Cada instancia diseña estrategias *ad hoc* a las características de sus destinatarios. En esas propuestas se encuentran implícitos los planteamiento de la Unesco de hace treinta años.

En este sentido, en las siguientes reflexiones se plantea, por un lado, algunos elementos que debe incluir un trabajo con esta perspectiva; por otro, las experiencias de cambio que se atreven a impulsar los docentes a partir de los referentes brindados en diferentes procesos formativos.

Por tanto, es un reconocimiento a quienes, de una u otra manera, se aventuran a gestar el cambio en ese espacio, en el escenario que la vida les ha hecho coincidir. Se les reconoce porque se han atrevido a trascender el adoctrinamiento, a desafiar las formas y los estilos para desarrollar la conciencia de sí y para sí, como lo refiere Schmelkes (2004, 112), cuando habla de que el objetivo de la formación en valores es el desarrollo de sujetos autónomos capaces de construir sus propias estructuras al respecto. Así pues, concretar este ideal requiere de acciones diversas, pero convergentes

El punto de partida para el trabajo con valores

¿Qué es lo que propicia el diseño de nuevas tendencias orientadas al perfeccionamiento del quehacer docente? Posiblemente, reconocer que la educación es una de las vías más importantes para que los individuos de una sociedad convivan democráticamente en un marco de valores, respeto a los derechos humanos, la justicia y preservación del medio ambiente (entendidas como tendencias medulares).

¿Desde dónde impulsar estas acciones? Es en las comunidades escolares donde se vive esa trascendental tarea, por sus características socializadoras, potenciales de impacto y contribución a la formación integral de las personas. Como señala Schmelkes (2009), enseñar valores requiere de un proceso educativo intencionado y sistemático que corresponde a la escuela.

En las escuelas se deben fortalecer y desarrollar competencias que permitan a los alumnos una convivencia de calidad en la que se privilegie la comunicación asertiva, la empatía, la solución de conflictos mediante el diálogo y la corresponsabilidad en la búsqueda de solución de problemas, de la escuela, la comunidad y la sociedad.

¿Cómo avanzar en ese sentido? Promoviendo un adecuado desarrollo cognitivo y socioafectivo, desarrollando habilidades de interacción, de resolución de problemas y de actitudes ante la vida y toma de decisiones.

Elementos clave para el cambio: el binomio racional-emocional

Formar integralmente a las personas exige no sólo enfatizar en el aspecto cognitivo, sino, además, en el socioafectivo o, como otros le

conocen, en el desarrollo del potencial humano. Para ello, se sugiere integrar en la concreción del currículum el desarrollo de las habilidades sociales (pensamiento crítico, pensamiento creativo, comunicación asertiva, resiliencia, etc.). Estas habilidades se relacionan con el análisis, la reflexión, el autoconocimiento, autorregulación, formación de vínculos, toma de decisiones y autoevaluación, entre otros elementos, todos coadyuvantes a la promoción de valores.

Si la educación desatiende estos aspectos, la anhelada calidad educativa disminuye. Schmelkes (2004:53) sostiene que al no atenderse la dimensión socioafectiva se enfrentan complicaciones para lograr, incluso, el desarrollo cognitivo. Además, se reconoce que el aprendizaje sucede en ambientes en los que la interacción está compuesta de contactos emocionales (relación docente-alumno, alumno-alumno, etcétera).

Por tanto, es necesario favorecer habilidades del pensamiento, a la par de habilidades socioafectivas; desarrollarlas mediante la vivencia de situaciones didácticas, donde se discute, reflexiona, se asumen roles, se establecen contactos y vínculos emocionales. Todo esto en el marco de lo que establecen el plan y programas de estudio, considerando que «La formación en valores así entendida, es un proceso largo, de aproximación sucesiva, hasta lograr consistencia entre el esquema valoral definido y los elementos de juicio de los actos propios y ajenos» (Schmelkes, 2004:99). Este es un compromiso permanente.

Asumir la responsabilidad de promover valores puede ser una tarea compleja, ya que implica no sólo incluir las temáticas transversales al currículum en las rutas de mejora o en las planeaciones diarias; exige, además, orientarlas a la práctica cotidiana en el contexto escolar; asumirlas con convicción, romper esquemas, costumbres, tradiciones, patrones de conducta; cambiar así una cultura escolar establecida por décadas.

Lo anterior requiere de la participación de todos los que forman parte de la comunidad escolar: docentes, directivos, alumnos, incluyendo la integración de los padres y madres para que, de manera comprometida, asuman la responsabilidad que les corresponde en la formación de sus hijos.

Como se mencionó, propiciar el trabajo bajo una perspectiva axiológica no es, pues, una actividad de mecanización. No es una especie de recetario común para todos, o la selección de algunos valores para transmitirlos como leyes, o elegirlos en fechas conmemorativas para dialogar sobre ellos; tampoco instaurarlos como el valor del mes o de la semana. El trabajo bajo esta lógica requiere establecer rupturas epistemológicas.

Aspectos como la actualización se constituyen en elementos que necesariamente se deben atender si se pretende transformar la práctica educativa, propiciar que se vivan procesos de reflexión tendientes a la toma de conciencia, primero de lo que se hace y cómo se hace; segundo, experimentar mediante estrategias vivenciales el desarrollo moral, asimilar otras perspectivas para trabajar y vivir los valores, potencializando el desarrollo de las habilidades sociales, para conjuntarlas con las cognitivas. Interiorizado este proceso de aprendizaje, puede transferirse con mayor facilidad a los educandos.

Lo anterior requiere del indiscutible deseo de transformar el sentido de la educación, que contribuye, a su vez, a lograr un ejercicio profesional y una vida de calidad. Asumir el desafío y la determinación de vivir el cambio.

Las experiencias en la práctica. el punto de vista docente: impacto de lo aprendido

En la búsqueda de soluciones se han implementado programas y diseñado estrategias que ofrecen herramientas a los colectivos escolares para prevenir la violencia, generar ambientes de convivencia y fortalecer la práctica educativa en la formación en valores. Por lo general, todos buscan adecuarse a los planteamientos vigentes.

Las experiencias que en lo personal se ha tenido al respecto han sido desde diferentes escenarios; de ahí que cuando se trata de evaluar los aprendizajes de quienes participan en los procesos de formación y advertir el sentido que le dan a la adquisición de esos referentes, hay expresiones que oscilan entre las categorías siguientes. Algunas se relacionan con la vivencia, la preocupación por el cambio, la disciplina, el esfuerzo, la perseverancia por emprender acciones novedosas; otras corresponden a la práctica de elementos concretos coadyuvantes en el quehacer profesional.

En el seguimiento estatal a un grupo de docentes que participó en procesos de actualización, durante dos ciclos escolares, se obtuvieron algunos hallazgos. El primer tipo de respuestas refiere el uso de los contenidos para fortalecer *competencias de tipo personal*. La disciplina, la responsabilidad, son aspectos latentes que han contribuido a favorecer la calidad de sus relaciones familiares, caracterizadas por mayor toma de conciencia respecto a los estilos comportamentales asumidos, en mejor comunicación, mayor tolerancia y apertura para las demostraciones de afecto.

Un elemento que identifica este tipo de respuestas es la *mejora, el cambio de actitudes* frente a las conductas que muestran sus alumnos; el desarrollo de *nuevas estrategias* como la mediación y el diálogo con el propósito de atender manifestaciones de violencia y resolver conflictos. Una expresión textual al respecto es la siguiente «a partir del

curso atiendo de manera diferente las conductas y manifestaciones de los niños y niñas de mi grupo, dialogo más con ellos, atiendo de una manera más atenta sus problemáticas y necesidades». Estos señalamientos pueden indicar una preocupación por mejorar los procesos de cambio personal que repercuten a su vez en los de la práctica educativa. Valores como la paciencia, disciplina, determinación, firmeza, son trabajados de manera transversal. Todos se dirigen a favorecer la virtud cardinal fortaleza, señalada desde el realismo aristotélico en el programa SIVIVA (Sepyc, 2015:17).

Estos elementos son importantes, ya que las problemáticas que se viven en las comunidades escolares requieren de una intervención basada en el diálogo y la mediación. Un docente que ha desarrollado estas habilidades puede contribuir de manera significativa en la mejora de los ambientes de aprendizaje.

Otro tipo de respuestas que contribuyen al aprendizaje permanente se sitúa en la categoría desarrollo de *competencias profesionales*. En ésta subyacen argumentos que señalan las modificaciones a la práctica educativa; con nuevas herramientas conceptuales, que apoyan y fortalecen el quehacer pedagógico, se amplía la perspectiva en temas como valores, equidad de género, cuidado del medio ambiente y corresponsabilidad, etcétera.

Otros argumentos coinciden en señalar que el proceso vivido ha posibilitado mayor apertura –*disposición para escuchar*– a los alumnos generando ambientes de respeto, confianza y aceptación. En general, se considera asumir con mayor conciencia la responsabilidad de «transmitir» (sic) valores, de la preparación personal y académica que esto implica. Se reconoce la importancia del acto congruente en el actuar diario.

Algunas expresiones refieren complicaciones para ir concretando en la práctica los elementos adquiridos; no obstante, se avanza, a pesar de los inconvenientes y tropiezos. Hoy día, en las escuelas

muchos maestros se aventuran al cambio. Los señalamientos anteriores son muestra de ello.

Un cambio evidente se advierte en el diseño e implementación de *las planeaciones*. Son más significativas, tienen mayor apertura, incluyen oportunidades de participación en experiencias que contribuyen al análisis y reflexión respecto a cuestiones valorales, de manera directa o transversal.

Las *modificaciones a la práctica* han influido en los alumnos, en sus maneras de interactuar y las relaciones que establecen con los otros. Las propuestas derivadas de las dinámicas y estrategias vivenciadas se utilizan para forjar vínculos de mejor calidad con los padres, aspectos que han sido de gran ayuda, ya que éstos muestran mayor participación y brindan apoyo en las acciones en la comunidad escolar.

Reflexión final

En cada vivencia, en cada trabajo, en cada visión proyectada, se advierten bondades, quizá algunas más incipientes, pero con cambios positivos en las prácticas; se advierte el impacto en las maneras de relacionarse, interactuar, convivir y apropiarse de los valores necesarios para la vida en sociedad.

En cada esfuerzo organizativo de las instancias educativas para promover el trabajo con una perspectiva axiológica, subyace una práctica de valores: perseverancia, constancia, disciplina, valentía y determinación, son algunos que se van conjugando en el actuar diario con otros como receptibilidad, amabilidad, congruencia, fraternidad, generosidad y moderación.

Cada uno de estos valores va forjando en cada actor educativo un ideal de persona y, por tanto, un tipo de docente que busca promover

el cambio bajo el entendimiento, la aceptación de las debilidades y potencialidades del otro, tratando a la vez de dar lo mejor de sí para ayudar a forjar las futuras generaciones.

Referencias

Secretaría de Educación Pública y Cultura (2015). Programa En Sinaloa se Viven los Valores. SIVIVA V.2. México: Sepyc.

Schmelkes, Sylvia (2004). *La formación de valores en la educación*. México: Sep.. Biblioteca para la Actualización del Maestro.

_____ (2009). Interculturalidad, democracia y formación valoral en México. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 11 (2). 26 de febrero de 2016: <http://redie.uabc.mx/vol11no2/contenido-schmelkes2.html>.

Declaración de Hamburgo. 4 de marzo de 2016: <http://sic.conaculta.gob.mx/centrodoc_ documentos /575.pdf>.

Entre la teoría y la práctica

Manuel de Jesús Álvarez Juárez

Perspectiva teórica: la idea de algunos autores sobre el tipo de escuela que se requiere.

La sociedad del conocimiento está en boga los países desarrollados. ¿Qué esperamos para estar en este tipo de sociedad? Si estamos seguros que la puerta a esta sociedad es la de la educación, ¿por qué México no ha volteado a ver este rubro, uno de los más importantes, por no decir el más importante con que cuenta el sistema político y social?

Voltear a ver la educación es lo que ha faltado por nuestros dirigentes a los que con nuestro voto elegimos para un mejor futuro de nuestra sociedad. ¿Qué no se han dado cuenta que la base de una sociedad próspera se forma con una buena educación?

La educación en México ha tenido infinidad de tropiezos y sigue tropezándose con lo mismo. Se habla de una educación para la diversidad cuando su evaluación es estandarizada. Se habla de una educación donde se acepten las diferencias, cuando el maestro no está preparado para atenderlas. Se habla de que el maestro es de «libre cátedra», cuando a cada momento se les llama a cursos para explicarles cómo se debe enseñar en el salón de clases, entre otras cosas.

Sin embargo, Ahuja (2007, citando a Laclau, 1993) lo plantea de manera más optimista, al decir que...

> En este siglo que comienza, la configuración del mundo ha cambiado radicalmente. Las dos grandes utopías que perfilaban el progreso de la humanidad, capitalismo y socialismo, se han agotado; en este escenario emerge con gran fuerza la globalización, fenómeno que ha puesto en contacto a los diferentes pueblos y ha impactado nuestras relaciones en términos económicos, políticos, sociales, educativos, culturales y valorales. Estas utopías absolutistas e integracionistas se encuentran en crisis y, al margen de su causa, se podría decir que el mundo pasa por un momento de reestructuración y transformación en todos sus planos y niveles.

Pero entonces, ¿quién está fallando, el sistema educativo con sus políticas y demás disposiciones, o el maestro, cansado, enfadado y apático ante tantas reformas y más reformas educativas que lo único que hacen es confundirlo más y seguir haciendo lo mismo? «Al fin y al cabo, lo que hago me funciona...», dicen.

Por tal razón, el maestro debe cambiar esas posturas tradicionalistas en el aula, debe dejar a un lado sus rutinas por algo novedoso, creativo, día a día. La práctica educativa debe estar a la par con lo que demandala sociedad del conocimiento y de la información. El

maestro debe mejorar su rumbo, debe ser propositivo, debe proponer mejoras en el campo educativo.

Se necesitan personas capacitadas en el ramo. Sabemos que el currículum es abierto y flexible; sin embargo, no lo hemos entendido así. Seguimos creyendo que tenemos que terminarlo para fin de ciclo. Supervisores y directores están al pendiente para que así sea. Tienes que ir en la semana de acuerdo con el calendario de actividades, debes tener cubierto los contenidos que marca la semana en la que debes ir en el bimestre.

Debemos reestructurar el currículo, adaptarlo al contexto político y social. Al contexto áulico y, en lo más específico, hacer adaptaciones curriculares individuales. El maestro debe entrar a la era que Ahuja (2007:11) ha denominado «el florecimiento de la diversidad», donde hay que «reconocer que no hay verdades únicas y universales, así como tampoco culturas, formas de pensar o ver el mundo de manera única y homogénea».

Modificar el currículum, como lo menciona Escudero (1992), «es el reconocimiento explícito y el compromiso con un nuevo estilo de promover el cambio en educación. Es participación, negociación, autonomía e implicación de la comunidad social y profesorado».

Haciendo una interpretación de Ahuja (2007:30), mencionamos que en estos tiempos, en la llamada era de la globalización, tenemos la oportunidad de comprender que la diversidad es el signo de la humanidad y, además, su riqueza. Así, debemos apostar- a la educación Ésta tiene el papel principal

> determinante en la configuración de la convivencia del mañana, pues todos y cada uno de los seres humanos, a la vez que únicos, compartimos rasgos esenciales que nos definen como grupo: somos seres sociales que nos necesitamos recíprocamente para conformar

> nuestra identidad, y tenemos la posibilidad de vivir en armonía aprendiendo unos de otros en un clima de respeto.

Debemos comprender al otro en sus diferencias.

Por ese motivo, las sociedades requieren de personas que sepan vivir en comunidad potenciando sus diferencias, impulsando la aceptación de los demás mediante el interés, la valoración, el respeto mutuo y la capacidad para poner en cuestión tanto los hábitos, ideas y visiones propias como las ajenas (Ibídem).

Todo tipo de educación debe enfocarse a la filosofía de coadyuvar a lograr un país unido en la diversidad, promover una visión pluralista, democrática e incluyente, pues favorece los sistemas plurales de pensamiento al comprender que enriquecen nuestras posibilidades y a partir de los cuales pueden construirse procesos y prácticas pedagógicas que busquen potenciar en todo momento el desarrollo integral y armónico de los individuos, en tanto suscitan, profundamente, el derecho a ser diferente. Cada maestro es libre de cátedra, sin dejar de lado el objetivo general de la educación (Villoro, 1993:43-50, citado por Ahuja, 2007).

Como lo menciona Ahuja (2007:35), la diversidad es la diversidad de realidades; si la trasladamos a nuestras aulas, estamos trabajando con diferentes formas de pensar, creer y sentir el mundo que nos rodea. ¿Qué saben? ¿Qué quieren aprender? ¿Qué enseño y qué aprenden de lo que enseño? Pero hoy los maestros no enseñamos; sólo somos mediadores del conocimiento.

Ahuja (2007:39) menciona que

> la educación destinada a los pueblos indígenas está en una situación crítica, aquí es donde se concentran los mayores niveles de analfabetismo, los menores promedios de escolaridad, así como los más altos índices de reprobación y deserción, y lo más grave: en estas

escuelas los alumnos aprenden significativamente menos que sus pares de las escuelas rurales y urbanas.

Es verdad lo que menciona, pero primero debemos analizar quién evalúa, cómo y qué evalúa. En relación con esto estamos en desventaja. En cuanto al aprendizaje, claro que sí hay aprendizaje, pero primero debemos tener claro el concepto de aprendizaje significativo, y si hacemos una comparación con los otros sistemas educativos creo que es un absurdo.

Otro de los aspectos a tomar en cuenta es que no tenemos un proyecto escolar; si lo tenemos, sólo es para cumplir con un compromiso burocrático u obligación administrativa y quedar bien en supervisión, que en la mayor parte de los casos sólo es para archivarlo y llenar un cartón más de papeles «muertos».

¿Qué está pasando? ¿Quién será el culpable? ¿El sistema educativo por tanta reforma o el profesor que no adopta una forma de trabajo en la que dé resultados positivos? Pero cómo vamos a adoptar una si ni siquiera sabemos concretamente si el niño está aprendiendo o no. No se lleva un control de lo que se enseña, mucho menos de lo que aprende el alumno.

Recuerdo que en un examen enlace aplicado a un grupo de 6° grado de una escuela primaria indígena, le pregunté a un alumno de esa escuela que acababa de terminarlo: ¿Cómo te fue en el examen? «La verdad, profe, algunas cosas no le entendí; se me hicieron muy difíciles [...]» Y continuó diciendo: «Pero por qué no me preguntaron otras cosas, algo que yo supiera; por ejemplo, cuántos dompes entran al día para sacar arena, cuántas paladas ocupa el dompe para llenarse, o cuánto cobra cada cargador por cada dompe que ayuda a llenar y cuánto gana al día; eso sí les respondo fácilmente.»

Esto me hace reflexionar sobre qué estamos enseñando, qué está aprendiendo el alumno y qué le estamos evaluando. Si estamos educando en la diversidad hay que evaluar en ese sentido. Sería lo más sensato. Es decir, las manifestaciones de la asimetría escolar dependen de la calidad de la educación que se ofrece. La reprobación escolar no puede combatirse sólo con la aplicación de exámenes generales, sino que exige instrumentar lineamientos y programas enfocados a mejorar la calidad de la educación, sobre todo en las escuelas de las localidades rurales y de las zonas urbanas marginadas del país.

Adaptaciones curriculares... ¿será ésta la solución? Tenemos que conocer al alumno para saber qué le vamos a enseñar, o si es mejor modificar el currículo. Pero resulta que el currículo está establecido y da por hecho que el alumno sabe tal o cual cosa; por eso hay que enseñarle tal o cual contenido.

La educación enfocada a la interculturalidad es una alternativa que induce a replantear y reorganizar el orden social, porque insiste en la comunicación justa entre las culturas como figuras del mundo y recalca la importancia de dejar libres espacios y tiempos para que dichas figuras puedan convertirse en mundos reales (Panikkar, 1995, citado por Ahuja, 2007). Esto debe aplicarse en cada una de las aulas, replantear y reorganizar nuestras prácticas educativas para dar la palabra al niño.

Debemos hacer un diagnóstico serio de lo que saben nuestros alumnos y partir de ese resultado; creo que las cosas de esta manera pueden mejorar. Pero también hay que diagnosticar las emociones. De igual manera, no nada más diagnosticar el conocimiento; también hay que diagnosticar el contexto, ya sea familiar, social o económico.

No debemos trazar un camino sin saber de dónde vamos a partir. Adaptar el currículo al alumno implica conocerlo primero, qué sabe, qué siente y piensa... qué quiere aprender, qué quiere conocer.

Vamos partiendo de ahí, de conocer primero al niño; y si hay que adaptar el currículo, hay que diseñarlo de acuerdo con el grupo, a los tipos de niños, edades, gustos, inquietudes, sueños, anhelos, tristezas, preocupaciones, fortalezas y debilidades, entre otros aspectos que quizá se me escapan. Debemos hacer las adaptaciones curriculares individuales y, en algunos casos, grupales o colectivas.

Esto implica replantear y reorganizar nuestras prácticas educativas, pero no seamos pesimistas. Debemos pensar en que sí se puede, pero vamos iniciando con los más vulnerables, con aquellos que más nos necesitan.

Debemos optar por el diálogo intercultural en cuanto necesidad para alcanzar la justicia, para establecer un vínculo justo con el otro, un otro libre y diferente. Es, pues, la necesidad de reconocer la interpelación cultural, histórica, política y, en nuestro caso, educativa de la diferencia, de la dignidad inviolable de las personas, lo que al mismo tiempo nos hace iguales y diferentes para la toma de decisiones democráticas y autónomas. Por ese motivo, debemos optar por el diálogo entre alumnos y profesores con el fin de conocer las necesidades particulares de cada uno y establecer un vínculo justo con el otro, el otro libre y diferente.

Las necesidades educativas especiales están en cada una de nuestras aulas; todo aquel al que se le presente una dificultad para aprender, necesita una adaptación curricular, es decir, tiene una necesidad educativa especial.

En el informe Warnock de 1978 se menciona que el concepto de N.E.E. ha sufrido cambios; éste fijó la capacidad del centro en ofrecer una respuesta educativa a los alumnos escolarizados. Menciona que el concepto de dificultades de aprendizaje es relativo y éste depende

de objetivos, de un currículum establecido, de niveles de exigencia y sistemas de evaluación.

Hoy que la educación en y para la diversidad está en auge, debemos entender los conceptos: educación para la diversidad, escuela inclusiva, escuela para todos, educación intercultural, lo multicultural... Cuando adaptamos el currículo no sólo adaptamos la forma de hacer que el alumno aprenda el conocimiento, sino también hacer adaptaciones al contexto, a su infraestructura.

Ahora bien, la forma de alcanzar los objetivos, los comunes como los de cada población y de cada institución educativa, tampoco son iguales en todas las poblaciones. Se entiende que la capacidad de conseguir que todos los alumnos logren objetivos de aprendizaje relevantes en el tiempo previsto requiere de procesos diferentes para poblaciones distintas en cada una de las instituciones del sistema educativo. De ahí que la calidad en la educación intercultural sea multideterminada, es decir, que intervienen muchos factores para lograr los aprendizajes; también es compleja, ya que considera la relevancia, eficacia, equidad y eficiencia.

Otro aspecto que caracteriza una educación de calidad es que es relativa y dinámica; relativa en relación con que cobra sentido cuando se compara una escuela con otra, con otro sistema educativo, con parámetros o estándares, o con el pasado, construyendo 'puentes' que respeten la diversidad y dinámica, en la idea de que al cumplir con alguna meta hay la posibilidad de forjarse una nueva.

Los objetivos de la educación intercultural son relevantes porque están determinados por los entornos socioculturales de las comunidades educativas, lo cual, además de favorecer el desarrollo de habilidades básicas y superiores, la capacidad de seguir aprendiendo y las herramientas para convivir socialmente en democracia, permite construir una realidad social en que la relación

entre culturas se produzca en pie de igualdad, con base en el respeto, la valoración y el aprecio de la diversidad (Ahuja, 56-57).

Tenemos que entender que la educación se desarrolla en distintos contextos socioculturales. De acuerdo a esos contextos, debemos planear y proyectar estrategias de intervención; debemos partir del contexto sociocultural como paso insoslayable para alcanzar la educación que queremos.

(Delors, 1999) menciona que «la educación tiene la misión de permitir a todos sin excepción hacer fructificar todos sus talentos y todas sus capacidades de creación, lo que implica que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su proyecto personal»; pero, desafortunadamente, con nuestras prácticas bloqueamos esos talentos y capacidades.

Todo invita entonces a revalorar los aspectos éticos y culturales de la educación, y para ello dar a cada uno los medios de comprender al otro en su particularidad y comprender el mundo en su curso caótico hacia una cierta unidad. Pero hace falta, además, empezar por comprenderse a sí mismo en esta suerte de viaje interior jalonado por el conocimiento, la meditación y el ejercicio de la autocrítica. Comprender al otro implica tener conciencia de la diversidad en que vivimos.

En la Conferencia de Jomtien en 1990 se habló sobre la educación básica y las necesidades básicas de aprendizaje, y coincidimos en que tenemos que conocer las Necesidades Básicas de Aprendizaje (NBA) que menciona Delors en cada uno de nuestros alumnos y en relación con éstas hacer nuestras adaptaciones curriculares.

Ninguna reforma podrá dar resultados positivos si no advertimos esas NBA, mucho menos si no tenemos la participación del cuerpo docente. Por esa razón, la Comisión recomienda que se preste atención prioritaria a la situación social, cultural y material de los educadores.

Van y vienen reformas educativas, pero todos nos preguntamos: ¿por qué no hay cambios favorables? Pues resulta que el profesor sigue apático, no hay propuestas de cambio de su parte, no hay participación del docente.

Se exige mucho al docente, incluso demasiado, mucho se le pide, mientras que el mundo exterior entra cada vez más en la escuela, en particular a través de los nuevos medios de información y comunicación. Así pues, el maestro se encuentra ante niños menos atendidos por los padres y familiares. Por tanto, el maestro debe estar al tanto de lo que sucede en ese nuevo contexto para hacerse escuchar y comprender por los niños, para despertar en ellos el deseo de aprender y para hacerles ver que la información no es conocimiento, que exige esfuerzo, atención, rigor y voluntad (Delors).

En nuestro contexto, hay tres tipos de educación o tres tipos de currículo. El primero, el establecido por el sistema, llamado currículum formal; el segundo es la que imparte el maestro; le llamamos currículum oculto, y el último currículo, o educación informal, es aprehendido en el día a día inmerso en una gran sociedad.

El currículum, en palabras de W. Harlen (1998:54-56, citado por Arnaiz), es el «conjunto de procesos que facilitan la adquisición de conocimientos a todos los niños, con independencia de su edad, experiencia o capacidad, libertad a los profesores para que promuevan el desarrollo de las ideas de acuerdo con la vía de comprensión de los niños». LOGSE (1990b, art. 4.1) menciona que «se entiende por currículo al conjunto de objetivos, métodos pedagógicos y criterios de evaluación de cada uno de los niveles, etapas, ciclos, grado y modalidades del sistema educativo que regulan la práctica docente».

Como vemos, el currículum formal tiene establecidos sus objetivos, métodos y criterios de evaluación, mientras que los otros no están establecidos, aunque sí implícitos en cada evento de la vida diaria. Pero trabajar con un currículo abierto y flexible es promover

un nuevo modelo de escuela en donde profesores, alumnos, padres y entidades sociales trazan su trayectoria como comunidad escolar.

El Proyecto Educativo de Centro (PEC) debe responder a: ¿qué educación queremos?, ¿quién la decide?, ¿qué papel corresponde a los centros, profesores y comunidad educativa en cuanto a su diseño, ejecución y evaluación?, ¿qué significan las Necesidades Educativas Especiales? Este proyecto debe cumplir con el objetivo principal de toda educación, que debe abarcar cuatro aspectos de la vida que Delors en su Informe denominó «los cuatro pilares de la educación». El primero menciona que

> se trata de aprender a vivir juntos conociendo mejor a los demás, su historia, sus tradiciones y su espiritualidad y, a partir de ahí, crear un espíritu nuevo que impulse la realización de proyectos comunes o la solución inteligente y pacífica de los inevitables conflictos...

El otro es

> aprender a conocer, pero teniendo en cuenta los rápidos cambios derivados de los avances de la ciencia y las nuevas formas de la actividad económica y social, conviene compaginar una cultura general suficientemente amplia con la posibilidad de estudiar a fondo un número reducido de materias.

El otro pilar habla de aprender a hacer y al mismo tiempo advierte que no se debe limitar a conseguir el aprendizaje de un oficio y, en sentido más amplio, adquirir una competencia que permita enfrentar numerosas situaciones, algunas imprevisibles, y que facilite el trabajo en equipo, dimensión demasiado olvidada en los métodos de enseñanza actuales.

En numerosos casos, esta competencia y estas calificaciones se hacen más accesibles si alumnos y estudiantes cuentan con la posibilidad de evaluarse y de enriquecerse participando en actividades profesionales o sociales de manera paralela a sus estudios, lo que justifica el lugar más relevante que deberían ocupar las posibilidades de alternancia entre la escuela y el trabajo.

Por último, aprender a ser, nombrado como uno de los más destacados, ya que estamos en la exigencia de mayor autonomía y capacidad de juicio junto con el fortalecimiento de la responsabilidad personal en la realización del destino colectivo. Por consiguiente, la educación tiene que adaptarse en todo momento a los cambios de la sociedad, sin dejar de transmitir por ello el saber adquirido, los principios y los frutos de la experiencia.

Por último, ¿qué hacer para que, ante esta demanda cada vez mayor y más exigente, las políticas educativas alcancen el objetivo de una enseñanza a la vez de calidad y equitativa?

Si queremos cambiar nuestra forma de ver las cosas y entrar a esta visión utópica, como se quiera ver, pero necesaria, coincido con Delors: tenemos que transformar nuestra filosofía de vida por una más crítica, en el sentido de ser más crítico y analítico con lo que nos rodea, y no quedarnos conformes con lo que sucede a diario. Si vemos que no hay mejoras, no echar la culpa al sistema, o al otro; mejor preguntemos qué estamos haciendo por transformar esa realidad de la que tanto nos quejamos.

Nuestras prácticas pedagógicas no son las adecuadas. Tenemos que transformar el espacio educativo en algo más significativo para el alumno, algo en el que él se sienta parte y siempre sea partícipe de su conocimiento. Queremos enseñar algo que quizá a él ni le interesa. Debemos conocer bien a quien pretendemos guiar y sumergir en el inmenso mundo del conocimiento. Debemos trabajar al

ritmo que se preste, pero con firmeza con esos cuatro pilares que menciona Delors. Todo en relación con la vida misma.

Perspectiva práctica: relato general de las prácticas educativas en el contexto indígena

Un poco más de siete años como docente frente a grupo y una estrecha relación con otros compañeros maestros que me han brindado lo suficiente para conocer a profundidad las prácticas pedagógicas en las aulas de primaria indígena; aunado a ello, también están las conversaciones y observaciones directas a maestras y maestros en servicio.

Inicié mi labor como docente en el año 2003 en una escuela marginada de educación primaria indígena. Para ese entonces, estaba por terminar la Licenciatura en Educación, Plan 94, por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) y la forma de titularnos era presentando un proyecto la categoría innovación docente.

El proyecto con que pretendía titularme se denominaba «La creatividad del docente en la enseñanza…» Para determinar qué proyecto se llevaría a cabo, los asesores sugirieron que acudiéramos a las aulas a observar la didáctica de los maestros. Para nuestra sorpresa, después de varias observaciones con registros a profundidad nos pudimos percatar que el maestro se mostraba apático ante cada una de sus clases, ya sin ganas de trabajar y sin tener conciencia de qué y para qué enseñaba o daba a conocer tal o cual contenido.

La falta de creatividad fue una constante en la mayor parte de las observaciones. Otra fue la clase dirigida o guiada donde el alumno sólo es receptor del conocimiento. Las clases eran iguales para todos, sin tener conciencia de las diferencias de sus alumnos y

no había respeto por los tiempos, ya que no se disponia de un plan de trabajo anticipado.

En la mayor parte de los casos, los maestros daban el timbre para entrar a clase a las 8:30 quedándose a platicar alrededor de 5 a 10 minutos en la cancha cívica. Al entrar al salón, ya eran las 8:40 am, en lo que revisaban tarea y pasaban lista ya daban las 9:00 am. De 9:00 a 10:30 intentaba dar clase sobre algún contenido, pero ni siquiera iniciaban con el rescate de los conocimientos previos. Sólo era: «a ver, saquen el libro, vamos a contestar la página X», y todos los niños a contestarla, mientras llegaba la hora de recreo.

En otros casos, era contestar lo que se había encargado de tarea porque la mayoría, si no es que todos, no la había hecho, y en el mayor de los casos porque no le habían entendido. Al igual, se llegaba la hora de recreo haciendo el trabajo de tarea en clase. Para la hora de recreo se era puntual, pero a la hora de entrada nadie se acordaba; casi siempre se entraba de recreo entre 11:15, 11:20 y a veces 11:30 de la mañana para salir a las 12:30. ¿Qué tanto se aprendía así?

Otro caso. Recuerdo una vez observando a una maestra, ya casi para jubilarse. Se esmeraba mucho para que su alumna, a la que llamaban Chaka, aprendiera; era la que más problemas presentaba para aprender los contenidos impartidos por la maestra. La maestra nunca se preocupó en saber (o quizás sí) por qué no aprendía la niña; seguía intentándolo de la misma manera: «a ver, Chaka, lee lo que está en el pizarrón» y la Chaka sólo se le quedaba viendo; «a ver Chaka, ponte a contestar la actividad del libro» entre otras indicaciones; la Chaka sólo se limitaba a mirarla. Muy pocas veces hacía lo que la maestra le decía.

Pero cuál fue nuestra sorpresa. Ahora soy maestro en la misma escuela donde esa maestra trabajó por más de diez años y en una reunión de madres les puse de ejemplo a la niña que hace algunos años atendió esa maestra en la misma escuela. Les comenté que

hay muchos niños que presentan problemas de aprendizaje y que nuestra obligación como maestros es conocer qué tipo de problema tienen para atenderlos y hacer las adecuaciones curriculares pertinentes. Pero cuando mencioné a la niña respondieron: «si la Chaka no escucha, maestro...» Me quedé serio y les pregunté: ¿cómo que no escucha? Y respondio otra señora que la conoce muy bien: «no maestro, así nació y hasta hace poco supieron que no escuchaba muy bien, que tenían que gritarle y ella se quedaba viendo los labios».

Ahora entendemos por qué a la maestra se le complicó tanto lograr que aprendiera. De hecho, cada maestro que la atendió la fue pasando de grado sin saber qué hacer con ella. La Chaka terminó su primaria sin saber leer; estaba creciendo y por edad no se le permitía permanecer en ese nivel. Nunca hubo una adaptación curricular para ella. ¡Pues cómo, si nunca supieron por qué no aprendía!

Recuerdo otro caso, pero en éste yo soy el maestro. Cuando recién llegué a trabajar a la escuela de esta comunidad me adjudicaron los grupos de 1º y 2º. Para mí, con poca experiencia en multigrado y nula en los primeros grados, ¡qué difícil se me hizo hacer que mis alumnos aprendieran a leer! Quizá porque no contaba o no conocía las herramientas y técnicas necesarias y pertinentes para lograrlo.

Fernandito era un niño a quien se le complicaba aprender. La verdad, yo no sabía por qué. Siempre tenía problemas con él porque le llamaba mucho la atención. Mis palabras hacia él eran: «Fernandito, ponte a hacer el trabajo»; «Fernandito, hay que hacer la tarea»; «Fernandito, no andes peleando y ponte a trabajar», entre muchas más. Un día, me pidió permiso para ir al baño. Al poco rato me di cuenta de que no regresaba y salí a buscarlo. Lo encontré sentado en la banqueta del monumento a la bandera. Me sente y le pregunte que si qué tenia, por qué se quedaba afuera o por qué no quería entrar. Sus respuestas me llevaron a preguntar más y más, hasta

que Fernandito me contó todo. Estaba triste porque sus papás se habían separado. El señor se había ido con otra mujer y a ellos los visitaba poco. Fernandito estaba viviendo con sus abuelos porque su mamá se encontraba muy enferma, le habían diagnosticado cáncer y había rumores de que posiblemente muriera. Él lo sabía todo.

En esa plática, Fernandito sacó todo lo que traía guardado en su corazón. Al ver sus lágrimas rodar, por poco cayeran las mías. Sólo se humedecieron mis pupilas y con un nudo en la garganta lo abracé y seguí platicando con él. Le pregunté que si quería ir a ver a su mamá. Rápido respondió que sí. Mi siguiente pregunta fue: ¿qué le quieres llevar? Vamos a ir ahora en estos momentos. Fernandito rápido respondió: ¡le voy hacer un dibujo! Muy bien, le respondí, y ¿qué le vas a dibujar? Un corazón, dijo. Y se puso a dibujarlo mientras fui al salón. Le dije a los niños que terminando salieran a recreo, que en un momento regresaría, que llevaría a Fernandito a ver a su mamá. Los niños, sin preguntar, dijeron que sí, se quedaron callados observando, como asombrados, sin saber lo que estaba sucediendo.

Cuando regresé con Fernandito ya había terminado su dibujo. Sólo le faltaban detalles de color. Era un corazón atravesado por una flecha. La punta de la flecha tenía dibujado unas gotas que simulaban la sangre del corazón. Abajo una copa llenándose con la sangre que caía. En el corazón estaban escritos los nombres de su mamá y su papá.

Cuando le pregunté que si por qué había dibujado eso, me respondió que porque su papá le había regalado uno igual a su mamá cuando eran novios y que su mamá lo tenía guardado como recuerdo de su amor con él.

Al ver el dibujo y escuchar su explicación, de nuevo se me hizo un nudo en la garganta. Lo tomé del brazo y le dije: «vámonos antes de que se haga más tarde, para regresar antes de la salida a casita».

Fernandito se levantó y me siguió. Nos subimos al carro y en veinte minutos estábamos en San Miguel llegando a la casa de su mamá.

Toqué la puerta. Pregunté por ella y en unos momentos salió a atendernos la abuela de Fernandito que andaba haciendo el 'quehacer' de la casa. La mamá de Fernandito salió, acudió a él, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Para ese momento, Fernandito no le había dado el regalo que le llevaba, y le dije: «Fernandito, dale el regalo que le trajiste». Fernandito lo sacó y se lo entregó. La mamá lo agarró, lo vio e inmediatamente se le salieron las lágrimas. Yo sólo observé y dejé que platicaran por un momento.

Como Fernandito no podía quedarse en esos momentos, se despidió de su mamá y dijo: abuela, yo hago lo mismo, y nos vamos, me lo llevo a comer pollo. El rostro le cambió por completo. Ya es otro Fernandito, feliz por haber estado con su mamá por un momento y por haberle entregado el regalo que con sus manos le había elaborado.

Después de esto, entendí por qué Fernandito no podía aprender. Cargaba con un sentimiento enorme de infelicidad, no había amor y cariño por los que principalmente se lo deben brindar. Su autoestima baja y sus nulas ganas de aprender, su preocupación estaba centrada en otros aspectos más importantes. Por su mente, posiblemente, pasaba lo siguiente: ¿qué debo hacer para que mis padres estén juntos de nuevo? «Yo tengo la culpa de que esto esté pasando»; «mis padres no me quieren; si me quisieran estarían conmigo», «quiero que mi mami se alivie para jugar con ella…» entre muchas cosas más.

Conclusiones

Como se puede advertir, una cosa es la teoría y otra la práctica. El currículo establecido nos sirve de guía, de ver qué es lo que el sistema

quiere que se aprenda, pero debemos analizarlo de manera crítica, ver hasta qué punto el currículo es viable para el contexto en que nos relacionamos.

El currículo formal tiene su filosofía establecida, sus propósitos y contenidos a enseñar, su forma de evaluar; correcto, pero está de manera general para toda una nación con un trasfondo político y social que, en el mayor de los casos, cumple con la visión de unos cuantos, pero que desafortunadamente no les está funcionando como ellos quisieran. La Prueba ENLACE es el resultado, y la más contundente prueba, valga la redundancia, de que están fallando. Me pregunto: con estos resultados que nos arrojaba el famoso ENLACE y los resultados tan deprimentes que nos dieron a conocer por los medios de comunicación en la llamada prueba PLANEA, que casi viene a lo mismo, ¿no serán ellos los que están fallando?

Creo que se debe retomar el rumbo, reinventar la pedagogía, diría el maestro de maestros Paulo Freire. Se tiene que adaptar el currículo a las necesidades de cada estado, de cada pueblo o comunidad. Adaptar el currículo sería lo pertinente para los tiempos que estamos viviendo; «el florecimiento de la diversidad», diría Ahuja (2007:11).

Analicemos con más detalle todo lo que implica el campo de la pedagogía, lo que encierra la palabra educación. Hagamos las preguntas: ¿el qué, el cómo, el cuándo, el por qué y el para qué, el dónde, el a quién o a quiénes?

Cada pregunta implica una gran reflexión en la que se inmiscuyen otros factores susceptibles de ser cuestionados.

Referencias

Ahuja Sánchez, Raquel (2007). *Políticas y fundamentos de la educación intercultural bilingüe en México*. México: Coordinación General de Educación Intercultural y Bilingüe.

Delors, Jacques .. *Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*. Santillana, Unesco.

Díaz-Couder, Ernesto (1998). Diversidad cultural y educación en Iberoamérica. *Revista Iberoamericana de Educación,* 17. Educación, Lenguas, Culturas, mayo-agosto.

Laclau, Ernesto (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo.* Buenos Aires: Nueva Visión.

López Sánchez, Javier, María Luisa Crispín et al. (2006). *El enfoque intercultural en educación, Orientaciones para maestros de primaria.* México: Sep.

Villoro, Luis (1993). Filosofía para un fin de época. *Nexos*, 185, mayo.

Fornet-Betancourt, Raúl (2001). *Transformación intercultural de la filosofía. Ejercicios teóricos y prácticos de la filosofía intercultural desde Latinoamérica en el contexto de la globalización.* Bilbao: Desclée de Brower.

Panikkar, Raymond (1995). Filosofía y cultura: una relación problemática. Ponencia inaugural. *Primer Congreso Internacional sobre Filosofía Intercultural.* México: Unam.

SEP (2001). *Programa Nacional de Educación 2001-2006*. México: Sep.

Ser maestra

Alma Yadira Zamudio Camacho

La vida, o los caminos que tomamos, a veces nos llevan a donde menos imaginamos. Cuando nos perdemos en el camino, se pierden también las aspiraciones, los anhelos, los deseos y todo lo que algún día se quiso ser. Se pierde la brújula interna y quedamos como barcos a la deriva en el medio del océano, sin saber en qué isla iremos a parar.

Pasaron los años y todo igual, mis deseos de estudiar estaban intactos, empolvados, como esas cosas viejas que parecen que nunca tendrán uso, que es preferible tirarlas o regalarlas para que otros las aprovechen. Así es como iba perdiendo o tratando de olvidar el gusto por seguir aprendiendo, de tener una carrera profesional. Llegué a olvidar lo que de niña quería ser de grande. Como cuando le preguntas a los niños de preescolar qué quieren ser cuando sean

grandes. Por más que buscaba en mi mente, esa escena de mi vida ya estaba borrada o con un candado sin llave. Veo que cuando alguien pregunta a los niños de preescolar qué quieren ser cuando sean grandes, contestan con tal certeza y convicción que quieren ser bomberos, médicos, cantantes, bailarines, albañiles, arquitectos, etcétera. Pero conmigo eso no pasaba. En mi edad adulta, si me hubieran hecho esa pregunta, en esos momentos no hubiera sabido qué responder. Me di cuenta de que no me conocía, no sabía nada de mí. Me enrolé en mi hogar, en mi matrimonio y en mis hijos. Y es así como sucede, creo, en muchos hogares; las amas de casa, que tal vez tengan otras aspiraciones en la vida, o no nada más ser madres y esposas o, a veces, simplemente no hay caminos para llegar hacia esas aspiraciones.

No sé cuando desperté, cuando decidí hacerlo. Sólo lo hice con tanto miedo a mí misma, a no saber lo que hacía, a no saber si lo que decidí era lo mejor. Me preguntaba si era lo mejor para mis hijos o para mí. Me sentí culpable de hacer algo para mí, de no darles ese tiempo a ellos. Me sentí mal por no estar con ellos. Fue un momento de crisis, pero me decidí a volver a intentarlo, volver a estudiar, y puse mis miedos en una bolsa junto a mí. Recuerdo el primer día de clase en la universidad. Me sentí insegura, torpe, inútil, tan ignorante, que pensé en regresar a mi hogar donde todo conocía, donde tenía el control de todo.

Como dije al principio, la vida o los caminos que tomamos, nos llevan a donde menos lo imaginamos. Y así es, la vida te va llevando a donde perteneces. Así lo siento ahora, pero tiempo atrás dudé y tardé mucho tiempo en creer que esto es lo mío.

En el camino, o en el andar del caminante, uno se encuentra con todo tipo de personas, las que nos dejan experiencias amargas, y las amistades entrañables que nos motivan y alientan a ser mejores personas, que nos ayudan a superarnos, a ver la vida desde otro

punto. Esas personas han sido y son importantes porque sus enseñanzas han impactado en mi vida de manera positiva.

Recuerdo que un día, en mi empleo, una persona a quien quiero mucho y respeto, me llamó para platicar en su oficina y me preguntó: ¿qué vas a hacer en tu vida? Son de esas personas que no preguntan por preguntar, sino por saber en qué pueden ayudar. Le dije que no sabía qué hacer o qué estudiar, que tal vez dejaría pasar otro año. Me dijo, no, haz algo, no dejes pasar más tiempo. Me comentó sobre la UPN. Me dijo que era una muy buena escuela que me serviría a mí. Le respondí: jamás he escuchado sobre esa universidad, no sé de qué me habla.

Y me convencí, o me convenció, para ir a conocerla. No lo sé.

Mi motivación fue tal que ese día fui a conocer la UPN. Hablé con el director, que ahora es el rector, para que me diera oportunidad de cursar ese ciclo. Jamás se me olvidará ese día. El director me dio la oportunidad. No lo podía creer. Dios sabe que no miento. Sentí el deseo hasta de besarle la mano, de gritar de emoción. Pero si me hubieran preguntado cuáles expectativas tenía, qué quería aprender, de qué se trataba esa escuela, cuál era su plan de estudios, no hubiera sabido responder. Yo sólo quería una oportunidad. Tal vez me escuché muy soñadora, pero creo en que todo lo que nos sucede no son casualidades; todo se va acomodando por una energía divina, algo que nos mueve hacia algo mejor, y que si es con todas las fuerzas de nuestra alma todo embona como debe ser. Y es como llegué aquí. Con la ayuda de los ángeles, o con los guías terrestres que Dios nos pone en nuestro camino.

Me inscribí. Llegó el primer día de clases. Mencioné cómo me sentí ese primer día, insegura, torpe, inútil, tan ignorante, sonsa, desubicada, vieja y oxidada, pero decidí quedarme. No había competencia con nadie; era conmigo misma. Fueron y han sido los días más difíciles que pude imaginar qué pasaría. El pánico escénico se

apoderaba de mí, me parecía que los temas que impartían los maestros estaban en chino. Sólo hacían ruido en mi cabeza. Sentí muchas ganas de salir corriendo y jamás volver. Lloré al sentirme de esa manera. Quería hacer algo por mí; más que nada, aprender aquello que yo misma había decidido; nadie me lo había impuesto, sola llegué hasta ahí y pedí la oportunidad y quería intentarlo, quería hacerlo. Sólo que mis miedos y lo que yo sabía de la vida o lo que hacía en mi hogar no servía de nada; en ese lugar parecía que todo me decía: ¡vete! No le quise hacer caso a esa voz y seguí intentándolo. Y sigo aquí, intentando saber más cada día para aprender a ser mejor.

Empecé a ir a las prácticas en el aula y ahí me di cuenta de que ese era mi lugar. Apliqué mi frase: «estoy donde debo estar, en el lugar correcto». Estar con los niños es una experiencia enriquecedora, una experiencia que me motivó tanto para mejorar que con las puras palabras no lo puedo explicar. Con los niños experimenté sentimientos opuestos: pasé de sentirme feliz a sentirme mal. Me hice muchas preguntas: ¿qué puedo ofrecerles como persona y como maestra? ¿Qué tipo de maestra soy? ¿Qué les puedo transmitir? ¿Qué les voy a enseñar? ¿Cómo lo voy hacer? ¿Cómo haré esto o aquello? Fueron tantas preguntas que me dio miedo la responsabilidad de enseñar. No tuve claridad sobre cómo transmitirles algo. No alcancé a precisar de qué manera mi conducta influiría en ellos. Pero tantos pensamientos me impulsaron para aprender más y para conocer lo que me haría una mejor maestra.

Y sí, ahora que ya pasaron tres años me preguntarán qué espero de mi escuela y qué he aprendido en ella. Lees respondería que espero utilizar todo lo que me enseñan mis profesores para ser productiva en mi trabajo con los niños, a los que, en esta etapa de mi formación, educo en las prácticas docentes.

Les diría que ya me proyecto como una verdadera maestra.

Cambiar la práctica para cambiar el mundo

Misael Rojo Bojórquez

Unas de las grandes virtudes en la vida es ser solidario. Dar a quien lo necesita es gratificante para quien ayuda de corazón. Sin embargo, muchos desconocen que obtiene más quien da que quien recibe. El que da, comprende y aprende a valorar lo que se tiene, aprecia las cosas materiales y a las personas cercanas, y esto no se da de la nada, sino que surge de una fuerza intrínseca que nos impulsa a acciones buenas.

Mis principios en la docencia surgen en comunidades de zona marginada, donde la mayoría son personas indígenas y migrantes, lugares que agradezco haber conocido. Si años atrás me hubieran hecho la pregunta: ¿crees que escogiste la mejor profesión?, dudo que hubiere contestado que sí. Hoy día, gracias a las experiencias que he vivido en la docencia y a la práctica que he tenido en el

CONAFE, siento la fortaleza y la confianza de saber que elegí la profesión más pura y noble que hay; la docencia es, sin duda, la madre de todas las profesiones. Una profesión que me deja una gran responsabilidad con la sociedad y con mi formación profesional. Son estos dos puntos los que me despiertan gran interés y que trataré de desglosar desde mi perspectiva.

El primero es la gran tarea de brindar una educación que ayude a formar buenos ciudadanos, que sean capaces de enfrentarse a las circunstancias de la vida, tanto laborales como emocionales. En este sentido, podemos encontrar un sinfín de factores que articulan la educación, entre ellas un sistema educativo que está pasando por un anacronismo severo. Los cambios sociales en la cultura, en estos últimos tiempos, se han ido entrelazando e irrumpiendo en el aprendizaje de los alumnos. Eso es algo que siempre se había hecho, pero hoy día hay cuestiones que ponen en alerta al profesor.

Los planes y programas de estudios no son más que un apoyo que orientan al docente a planificar una clase, pero que no están adaptados a las necesidades que se viven dentro y fuera de aula. Hay distintos contextos en la región y, por tanto, se debe trabajar según sea necesario. Es por esta razón que docentes y alumnos pasan por una crisis educacional en las escuelas primarias. La violencia de hoy se ha tomado como algo 'común'; tanto que los ciudadanos lo han aceptado como un acto 'normal'. Y cuando los niños y los adolescentes absorben todas estas irregularidades de la comunidad se vuelve un círculo vicioso que, a su vez, produce más violencia. Los acosos escolares que se han vivido en las escuelas primarias, la falta de respeto de los alumnos hacia el maestro, parecieran ser ahora parte innata de los procesos educativos.

La segunda parte sería dignificar la profesión de maestro, revalorarlo como un ser capaz de cumplir con las tareas encomendadas, y hacerlo de manera vocacional, no por estímulo-respuesta. Las

personas de la comunidad han venido catalogando al maestro como una persona 'floja' y que no 'sabe'. El maestro ha perdido todo prestigio que hacía valer su trabajo, gracias a algunos hábitos que han ido malacostumbrando a una parte de las generaciones de docentes; por ejemplo, profesores a los que no les gusta ser profesores, maestros que no acostumbran planear su clase porque no saben o porque les da pereza.

Pero... ¿cómo hacer que la docencia sea una digna profesión con estas crisis en la educación? Esa es una de las interrogantes que me planteo cada día, cuando camino siete kilómetros hasta llegar a la comunidad en la que me espera un grupo de alumnos, a los cuales tengo que darles lo mejor de mí. Cada paso que doy es como si un engranaje entrara en función para producir nuevas ideas y, a la vez, inyectar una dosis de perseverancia para no desistir ante los factores que, en ocasiones, hacen que baje la guardia. En esas caminatas he realizado los viajes más largos de mi vida, me he transportado a otra dimensión que me ayuda a resolver acertijos que surgen en las problemáticas en el aula. Entonces, ¿cómo resolver esta interrogante? Mejor dicho, ¿cómo volver a ganar la confianza de los padres y de los alumnos?

Una de las respuestas próximas que pudiera dar es: predicar siempre con el ejemplo, ser congruente con lo que se dice y con lo que se hace. Cumplir toda clase de promesas que se hagan, hacer una comunidad de aprendizaje en donde se involucre a padres y a las instituciones de la comunidad. Esto es lo que debe hacer un maestro, ir más allá de la malla curricular, ser parte de la sociedad, tomarse en serio el papel de maestro y propiciar educación productiva. Ser puntual, honesto, respetuoso, amigable y empático con los demás. Tener en cuenta el valor de la práctica docente.

Ser profesor-alumno me ha dado la oportunidad de ser una persona crítica en lo que hago. ¿Pero en qué momento nos damos cuenta y

empezamos a reflexionar en todos estos factores? Pues cuando descubrimos la necesidad y las potencialidades de nuestros alumnos. Entonces iniciamos una intervención directa en la comunidad y, justamente allí, cuando a la teoría se le confronta con el contexto en que te desenvuelves, tal vez ahí puedas determinar si es o no verdad lo que se dice y, sobre todo, si tienes la capacidad y la voluntad para proponer nuevos ambientes de aprendizaje.

Lo repito, ser maestro no es fácil, y quien se anime a enfrentar este reto debe también ser capaz de disfrutar el calor, el frío, el desvelo y el hambre en la caminata. Todo eso con el anhelo de aportar su vida a la educación de los niños y a la de sí mismo si es capaz de reflexionar ese largo, sinuoso y esperanzador andar educativo.

No se puede cambiar el mundo, pero sí nuestra práctica docente.

Y si cambiamos nuestra práctica, empezaremos a cambiar el mundo.

La escuela que merecen nuestros niños

Jesús Guillermo Nieblas Villa

Todos los niños de nuestro país tienen el enorme privilegio de estar cobijados por los derechos que la ley les otorga. Leyes que resaltan su derecho a la vida, a poseer un nombre, una nacionalidad, el derecho de vivir con plenitud, sin hambre, ni miseria, sin abandono, ni malos tratos, el derecho vivir en un ambiente seguro, a recibir amor, a ser respetados y a tener una familia. Sin embargo, debo resaltar uno de los derechos que considero más importantes y al que es necesario poner toda nuestra atención por la relevancia que en los últimos años ha estado adquiriendo: me refiero a la educación.

Sin duda, el derecho a la educación debe ser uno de los preceptos más respetados y cuidados, pues siempre será el detonante para que el niño pueda alcanzar una vida plena en todos los aspectos, lo

que es vital para el desarrollo económico, social y cultural de los pueblos.

Lograr que todos nuestros niños hagan uso de sus derechos, adquieran el conocimiento de los mismos, los practiquen y transmitan a otras generaciones, no es tarea fácil. Sin embargo, y por fortuna, en nuestro país, como en muchos otros, contamos con una organización fuerte todavía, una institución jurídicamente establecida, regulada y validada para asumir la responsabilidad de impartir educación. Me refiero a la escuela. Una institución que ,aunque devaluada en su esencia y criticada duramente, sigue siendo la única opción que tiene el niño de recibir una educación que, por lo menos en papel, valide sus saberes y le dé la autorización formal para desempeñarse en la vida laboral.

Después de muchos años de haber cursado esos inolvidables seis años de educación primaria, la vida me ha puesto en un momento sumamente importante de mi quehacer profesional. Hoy he regresado a la escuela, pero desde un ámbito diferente. Estar con la responsabilidad de un grupo me permite ahora darme cuenta de su importancia y la responsabilidad que carga a cuestas como institución formadora. Hoy puedo reconocer que cada institución escolar debe seguir siendo un espacio donde muchos brazos incansables unen esfuerzos. Un equipo que hace lo necesario para que en sus aulas entre, salga y se produzca información, saberes, experiencias, emociones, y a base de responsabilidad y entrega todos compartamos el bello privilegio de enseñar y hacer valer el derecho del niño a la educación.

Siempre pensé que lo mejor de una escuela era su aspecto físico. Sin embargo, hoy sé que las herramientas más importantes de esta institución son sus maestros, pues si bien los recursos materiales y los apoyos didácticos no se deben excluir como algo relevante, el

maestro sigue siendo pieza clave para que todo lo demás se pueda dar bajo una debida capacidad de gestión y organización.

Por otra parte, creo que una de las preocupaciones más importantes que vivimos los padres cuando nuestros hijos necesitan ingresar a primaria es encontrar una institución pública o privada que garantice una buena educación para ellos y nos dé la confianza de dejarlos en buenas manos. Aquí es donde nos damos cuenta de que ese derecho a la educación que nuestros niños tienen no se hace efectivo como debiera ser.

Jugar el papel de padre y maestro me lleva hoy a pensar un poco diferente de los demás padres. Aunque todos buscamos una institución educativa que cuente con instalaciones modernas y bien equipadas, de manera que garantice seguridad y comodidad para nuestros hijos, creo que debiéramos también buscar maestros que respondan a cosas tan elementales como la asistencia puntual y constante, con ética profesional, que sepan enfrentar emocionalmente sus problemas y los de sus grupos, impulsar y desarrollar competencias en todos sus alumnos y con las habilidades comunicativas que permitan involucrar a los padres en la tarea escolar.

La educación en México está cambiando y es obligación tanto de las instituciones educativas como de los padres educar a nuestros niños. Por ello, debemos apoyar para que los maestros crezcan profesionalmente y sean los mejores quienes ganen el derecho de estar frente a grupo, pues será un maestro quien apoye a nuestros hijos en la construcción de su futuro.

El valor de ir a la escuela

Onofre Benard Hernández

Cuando era un plebe de tres años, una de mis tías me llevaba a sus clases en el kínder. Creo que le parecía divertido llevarme y que me entretuviera con sus alumnos o, tal vez, quería que desarrollara aptitudes para que el día que entrara oficialmente a la educación preescolar no soltara el llanto, como muchos de mis compañeros lo hacían cuando sus padres los dejaban en la puerta del salón de clases.

Es por eso que para mí era de lo más común ir a la escuela, aunque he de confesar que siempre fui un niño muy distraído y muy disperso. Siempre andaba metido en nada y en muchas cosas al mismo tiempo. Ya se imaginarán, entonces, cómo fueron mis primeros dos años de clases; fueron de lo más aburrido, aunque en esta etapa de mi vida las maestras de primaria fueron muy maternales conmigo.

Les soy sincero, sus clases no representaban ningún reto, puesto que no había nada que pudiera hacer, siempre quieto, sentado en una butaca para dos personas volteando para todos lados. A pesar de ser muy disperso y distraído, siempre cumplí con mis obligaciones escolares primero que todos mis compañeros. Ahí era donde empezaba el problema. Lo hacía muy rápido y después ya no tenía nada que hacer. Creo por esa causa me aburría tanto. Fue entonces que, en uno de esos días de aburrimiento tomé la gran decisión de no regresar a clases después del recreo. ¿Por qué después del recreo? Pues porque después del recreo se me hacían más largas las horas, un fastidio total. Un día antes armé un plan maléfico, ya lo tenía todo preparado; compré una buena dotación de dulces y me escondí en la escuela hasta la hora de salida. Primero fui y me refugié en los baños. Como era un olor no muy agradable, salí corriendo agachado hasta una de las esquinas de la escuela en donde había un árbol grande y como pude me subí en él; me buscaron por un largo tiempo entre la maestra y mis compañeros yo arriba del árbol, divertido y observando cómo me buscaban.

Hasta ese momento me creía el rey del mundo, me divertía de lo lindo al ver desesperada a la maestra y cómo se hacía giras la garganta buscándome; no bajé hasta que escuché el timbre de la salida; muy quitado de la pena llegué al salón, recogí mi mochila y me enfilé rumbo a la salida a esperar a que llegaran por mí. Para mi mala fortuna, ese día mi señor padre quiso darme una sorpresa siendo él quien pasó a recogerme; sentí el sudor correr copiosamente sobre mi cuerpo no sé cuál sería mi reacción al verlo, sólo sé que me agarró de la mano y nos dirigimos al salón. La maestra le contó los pormenores de los hechos, en el momento en que me daba un sermón de lo que podía y no podía hacer en la escuela. Mi padre le dio las gracias a la maestra, me volvió a agarrar de la mano sin decir nada, llegando a casa me pegó una pela con el cinto haciéndome

jurarle, so pena de otra pela peor, que no lo volvería a hacer. Esa fue una de las primeras lecciones que la escuela me enseñó: cuando elabores un plan, para lo que sea que lo vayas a utilizar, no dejar cabos sueltos.

Seis años después, mi alma y espíritu rebelde habían recibido cierta dosis de domesticación. Así ingresé a la secundaria, siendo ya un niño temeroso de ciertas situaciones no controladas; hasta ese momento contaba por cientos los sueños que pretendía de la vida, así que, por supuesto, contaba también con dos o tres planes sin cabos sueltos. Cierto día, en ese ir y venir a la secundaria, se vinieron abajo mis planes como castillo de cartas uno por uno; a un compañero del salón se le ocurrió que sería divertido quitarme la mochila a la hora de la salida, salir corriendo a la calle y aventarla debajo de los carros que pasaban por el boulevard. No supe cuántos carros pasarían por encima de ella, pero quedó hecha un guiñapo y, dentro de ella, las libretas, libros, plumas y lápices estaban destrozados; en fin, no hubo más que hacer ese día.

Luego, mis planes tuvieron otro error, ya que, a partir de ese momento, hasta finalizar el primer año de la secundaria sólo me dediqué a sobrevivir; en aquel entonces no le llamaban *bullying*, le llamábamos *carrilla*, le llamábamos ser *chopa;* en pocas palabras, eras el pendejo del salón; y para mi desgracia, como no me defendí de aquel compañero, todo ese año, como lo mencioné, sólo me dediqué a sobrevivir.

Llegó el verano. Lo único que recuerdo de esas vacaciones fue que mi padre me agarró de un brazo y me dijo que si para el año siguiente volvía a llegar a la casa golpeado, con la ropa sucia y rota, me pegaría una pela de veneno por pendejo, que aprendiera a ser hombre no un pedazo de… Y como era muy grande el miedo a las pelas que habían prometido darme, para cuando finalicé el segundo año de secundaria ya me había agarrado a chingazos con cuatro

compañeros. Cuando de la secundaria le mandaban a hablar a mi familia, el que siempre iba era mi padre; cuando llegaba a la casa ya sólo decía: «ya me dijeron que te peleaste en la escuela» y me sobaba la cabeza. Para el tercer año, ya con una reputación bien ganada, nadie se metía conmigo. De esa etapa aprendí dos cosas: primera, que la vida te pone en situaciones en que por más planes que hagas siempre habrá algo que eche todo a perder; no hay nada que puedas tener controlado todo el tiempo; y la segunda cosa es que tienes que luchar por lo que quieres conseguir, que por el simple hecho de desearlo las cosas no caen solitas del cielo.

Para cuando entré a la preparatoria ya tenía los recursos para que me valiera madre todo lo que pasara a mi alrededor; siempre y cuando no me afectara directamente, no había ningún problema. Ya no hacía aquellos planes controlados; mi filosofía en ese momento era agarrar el toro por los cuernos, a como se dejara venir. Como eran muchos los demonios luchando dentro de mí, los primeros dos años pasé de noche la prepa; ya para el tercer año, quise abandonar los estudios y empezar a trabajar o lo que yo quisiera hacer en esos momentos.

De lo poco que recuerdo de esa fase es una maestra que me dedicó un poco de tiempo e, interesándose por lo que me gustaba hacer en aquellos días, poco a poco se ganó mi confianza. Me enseñó a ver las cosas desde otra perspectiva, me enseñó a conocer el potencial escondido en mí; así fue que me enseñó a confiar de nuevo en las personas, sobre todo a confiar de en mí y mis capacidades y en que siempre es necesario tener metas en la vida.

De esta época lo que puedo rescatar es que es necesario hacer planes de vida, y que cuando es necesario agarrar el toro por los cuernos hay que agarrarlos y no darle la vuelta a los problemas; hay que tener siempre un punto medio de las cosas.

Así fue como me llené de valor para estudiar. Cuando entré a la universidad, aquel espíritu rebelde ya sabía discernir las cosas de entre lo que estaba bien y lo que estaba mal; saber cuándo hablar y cuándo quedarme callado y, aunque siempre viejos fantasmas regresaban a molestarme, fui capaz de mantenerlos a raya.

La carrera universitaria fue de suma importancia para mi formación educativa y, sobre todo, para mi educación personal. En el transcurso de la universidad aprendí el valor del aprendizaje y el conocimiento, de lo que éste hace por ti. Me hizo ver el mundo con diferentes ojos. Tal vez algunos de ustedes no lo crean así, pero me dio elementos para ver a la sociedad y las cosas desde otros ángulos. Me brindó otras perspectivas de los diferentes asuntos a tratar. Me hizo más prudente al dar una opinión. Me hizo investigar sobre asuntos que desconocía y estar en condiciones de hacer alguna participación o dar una opinión; en fin, la escuela me dio los elementos necesarios para crecer como persona y como profesionista.

Quiero dejar muy en claro que estas cuatro etapas de mi vida educativa no las fui descubriendo yo solo; todo fue parte de un proceso donde se involucraron varios actores. Primero, mi padres, que con paciencia me enseñaron el respeto hacia los demás; segundo, aquellos docentes que me llenaron la cabeza de conocimientos; aunque alguno de ellos eran malos como profesores, eran buenos seres humanos. Otros fueron muy buenos en la docencia, pero muy malos como personas. De ambos aprendí muchas cosas. Y, tercero, la escuela, como centro de enseñanza, me inculcó valores, me hizo incursionar en diferentes ámbitos del conocimiento, me enseñó a leer, a investigar, a aprender de lo que se tenga a mano. La escuela me hizo crecer como estudiante y como ser humano.

El valor de una escuela rural en la formación del profesor novel

Sidartha Millán Gamiño

> Un maestro sin desarrollo interior difícilmente será
> capaz de dejar una huella como educador para la vida;
> como agente promotor de la salud mental
> en todos sus alumnos; como facilitador
> del crecimiento personal y comunitario.
>
> Franceso Alberoni

Todavía recuerdo aquel 2003 como una fecha marcada por la incertidumbre y el golpe directo de la realidad laboral. Fue el año de egreso de otra generación de profesores normalistas (entre los que me encontraba), que sin saber claramente qué, cómo y cuándo llevar el arte de la docencia, se embarcaba en una aventura en la que

Piaget, Vygotsky, Ausubel, Bruner y demás parecían no haberse enterado de algunos pormenores y pormayores de la realidad educativa en México. Nuestras cabezas estaban llenas de teóricos y teorías que resolvían las problemáticas más complejas de la educación, pero además llevábamos una idea de estructura organizacional y administrativa muy alejada de la realidad existencial a la que se somete un docente novel en su primera experiencia, ya que cuando llegas al aula y eres el «titular del grupo» te das cuenta de que es ahí realmente cuando el maestro dimensiona el valor del ejercicio magisterial, ya que el sendero que lleva hacia el descubrimiento de sí mismo, antes que pasar por la razón y la comprensión intelectual, pasa necesariamente por el contacto con lo más íntimo de tus sentimientos.

En esa epopeya llamada docencia, les relato la experiencia de mis primeros dos años, los cuales me aventuro a decir que son los de mayor trascendencia para un maestro; más aún, si se dan éstos en una escuela rural, que creo es un paso necesario para quien tiene y no el noble sentimiento vocativo, porque el que tiene vocación, se reafirma en lo más profundo de su alma y quien no la tiene, entiende que debe transformar y reformar para seguir, y si no es así dar un paso al costado. Sin más preámbulo, los dejo con la narrativa.

Sin darme cuenta, y por extraño que parezca, el tiempo (si es que existe) pasa tan fugaz como el sentido que le damos a las cosas que en realidad valen. Estos casi dos años acá en la tierra donde todo lo que tiras crece, han sido de gran crecimiento personal y mayor estabilidad intelectual (si es que la tuve alguna vez), no así la faceta emocional de las cosas en la que probablemente esté en una etapa dicotómica. Por un lado, y contra de mis preceptos y actuaciones de vida, pienso que me añejo cada vez más sin encontrar un sentido claro a mis numerosas tareas. Deambulo, miro de reojo y está un

pasado tan presente que a veces asusta. La otra arista, la que posiblemente sea un aspecto que hasta hoy no conozco muy bien de mí, es la de regresar a lo que nunca tuvo un principio. ¿Cómo volver a empezar algo que nunca comenzó? Esa posibilidad está latente día con día.

Mi estancia ha sido placentera y favorecida por aires de personas que sienten un respeto común a los principios fundamentales de lo no profético y a las andanzas de pisadas firmes bajo preceptos en sentido común (no siempre, pero bueno...). La ruta de navegación a seguir no la sé, realmente no sé qué coordenadas tomar ni en qué relieve desembarcar; es en realidad un espacio confuso, semeja estar rodeado por sensaciones en las que siempre flotas sin que nada te toque, pero en este levitar nunca aterrizas.

La llegada

Recuerdo la llegada en agosto de 2005 como si fuera el día en que llega tu juicio final y estás expuesto ante la opinión dimensificada de personajes y actores que no conoces y que nunca llegarás a conocer. Pelo largo, barba megavisiblemente larga y la actitud de un mortal que no lleva prejuicios ni tiene incertidumbre de estar en un escenario con un ambiente digno de temer, que hasta el más 'valiente' temblaría en esos parajes. Llegué con una maleta cargada de sentimientos ambiguos, entre componentes similares que no hacían otra cosa que observarme, ¡sí!, porque no me veían, me observaban como un ser traído de tierras extrañas, con poderes que te facultan para derrocar países, planetas e incluso galaxias.[1] Ante

1 Para muchos maestros con experiencia, un joven profesor es en muchas ocasiones un animal salvaje que hay que domesticar, ya que su vigor y rebeldía son vistos como amenazas al sólido e inquebrantable ecosistema de ritos y tradiciones magisteriales, que pasan de generación a generación, y que en su mayoría se reproducen por los siglos de los siglos.

este torbellino de miradas, muté en un ser más fuerte y poderoso, como si aquello fuera una carga revitalizadora que me nutría de poderes catalizadores de caminos autónomos.

Al siguiente día de mi llegada, recuerdo que me dirigí a la comunidad El Progreso, lugar donde se llevaría a cabo la primera reunión de la *sui generis* y heterogénea zona 060, en la que me enteré que estaríamos la semana completa recibiendo un curso llamado TGA (Talleres Generales de Actualización). Esa primera semana tuvimos un curso que nadie quería tomar, libros que nadie quería leer, ideas que nadie quería inferir, voces que nadie quería escuchar, caras que nadie quería ver, hojas en las que nadie quería plasmar, traslados que nadie quería tomar, acciones que nadie quería hacer y, sobre todo, una inversión en la que nadie quería invertir. La primera dificultad que tuve para llegar a ese 'paraíso' de ideas fue que no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba aquel edén llamado El Progreso. Cuando escuché ese nombre por primera vez pensé que era un pueblo impulsado por creencias y dogmas de los grandes pensadores ilustrados y que en éste se vivía con una singular particularidad: que la vida ahí era lo bastante buena para ser real.

Me enteré por fin dónde quedaba aquel espacio terrestre y zarpé hacia allá. Al tomar el camino observaba y observaba por todos los ángulos posibles; lo que veía era un hermoso y tormentoso paisaje natural y cultural rodeado de vegetación y de personas que en sus rostros reflejaban no querer estar en ese espacio y en ese momento; aquello era un inmenso valle de vida y muerte decorado por canales, nubes de polvareda y de miseria que flotaba como si fuese un pesticida vaciado en los campos. Se podía oler, palpar, sentir e incluso inferir el destino de ilusiones intermitentes que probablemente nunca se concretarían.

Después de un pequeño lapso llegué al lugar, no sin antes haber tomado dos curvas dignas de cualquier pista de Fórmula Uno; la primera en Las Cañadas 2 y la otra adelante del Ejido El Crucero. Para alguien que nunca ha circulado en esos *freeways* la vida se torna blanco y negro en el preciso momento de estar en esas parábolas, donde cada una acecha al inconsciente y te da una sensación de respirar el peligro de manera íntima. En esta llegada me di cuenta de que aquella imagen que había dibujado en el trayecto quedó totalmente abandonada, todo fue un espejismo. Aquello era una sucursal de malos augurios; el mote no tenía nada que ver con la geografía, urbanismo, cultura y puente de desarrollo humano. El Progreso, pero… ¿de qué, cuál, dónde, cómo, cuándo? En ese páramo fácilmente se puede escribir poesía en forma de prosa acerca de un manual progresivo hacia la extinción.

Bajé del móvil y caminé unos pasos con un enigma que navegaba todo mi cuerpo. Miré hacia el horizonte y ahí estaba ese espacio que dicen todos se debe respetar y muy pocos respetan; fui directamente al lugar de los hechos, me presenté, conocí a mis compañeros y, repentinamente, sentí en mi espalda un intenso dolor. Me mantuve inmóvil un par de minutos, el malestar crecía fuerte y sacudía mi dorso de una forma alarmante, tuve que levantarme y pedir auxilio; ante tan embarazosa situación, pensé: '…es mi primer día y no puedo perder esta oportunidad de mezclarme en este interesante grupo'. Pero no pude mantenerme en pie de lucha y retirarme era la única opción a este padecimiento físico; así que tenía que encontrar la cabeza responsable de todo este 'circo'; la tarea en cuestión era ofrecerle mis disculpas y externarle que me tenía que retirar.

Pasamos la semana tratando de mantenernos despiertos. El curso estaba tan interesante que intentamos formular la ecuación para resolver los problemas educativos en el mundo. Aquellos cinco

días de academia fueron luz para el universo teórico y metodológico. Todos hablaban y hacían propuestas que en el imaginario colectivo tendrían trascendencia más allá de la esfera educativa. Aquello era resolver los problemas de la humanidad en todas sus áreas. Salían y entraban maestros con café y cigarros, se respiraba el encanto de la vida filosófica; fue tanto el interés que al final no llegamos a nada y todas estas grandes propuestas quedaron flotando en el humo de los cigarros.

Asignación del espacio de trabajo

Transcurrió esa semana sin ningún suceso académico novedoso, sólo la asignación del lugar de trabajo. Me asignaron un pueblito llamado San Antonio. La cabeza de aquella filarmónica magisterial me lo dijo con voz tenue y suave, por lo que de pronto las ideas fluyeron e imaginé un pueblecito pintoresco y lleno de costumbres eclesiásticas.

Llegó el lunes y presentarme al adeudo histórico era mí aquí y ahora; a diferencia de El Progreso, ya tenía muchas referencias de este homónimo texano. Llegué a la escuelita y los cristianos del lugar me miraban con el rabillo del ojo, hacían gestos, formulaban ideas. ¿Quién diablos es ese talibán que llegó? ¿Será acaso que mi hijo va a recibir cátedra de él? ¿Es maestro o vagabundo? Manifiestos en proceso de evaporación.

Presenté mi bulto ante la nutrida asistencia de tres padres y un caballo. El acto protocolario estuvo a cargo del supervisor escolar. Realmente, el panorama se veía poco alentador, la infraestructura, los materiales de trabajo y el apoyo de los padres era escaso; además, la poquísima experiencia y mi poca estampa docente hacía aquello más cuesta arriba. No desfallecer en ese momento era la

difícil empresa ante tan malos augurios, por lo que salí cabizbajo y meditabundo. Con la moral por el suelo subí al vehículo y emprendí el trayecto a toda velocidad, éste pasaba por un enorme canal, y lo crucé como cruzar el Atlántico por la ruta Miami-Madrid en épocas de huracanes, tifones y toda clase de tempestades que la naturaleza nos imprime para no olvidarnos que somos masa, sentimientos, espacio e irracionalidad. El transitar de éste fue extenso, dilatado, fastidioso, analítico, deprimente, intangible, con una picazón en la nuca que era para transformarse en un ser desequilibrado (si es que no lo estoy). Así de complicado fue mi regreso. Al llegar al lugar donde me estaba alojando en Guasave, me refugié en un pequeño espacio donde circulaba una sola interrogante: ¿qué diablos estoy haciendo aquí? Por un momento pensé en claudicar, pero si de algo tiene que estar lleno un maestro es del valor, del coraje y la perseverancia, así que me contesté inmediatamente con un mexicanísimo 'fájese como los hombres'.[2] Resuelta esta interrogante, me fui a la cama con la certeza de que llegarían gratas sorpresas.

El inicio: un encuentro poco soñador...

El segundo día de compromiso social y familiar me dirigí al salón que me habían asignado. Antes de llegar, escuché gritos de euforia y súplicas que anunciaban algo más que una simple clase. Recuerdo que el recinto era una sucursal de la Arena México y los escolares eran, ni más ni menos, la versión renovada de El Santo y Blue Demon. Recién

2 El maestro de recién egreso se topa de frente con la realidad del acto educativo, en el que de manera inmediata se da cuenta de que un título construido en cuatro años no es la panacea para su práctica, y que también se ven involucrados una serie de factores entre los que se encuentran: los comparativos con anteriores docentes, la falta de apoyo de la comunidad escolar, la infraestructura, la visión curricular, cultural y económica, por mencionar algunos. Ante esta perspectiva, muchos jóvenes optan por desertar, ya que las dificultades en una comunidad están a la orden del día.

entraba al salón cuando un espectacular tope suicida de la base de operaciones (mesa del educador) hacía su aparición; el público extasiado (resto del grupo) hacía reverencias a sus entonces héroes. Aquello era la locura. No sabía si llevar la cuenta de los tres segundos o en ese instante desertar, pero de nueva cuenta me apareció la fantasmagórica pregunta en el aire: ¿qué diablos estoy haciendo aquí? Y la respuesta fue la misma, 'fájese como los hombres'.

A veces pienso que en la trama de la historia somos tan pequeños o insignificantes que la única forma de trascender no será reeditando la historia misma, ni siquiera pensar en llegar a cambiar las estructuras sociales en las que desvivimos, pero estoy convencido de que podríamos influir en ella de tal forma que llegase a transformar, reafirmar o tal vez deformar los alcances de las personas con las que experimentamos y, por tanto, una singular oportunidad para poner en práctica los valores y empezar a crecer como seres humanos virtuosos e integrales. De esta manera, inició un camino en el que pasé de la total autonomía, independencia y libertad, a la otra cara de la moneda. Decía da Vinci: «Cuando creí que empezaba a vivir, aprendí a morir», pero no es tan malo como parece, alguien tiene que pagar las cuentas y es una buena forma de adeudarlas. Aprendí a dar valor al valor.

Me presenté con los actores principales de esta tragicomedia, veía en sus rostros la misma impresión y efecto que les había causado a los tutores ver un personaje distinto al de su contexto, les exterioricé dadas las circunstancias todo mi «currículo»; no quería que se llevaran en su primer día la impresión de que su maestro era analfabeta, ausente de razón, salvaje y limitado de conductas y conocimientos sociales y científicos.

Recuerdo que trabajamos sobre los acuerdos en los que nos montaríamos durante todo el curso, y en lo que pasaría si esos pactos sagrados de maestro-alumno se quebrantaran. Parecía, en

ese instante, que las aguas estarían inmensamente tranquilas, todos hablaban acerca del respeto, la honestidad, los valores y la ética de una manera casi armónica y celestial, que sentía que había llegado a las puertas de un nuevo mundo, donde todo era color rosa y la transpiración era innecesaria para cumplir el cometido, pero... aquello, por raro que parezca, quedó sólo en palabras, buenas acciones y emanaciones que destilaban dulzura y un encanto propio de los idealistas.

Terminado aquel contrato pedagógico, salí a estrechar la mano de los otros involucrados que impartirían cátedra, cuando de repente un sonido parecido al de los Sex Pistols y Ramones (estruendoso, con poca armonía, métrica y rítmica) hizo su aparición en el aula donde presuntamente 38 segundos antes se había hecho un juramento de normas, reglas y estatutos que tenían que manejarse para llevar la fiesta en paz. Tuve que girar 180 grados y regresar al lugar de origen, por arte de magia y de manera muy extraña, al mirarme acabaron todos los sonidos onomatopéyicos, burlas y demás, que sólo esas personas a las que considero como las más astutas e inteligentes en la faz de la tierra logran hacer en un espacio como ése. El sonido y las acciones que ejecutan, créanlo, son inigualables, semejan acordes amargos con notas que no concuerdan y es, en términos generales, desagradable. Todo indicaba que aquel pacto no era suficiente; había que añadirle un toque de aspereza y hostilidad.

El valor de la resignificación

Pasaron los días y en el transitar de éstos empecé a descubrir un mundo tridimensional, lleno de aristas, caras y formas en las que vas descubriendo locura y elocuencia, empiezas a resignificar los caminos del pasado en el presente, las cosas cambian de forma, rostro

y luz; por tanto, la persona y sus valores cobran otro sentido, porque una característica fundamental de los valores es la polaridad. Los valores se presentan desdoblados en un valor positivo y un valor negativo (antivalores). Por ejemplo, lo malo se opone a lo bueno, lo injusto a lo justo, etcétera. Podemos ser indiferentes ante los objetos del mundo físico, pero la indiferencia desaparece tan pronto se incorpora un valor a las cosas y las personas. No hay obra de arte neutra, ni tampoco individuos que le sean indiferentes. La particularidad de los contextos imprime el sello de la valía humana, por lo que aquello que parece cotidiano, como el comer, adquiere otra connotación en un contexto como el que les describo ahora mismo, es el preciso momento de la resignificación.

En esta relación del ser y el encuentro con la nueva significación es vital comprender que la relación humana es un proceso que cobra sentido trascendente sólo cuando nos revelamos unos a otros a profundidad. Es por eso que exploras y te interiorizas en un mar de corrientes bravas y contradictorias, empiezas a prestar atención a detalles internos que tocan fibras muy profundas. En esta introspección recuerdas de manera clara tu vida como «escuelante». Hace ya varios riegos alguna vez me dijeron: «Ya las pagarás», «La vida te cobrará tarde o temprano», «No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla». Creo que ese momento había llegado y esas palabras empezaban a tomar forma. Fueron estas exclamaciones de mis grandes pedagogos las que hicieron emerger una colección de recuerdos de mi etapa escolar. Obviamente, por este recorrido empiezas a evaluar el trabajo de ellos, sus métodos, herramientas y toda clase de «trucos» que sólo quien ha pisado ese ruedo conoce; es lo más cercano a la compra de un boleto para viajar por el tiempo. Claro está que la nostalgia en ese instante ya te invade hasta la tibia y amenaza con llegar hasta el último rincón de tu extremidad;

aparecen lágrimas asomándose por todos lados, pero te das cuenta de que tienes compañía y no llegas a ese grado de hipocondría.

Al paso de los días, te vas empapando de los numerosos, interminables problemas de los discentes y sus familias. Es en ese momento en que empiezas a valorar y pensar que la vida no es tan desgraciada como lo pensabas, y por supuesto que el valor de la empatía ya tiene una definición clara y robusta, porque sólo cuando el Yo explora al Tú se convierte en nosotros. La verdadera educación tiene un valor especial, ésta es consecuencia de nuestra transformación; se necesita tener una comprensión colectiva para desarrollar el arte de la educación. En este escenario aparecen dos grandes posibilidades en la práctica del ejercicio magisterial: la primera es ser un agente de cambio que posibilite mejores prácticas sociales e intelectuales; la segunda viene como resultado de ésta, que a través de este ejercicio te ratifiques como un ser humano porque, como dice Savater, «Se nace humano, pero hay que confirmarnos como tal».

Entre todo este torbellino de inconvenientes, en la cabeza circundan voces de la gente que te instruyó, voces con sonidos amargos que hacen ver la docencia como un alma descorazonada y fría, muy cercana al discurso curricular y académico y muy lejana a la calidez del tacto y el sentimiento vocacional. Ecos sonoros que resuenan con un estruendo capaz de derribar muros de ilusión. Frases como: ¡tú dedícate a lo tuyo y no te inmiscuyas en asuntos que no te importan! ¡No trates de cambiar al mundo! ¡Preséntate todos los días y cumple con el programa, lo demás es historia! En ese preciso momento me pregunté acerca de estas marginales formas de pensar. ¿En realidad estos tipos estuvieron en un aula alguna vez? ¿O será que han sido toda la vida prófugos del gis? No lo sé, pero algo fue cambiando en mi particular cosmovisión, empecé a tener muy claro que elegimos por alguna razón ser promotores del aprendizaje y que la consigna principal es formar. Por eso es imposible

que en este proceso no te humedezcas de aguas compuestas por ajenas complicaciones, y al conocer éstas empiezas a descubrir que el respeto y el cariño son dos valores fundamentales que sólo descubres en escuelas rurales, porque la geografía te permite analizar cómo viven económica, social y culturalmente, situación que es altamente compleja de conocer en el medio urbano.

Es incoherente que el maestro, al observar al niño y sus carencias, no sepa de qué carece, qué le es grato, qué le viene bien, con qué baluartes cuenta y por supuesto qué perspectivas y horizontes tiene en su reducida o amplia pintura de matices coloridos. Es aquí cuando se empieza a gestar un mundo de valores, porque la empatía, la autenticidad y la aceptación incondicional positiva toman por asalto cada rincón de tu espíritu.

Integrando a la comunidad

Un anhelo, sueño o ilusión, cualquiera que sea, no es fácil llevarlo al terreno de la concreción sin la ayuda del trabajo colaborativo. Para eso hay que ser el principal actor y promotor de valores, como la solidaridad, convivencia, democracia y otros que permiten relaciones interpersonales sólidas, pero para el joven profesor que llega con hambre de gloria hay antecedentes arraigados en las personas de la comunidad acerca de las valoraciones hacia los maestros anteriores y hacia el magisterio en general; regularmente estas no son valoraciones favorables para el *magister*, por lo que el lazo de confianza está fragmentado, sino es que roto y, por consecuencia, el trabajo colaborativo y la ayuda llegan de manera poco frecuente. El discurso está agotado, las experiencias que muchas comunidades han vivido favorecen poco el desarrollo del proceso educativo. Es a veces parecido a navegar contracorriente. Cuando te llega esa

instancia no basta mucha veces con apretar los dientes, llegas a pensar que tu lucha es infructuosa y de poca valía. Es entonces cuando piensas en desistir y dialogas internamente con tu supuesta y errada idea de vida, vuelves a la raíz de las cosas, miras sus caras, en particular sus ojos, y te das cuenta de que tienes que mantenerte en pie de lucha. Hay razones muy profundas por las que los maestros no somos personas en las que se debe depositar esperanza; es por eso que la única vía para integrar a la comunidad es la acción honesta y comprometida.

En este esfuerzo por reunir voluntades, no toda acción amorosa convence a todos, por lo que hay que ser perseverantes, disciplinados y a la vez cálidos. Los obstáculos siempre van a estar ahí. Sería imposible homogenizar y unificar criterios, acciones, corrientes; ni siquiera la estirpe familiar, que tiene como meta común prevalecer y sobrevivir, deja de lado las discusiones y debates que hacen tan rico el rodaje de este libreto de drama y comedia. Si el capitalismo y el comunismo nunca se han hecho un guiño, ¿por qué deberíamos perder el sueño?

Empecé a visitar cada una de las casas de mis alumnos y platiqué con cada familia con la intención de que conocieran mi propuesta. No tenía alguna pretensión especial con estas visitas; sólo el deseo de dejar una huella positiva. Como es normal, algunas familias valoraron con buenos ojos mi acercamiento y otras me recibieron por compromiso, pero al final el argumento era el mismo en los dos colectivos: «Queremos hechos, no palabras».

Sobre esta sentencia, fue que pude ver una pequeña luz al final del camino; sólo restaba articular de manera congruente el discurso y el hecho.

De manera aislada, empezamos por realizar proyectos educativos que financiaran parte de la infraestructura; por otro lado, formamos equipos de estudiantes para construir áreas verdes, deportivas

y culturales. Los proyectos fueron aprobados y por primera vez hubo recursos para reconstruir la escuela y mejorar las condiciones escolares. Fueron los primeros seis meses que trabajamos solamente maestros y alumnos sobre un diseño institucional, porque claro está que cada sueño tiene que pasar por una etapa de planeación que establezca metas, propósitos y actividades. En este tiempo que trabajamos arduamente era inevitable que el resto de la comunidad observara día con día el esfuerzo superlativo y las dobles jornadas de trabajo: por la mañana en el área académica; por la tarde arte, deporte, valores y la reconstrucción de la escuela. En el transcurso de ese semestre se empezaron a ver cambios notorios tanto en las condiciones de la escuela como en las actitudes y aptitudes de los niños.

Los ambientes en que los niños se desenvuelven son originados por una evolución social que impacta en ellos y ésta supone un proyecto que priorice los valores, por lo que fue inevitable el acercamiento de la comunidad, al observar una notoria mejoría en conductas y aprendizajes, que al final terminó impactando en las relaciones familiares y comunitarias. Los próximos semestres sería más sencillo todo; con lo ayuda de los padres y la voluntad inquebrantable de los actores educativos, logramos obtener buen rendimiento en las evaluaciones académicas y participaciones deportivas, pero sobre todas las cosas obtuvimos buenas relaciones interpersonales basadas en valores y virtudes.

Reflexión final para el maestro novel, reflexión final para mí

No hay vida fácil. La vida cuesta y cuando hay costo se genera una ruptura, y detrás de una ruptura siempre está ese dolor que genera

un sinsabor y nos hace elevarnos a un nivel de comprensión y asimilación en el que la premisa es conocer que no somos dueños de nada y que un guion está estrictamente reservado a tocar puertas y hacer una larga espera.

Aprendes que tu casa es el sitio donde estás parado en ese momento, que el proceso terrestre es un soplo en el que no hay tiempo para los lamentos, porque todo ha transcurrido tan fugazmente que lo que queda no lo vas a derrochar en llanto y dolor. Se toca fondo tantas veces que las piernas ya flaquean y darte un bálsamo de eutanasia crees que llega a ser el resolutivo más adecuado, pero entre lenguaje, pensamiento, razón y acción hay una línea fina en la que está la real respuesta a las continuas dificultades. Dentro del famoso siento, pienso y quiero, está una verdad implacable, cazadora de falsedades, que no te deja margen de error. Y todo eso lo descubrí en mi primera experiencia en una escuelita rural; a decir verdad, me redescubrí.

La pasión por estudiar

Juan Lizárraga Tisnado

Introducción

En este escrito, que parece una novela escolar, se narran hechos de mi experiencia en las aulas educativas en mi papel de estudiante, en especial aquellos relacionados de manera directa o indirecta con los valores básicos elementales de la vida cotidiana de los sujetos que interaccionan en los salones de clases.

Se valora como una experiencia exitosa porque, si bien no ha sido compensada debidamente en el aspecto económico, se cumplió una meta de la adolescencia contraída conmigo mismo, brindada en secreto a mis padres y a la comunidad rural donde nací y viví mi infancia: estudiar cada uno de los niveles educativos hasta llegar a la cumbre, el doctorado.

Durante mis seis décadas de vida, en el derrotero recorrido han estado presentes las virtudes cardinales, principalmente, la templanza y la fortaleza, pero también la prudencia y la justicia, gracias a las cuales fue posible sobreponerme –resurgir, a veces fortalecido– de los contratiempos, actos fallidos y situaciones adversas por las que he atravesado en mi experiencia educativa.

Los zigzag aquí descritos, en la trayectoria escolar, dan constancia de que estamos ante una experiencia exitosa también en términos de los valores vividos. Dichos valores se insinúan, están implícitos o a veces expuestos abiertamente. Si se le quiere dar un sentido didáctico, léase, subráyese o anótese al margen, el valor o los valores (las pasiones y los apetitos sensibles y tal vez la recta razón) presentes en cada una de las anécdotas.

El único «método» para escribir fue hacer uso de la capacidad de recordar, dígase memoria, para rescatar las vivencias, las cuales luego se ordenaron de manera cronológica, en un tiempo que inicia durante la infancia en la escuela primaria rural y culmina en la época actual cuando se adquirió el título del doctorado en 2009.

Nuevos lazos de amistad y de conocimiento en la primaria Francisco I. Madero, de Escamillas

Debieron ser estudiantes –las trabajadoras sociales de ese tiempo, 1962– que hacían su servicio social en Escamillas, sindicatura de El Roble, municipio de Mazatlán, y el Cerro Zacanta fue testigo de la charla con mi madre, Rosario Tisnado.

Yo tenía 6 años de edad, así que estaba en el rango que ellas buscaban. Era un candidato, con la edad precisa, para ingresar a primer año en la escuela primaria Francisco I. Madero (terminé en 1968). Ni pensar en el jardín de niños, entonces algo desconocido

en esta zona, pero la primaria de Escamillas incluía el sexto año, a diferencia de las escuelas de alrededor que solamente cubrían hasta el cuarto grado. Era el motivo por el cual cada día recibíamos alumnos de San Francisquito y de El Tecomate que cursaban quinto y sexto grado.

El ingreso y la adaptación se dieron en automático; estoy seguro que hasta debió ser agradable, pues no tenía mucho apego a la casa, ya que buena parte del día me la pasaba en las milpas o en el río, así que entrar al salón de clases fue algo natural, sin trauma ni presión de ningún tipo, especialmente porque en mi grupo los alumnos en su mayoría eran mis conocidos y hasta me atrevo a decir que mis amigos, de tal forma que entraba a una etapa del juego, ahora organizado.

Aunque algo tímido, siempre estaba listo para los honores a la bandera. Mi memoria era buena, así que con frecuencia me hacían responsable de declamar poesías, incluso de relevar a quienes tenían esa comisión, pero que por distintos motivos no podían cumplirla. Siempre estaba listo, pues, para el «Banderita mexicana, banderita tricolor».

En la escuela, no recuerdo problemas de mi parte hacia mis compañeros, ni con las maestras, ni con el estudio. Debo presumir que me encontraba por encima de la media en el aprovechamiento, por lo que hasta quinto año no había recibido el castigo de los reglazos de las maestras, cosa que ocurrió en sexto año.

Esta vez sí, la maestra me castigó con el típico reglazo. ¿Justicia, equidad, castigo inmerecido? Cada quien juzgará a su manera, pero ocurrió que en una ocasión la maestra de sexto año, y a la vez directora de la escuela, María Concepción Valdez Montaño, decidió que si los alumnos no hacían tal actividad, A TODOS les iba a regalar un reglazo en la mano, más leve que el que se propinaba en la pantorrillas. Y se dio el caso de que los alumnos no obedecieron; entonces,

llamaba a uno por uno y les pegaba con la regla en la palma de la mano, hasta que llegó mi turno y la «señorita» Concha se vio indecisa. El grupo, gustoso, empezó a gritar: «dijo que a todos», así que la maestra tomó la regla, me pidió que pusiera la mano, pero simuló golpearme. Entonces el grupo se molestó y pidió que me diera el reglazo «bien», duro, que sonara y lo tuvo que hacer... Mi situación fue muy embarazosa y ante el jolgorio de los compañeros debo haber estallado en llanto.

No era un pusilánime ni víctima de bullying o «la torta» de mis compañeros, quienes más bien me respetaban, pero tuvieron la ocasión para burlarse de mí.

Además de los valores cívicos y el respeto, en la primaria se vivían valores como el de la solidaridad, en forma de cooperación; por ejemplo, el apoyo económico para un compañero enfermo o para la compra de un lavamanos, consistente en un pichel y una bandeja y cosas por el estilo. El ambiente extraclase era de juego, deportivo y camaraderil, también de jornadas de limpieza de la escuela y sus alrededores.

Lo que ocurría en el salón de clases compaginaba muy bien con mi vida campesina, de convivencia y respeto hacia la naturaleza. Desde pequeño, en tiempo de siembras, iba a la parcela ejidal a «pajarear», es decir, a gritar a los chanates, tolditos y cacalotes para que esos malditos pájaros negros no se comieran la semilla de maíz recién germinada, cortar quelite para los cerdos, ir al monte por leña para las hornillas, llevar y traer vacas del corral a la parcela y viceversa, así como amamantar a sus becerritos. Se trataba de trabajo, pero me parecía agradable y divertido. Por la tarde-noche, después de clases, jugar en el barrio a las escondidas, a «La Trais», a la lotería, etcétera.

Justamente, cuidaba una huerta de mangos y ciruelas para que los pájaros no se comieran los frutos, cuando mi madre me dijo

algo así: «Alístate. Mañana nos vamos a Mazatlán. La señorita Concha dijo que tienes buenas calificaciones y que no te dejáramos sin estudiar aquí en el rancho».

Al día siguiente, el 24 de junio de 1968, íbamos a bordo del camión de pasajeros toda la familia (mi madre y mis hermanos, pues mi padre, Rogelio Lizárraga, ya trabajaba en Mazatlán) con todo nuestro menaje a bordo: una cama de liana, un catre, una estufa que nunca habíamos usado y, claro, la ropa que no era muy excesiva.

No hubo despedidas ni bendiciones. Había que irse a la ciudad.

La secundaria, un nuevo mundo de vivencias y emociones. Escuela de Enseñanzas Especiales y Nocturna Rosales

Había que adaptarse a la ciudad, a la cual en mi infancia incursionaba con cierta frecuencia. Iba a adquirir los productos para la venta de «cena» que hacía mi madre para vender en el rancho, principalmente tortillas especiales para tacos, «gorditas» y enchiladas.

En Mazatlán llegaba a un ambiente de músicos, en casa del tío Beto (que era mi tío abuelo, medio hermano de mi abuela Nena), quien elaboraba guitarras y era un gran lector... de comics, pero que a mí me encantaban y me hacían también un gran lector, rápido en la comprensión de las aventuras y hazañas de los héroes de las revistas.

El primer domicilio donde residimos fue en el número 22 del Callejón Cárdenas, en el centro de la ciudad, donde vivían unos primos que se cambiaron a la esquina. La prima mayor estudiaba en la Escuela de Enseñanzas Especiales, una institución renombrada en el puerto en la cual se enseñaba comercio (elementos de contabilidad, taquigrafía, mecanografía), en una carrera técnica de contador privado, que era de lo más cotizado y buscado por los padres

para sus hijos... y por los gerentes del comercio y de los bancos. ¿Qué mejor opción podría haber para este rancherito que, a decir verdad, detestaba muchas cosas de la ciudad, entre otras a los empleados de oficina?

Sin dudar ni un segundo, si me preguntan cuál ha sido mi más grande emoción en la vida, responderé que el momento en que estuve esperando los resultados del examen de admisión de la Escuela de Enseñanzas Especiales en ese 1968.

Tanto el día de la aplicación del examen de admisión como cuando dieron los resultados fui solo. Me sentía rarísimo ante tanto desconocido. En el examen sólo conocí a mi familiar Urbano Zataráin Guerra, residente de El Tecomate, quien terminó su quinto y sexto año en Escamillas. Llegado el día de conocer los resultados, yo iba sumamente nervioso. Empezaron a mencionar a los aceptados... Nunca supe el orden en que los fueron mencionando, pero el corazón me palpitaba aceleradamente conforme pasaba el tiempo, la cuenta seguía y no me mencionaban. '¡Con qué les voy a salir a mis padres, a la señorita Concha!', pensaba... La lista seguía y nada... «Zataráin Guerra, Urbano», dijeron y casi me reventaba el pecho de la angustia. Siguieron otros nombres hasta que escuché al ansiado «Lizárraga Tisnado, Juan». Hasta entonces, sonreí y me desprendí del pilar de la escuela en el que me había parapetado por si me desmayaba o moría de un infarto si no me mencionaban. La alegría de escuchar mi nombre disolvió aquellos sentimientos y me dispuse a comenzar una nueva vida, una nueva experiencia en la escuela.

Todo era distinto en la secundaria en sí, en especial el orden y la disciplina que se respiraba en el plantel, pero más que nada –hasta inspirar terror– en la clase de la directora, Sofía Félix de Ramos, quien me hizo sentir una de mis mayores vergüenzas vividas por mí a la fecha: me expulsó del salón de clases porque no escuché su

explicación de que seríamos numerados conforme el lugar que nos correspondía en la lista. Al mencionar su nombre, cada estudiante decía su número. Al llegar mi turno no sabía qué número decir y no se me ocurrió más que mencionar el número que estaba en el respaldo de mi banca. «Lizárraga Tisnado», dijo por tres ocasiones la directora y a la tercera ocasión que yo le respondía malhumorado ¡pos el 9!, me echó fuera del aula. Salí desconcertado y pronto los de grados superiores, al verme como queriendo llorar, se solidarizaron conmigo y me dijeron que eso era frecuente…

No me agradó el ambiente, así que aunque tenía buenas calificaciones, las faltas por «hacer la pinta» fueron suficientes para reprobar cuatro materias (a pesar de que en tres tenía diez de calificación) y con ello ser expulsado cuando cursaba el segundo año.

Con el paso de los años, cuando tenía alguna experiencia como periodista, entrevisté a la directora, en su domicilio, ya jubilada. Era toda dulzura, decía que toda su vida fue guiada por la disciplina y el espíritu emprendedor, planificador: «no me levanto de la cama si no tengo un proyecto en mente», me dijo.

Entonces, terminé la secundaria en la escuela nocturna para adultos Antonio Rosales (generación 1969-1972), dirigida por Rafael Lizárraga Zazueta, «paisano» de Escamillas, quien me perdonó el requisito de la minoridad para ingresar al plantel.

Otro cambio en mi vida, pues había que darle al trabajo formal y a estudiar por la noche. Más adolescente que joven, tendría 14-15 años, me sumergí en la etapa de la adultez, pues en esas fechas empecé a fumar y a ingerir bebidas alcohólicas, ambas cosas de manera moderada e intermitente que se fue haciendo consuetudinaria y como una forma de demostrar a los demás compañeros (algunos fumadores de mariguana) y a mí mismo que ya era un hombre hecho y derecho.

En ese ambiente descubrí que no estaba solo, entre desconocidos, pues varios compañeros de la Escuela de Enseñanzas Especiales me hacían compañía porque al igual que yo habían sido expulsados. En la nocturna me hice de nuevas amistades, algunas de las cuales se conservan hasta la fecha. Las fiestas y vagancias eran continuas, la atención a la escuela no era suficiente, pero finalmente cursé mis estudios.

Por esos días, Régulo Zataráin, residente en Escamillas, amigo de mi padre y de la familia, nos visitó. Mis padres le platicaron, en mi presencia, el asunto de mi expulsión de la escuela y que a su parecer yo no andaba en buenos pasos. «Pero, hombre, Juanito. No esperábamos eso de ti. Creíamos que ibas a ser el orgullo de Escamillas». Ese instante tuvo para mí un gran impacto y provocó tan fuerte reflexión que vi claramente la bifurcación que me presentaba el camino de la vida. El malo: tirar todo a la basura, dejar la escuela, seguir en la vagancia, o el bueno: continuar con los estudios y no abandonarlos hasta llegar al último grado. Me decidí por lo segundo, aunque nunca dejé totalmente las tentaciones del primero.

En el bachillerato, rebeldía y desaciertos. Preparatoria Nocturna Rosales de la UAS

El pensamiento se abrió a nuevas perspectivas al ingresar en 1972 a la Escuela Preparatoria Nocturna Rosales, de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) en Mazatlán. Padecí el virus de la revolución socialista, gracias al cual en esos tiempos era más importante el activismo político que la academia. El lema del marxismo leninismo era «por una sociedad sin clases», pero se distorsionaba al aplicarlo a la realidad de la vida académica de la preparatoria a la que le iba más a propósito «por una universidad sin clases».

Fui militante de grupos estudiantiles radicales, los cuales no estaban de acuerdo con los movimientos armados, ni simpatizaban con el Partido Comunista Mexicano (PCM). Me llamó la atención que en uno de esos grupos, los dirigentes se decían enemigos de rectoría, pero a la vez recibían «subsidio» en dinero que utilizaban, muy poco, para la compra de literatura, otro tanto para apoyar en su sustento y renta de vivienda a estudiantes que lo requerían y una cantidad, seguro, para su bolsa. Cuando protesté por esta incongruencia, los líderes se molestaron y todo quedó en que había niveles y ciertos asuntos de la dirigencia que la militancia no debía saberlos. ¡Sí, cómo no!

Fueron tiempos de lectura en demasía, de literatura en general, de filosofía dialéctico-materialista, de los clásicos del marxismo internacional y de América Latina, de literatura rusa y maoísta.

Bajo el lema de que «la religión es el opio del pueblo», se hizo del marxismo una religión, así que los valores emanados de las virtudes cardinales provenían de una «moral comunista» inclinada hacia el bien colectivo, hacia la solidaridad con la lucha social, con los trabajadores.

Apropiados del Comité de Lucha de la preparatoria, por la vía del hecho, porque los directivos eran del Partido Comunista, fui parte de la comisión de revisión de la lista de aspirantes para el ingreso de alumnos a primer año. La consigna era permitir la entrada a los hijos de los trabajadores y a los trabajadores, por nada del mundo a los «burgueses» y pequeñoburgueses« trabajadores de los bancos o del gobierno, ni a sus familiares. Ahora me pregunto, cuántos ideales de estudio profesional se truncaron por ese dogmatismo que rayaba en el fanatismo. Ni serían tantos, pues los aspirantes descalificados a hurtadillas eran aceptados por los directivos.

Atraído por y atrapado en ese ambiente, hube de repetir año escolar para seguir en el activismo político (aunque también porque

tenía materias pendientes), lo cual se hizo en mal momento, porque entonces cambió el programa de dos a tres años y hubo cambio total en el programa de estudios. Se excluyeron del programa materias como etimología, cosmografía y otras, para dar cabida a las de contenido socioeconómico, de marxismo puro.

Por conflictos internos, que llegaron al enfrentamiento físico entre los grupos políticos, los dirigentes del PCM y sus seguidores salieron del edificio de la preparatoria. Durante tales conflictos, hubo saqueo de los documentos de la oficina. Había terminado mi ciclo de estudios (estaba inscrito en la naciente carrera de Derecho de la UAS), pero egresé en calidad de alumno irregular y sin obtener mi certificado de bachillerato por lo especificado.

Confusión y pesimismo en profesional. Escuela de Ciencias Sociales, UAS

Con constancias de estudio de la preparatoria, por carecer de certificado, estudié profesional en la entonces itinerante Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa, generación 1978-1983.

Había un tronco común de un semestre para Ciencias de la Comunicación, Sociología y Economía Política. Me inscribí en primer año de la Licenciatura en Economía Política. Quería saber a fondo la manera en que Carlos Marx explicaba las entrañas y marañas del capitalismo a partir de la mercancía, pero luego me decidí por Ciencias de la Comunicación; si ya era periodista, esta carrera iba más acorde con mi experiencia laboral.

Recuerdo, de entre la planta de maestros de la Escuela de Ciencia Sociales, a José Manuel Villanueva, Reyes Ayala Quintero, Segundo Galicia, Humberto Macías, Gustavo Lozano, Ernesto Hernández,

Prócoro Hernández, José María Adame, Melvin Cantarel, José Luis Beraud y Fernando Sáinz.

Terminé Comunicación. Incluso, realicé mi servicio social interdisciplinario y comunitario, pero al igual que en el bachillerato aquí también quedaron varias materias pendientes y no me fue posible obtener mi certificado, mucho menos el título y la cédula.

De pronto, descubrí que había invertido demasiado esfuerzo, tiempo, incluso dinero en el estudio y que en el momento sólo estaba documentado hasta secundaria. Se apoderó de mí un sentimiento pesimista y dejé de lado los estudios formales para dedicarme de lleno al periodismo. Por cierto, había algunos periodistas que no veían con buenos ojos a los egresados de Comunicación de la UAS; los consideraban como una amenaza para su posición y carrera laboral, la cual habían labrado desde las redacciones de los diarios y los medios en general. En mi caso, los respetaba, pues había empezado desde los 14 años a trabajar en los medios y tenía mi carrera, aunque sin certificado ni título.

A veces reflexiono si fui un estudiante «fósil» o «dinosaurio» de la universidad debido a mi permanencia, primero de cuatro años en la preparatoria y luego de seis más en profesional sin obtener ni certificado ni título, pero no encajo en tal clasificación, ya que pagaba puntualmente mis colegiaturas, estudiaba y acudía a clases.

Muchos otros hubo que ni asistían a la escuela, ni pagaban, ni estudiaban, ni se habían titulado y se convirtieron en docentes. Obtuvieron su base laboral con tiempo completo o medio tiempo y ahora están felizmente jubilados por la universidad.

La meta de estudiar todos los niveles del sistema educativo mexicano, es decir, hasta doctorado, se desvaneció en ese tiempo, pero quedaba una flamita en el deseo de aprender que nunca ha dejado de acompañarme.

El retroceso a la preparatoria abierta

Por un lapso de poco menos de diez años dejé de asistir a las aulas escolares para dedicarme de lleno al periodismo.

En 1990-1991 se revivió la flama del amor por el estudio y cursé la preparatoria abierta. Fue para mí una verdadera odisea, pues no tuve tutor o asesor, por lo que fue grande mi dificultad para aprobar las materias de matemáticas y ciencias naturales.

El estudiante podía solicitar la materia que gustara, sin considerar el grado al que pertenecía, así que principié por las de ciencias sociales, de las cuales solicité hasta tres quincenales y dejé para el final las de ciencias naturales.

Aprobadas las de ciencias sociales, fue un verdadero martirio sacar adelante las de matemáticas y de física. Aunque las solicitaba de una en una, las reprobé entre dos y tres veces hasta que por fin obtuve la calificación mínima aprobatoria.

La entrega de calificaciones era pública, así que percibí que era muy alto el número de reprobados, aunque la mayoría no se desanimaba porque era posible solicitar de nuevo la materia. La reprobación más alta era en matemáticas, física y más que en ninguna en... ¡inglés!, la cual no significaba para mí ningún problema.

Además de no contar con tutor, era difícil obtener los libros de texto, ya que no se tenían en existencia y había que conseguirlos en fotocopias de fotocopias, poco legibles y en forma tardía. Justo cuando terminé mis estudios, los libros llegaron a las oficinas y como eran baratos y el contenido valía la pena releerlo, los compré casi en su totalidad. He sido «inspiración» o motivación para varias personas, a quienes les he facilitado los libros y afortunadamente han salido avante.

Finalmente lo logré: con bajas calificaciones, y en un lapso de once meses obtuve mi certificado en el área de humanidades.

La ruta del estudio se retomó y había que seguir adelante, inmediatamente.

Estudiar derecho... bien documentado

Recibí el certificado de bachillerato en noviembre de 1991 y gracias al director de la Escuela de Derecho de la UAS en Mazatlán, Vicente Hernández, se me permitió estudiar la Licenciatura en Derecho, turno nocturno, en el ciclo que había iniciado en septiembre de ese año y que culminó en 1996.

De regreso a la UAS, encuentro que había impuntualidad de los alumnos y de los maestros al iniciar la clase, mucho ausentismo de ambos, por cualquier motivo se suspendían las clases, en especial los viernes «sociales». No caí en la provocación, lo cual provocaba el malestar entre varios de mis compañeros y me dediqué a estudiar, asistir a cuanta conferencia, congreso o taller se realizara, y a obtener sin tardanza mi certificado, mi título y la correspondiente cédula profesional, la cual gestioné personalmente en la Ciudad de México ante la Dirección General de Profesiones.

Recuerdo entre varios más de mis maestros a los siguientes abogados: Antonio Barballániz, los hermanos Rubén Darío y Arturo Rojo Serrano, Raúl Flores, Óscar Romero Chávez y Arturo Rocha Peralta; de último momento, llegaron Diana Garzón, Tomás Coronel y Víctor Colado Alanís.

Al egresar, aspiraba a trabajar para el aparato judicial o en su defecto litigar. Estaba decidido a desempeñarme profesionalmente cuando me enteré de que José Manuel León Cisterna asumía en 1996 la Dirección de la sede Mazatlán de la Universidad Pedagógica Mazatlán, y lo entrevisté para ver la posibilidad de impartir clases, algo que en el momento no era posible porque ya estaba distribuida

la carga académica y como abogado no cubría el perfil solicitado. Me ofreció trabajo en la biblioteca, lo cual pensé por un rato y luego accedí.

Maestría en UPN-Mazatlán y Doctorado en la Escuela Normal de Sinaloa

Llegar a la biblioteca de la UPN fortaleció mi ya renovado gusto por la lectura. Poco a poco se fue disolviendo la idea de ejercer la abogacía y de orientarme hacia la docencia, por lo que en 1998 me inscribí en la Maestría en Educación con campo en Formación Docente, la cual terminé en el año 2000, con su debido certificado y título, seguido por la cédula profesional.

El estudio de maestría significó para mí un *shock* conceptual, ya que hacía varios años que mi lectura no era sistemática, rigurosa y muchos términos y autores del ámbito pedagógico me eran desconocidos. Sin embargo, estar en la biblioteca y de que las clases eran en el mismo edificio escolar facilitaba las cosas y fue así que en el año 2000 egresé y, posteriormente, recibí mi certificado con promedio de 10 y, enseguida, mi título con mención honorífica. Pronto se tramitó la cédula.

La problemática de mi tesis de maestría trató sobre el laicismo, específicamente si debe o no impartirse educación religiosa en el nivel básico, en un momento de alternancia política en que el presidente de México dejaba de ser del PRI para dar paso a un panista.

Entre los docentes de la maestría recuerdo a Teresa Romero, Ana María Miranda, Yolanda Arámburo, Luis Rey Sedano, Ernesto Peraza, Antonio Kitaoka, Hernando Hernández y Gilberto Galindo.

Estudiar maestría fue algo sencillo. La meta se veía cercana. Había que esperar el doctorado y la oportunidad llegó en el año 2004.

En la proporción en que me fue fácil estudiar maestría, se me complicó el estudio del Doctorado en Educación en la Escuela Normal de Sinaloa: me enteré tarde de la convocatoria, no tenía recursos económicos para trasladarme, hospedarme y dormir en Culiacán durante el desarrollo de los cursos de jueves a sábado; me divorcié, me volví a casar. Aunque me facilitaban los tiempos para estudiar, no tuve ningún apoyo económico de la institución donde trabajaba.

Por tres ocasiones renuncié a los estudios. En dos de ellas me disuadió el profesor Santos López Leyva, parte de los maestros que me impartieron clases, junto a Jorge Mario Flores Osorio, Rodrigo López Zavala, Miguel Ángel Ramírez Jardines, Miguel Ángel Rosales, Adán Lorenzo Apodaca, Armando Flores Arco y José Bastidas Morales.

Al final me armé de valor para terminar la tesis que tuvo como problemática la inclusión laboral de una alumna con discapacidad intelectual por esquizofrenia, en la cual usé como «laboratorio» mi casa y un Centro de Atención Múltiple Laboral, ya que la mujer objeto de estudio es mi hijastra, la persona con la discapacidad, punto central de estudio de mi tesis doctoral.

Al terminar la titulación, de inmediato se hicieron los trámites para obtener la cédula profesional.

El programa de doctorado era la segunda edición del primer programa ofrecido por la Escuela Normal de Sinaloa. El primero tenía como requisito que los estudiantes fueran descargados de sus horas de trabajo, así que tenían tiempo y dinero suficiente para el estudio. Al egresar nuestra generación, la Normal y varias universidades particulares, empezaron con su oferta masiva de doctorados a lo largo y ancho del estado.

Así se alcanzó la meta, luego de una larga trayectoria, en el ínter de la cual la formación fue continua, con asistencia a talleres, conferencias, coloquios, congresos y muchos etcéteras.

La novela escolar estudiantil expuesta es producto de una experiencia exitosa, ya que se siguió una larga trayectoria de estudio –de primaria hasta doctorado–, principalmente por el amor al estudio, en el ideal de aprender y de cumplir con un compromiso paternal y con la comunidad donde nací.

Las aulas escolares siempre significaron, además de un centro de adquisición de conocimientos, un sitio donde se convivía en un ambiente de compañerismo y de amistad, normado por reglas y disposiciones disciplinarias.

La meta fue conseguida.

El ciclo se ha cerrado, pero hay disposición para seguir estudiando, quizá otro doctorado, o una maestría; tal vez alguna licenciatura en matemáticas o en ciencias naturales, ¿por qué no? Si bien el estudio no es parte de los valores, sí es un excelente medio para desarrollarlos y vivirlos.

Los valores en la escuela que queremos

Sara Eduviges Alcaraz Barreras

El artículo tercero constitucional establece que la educación que imparta el Estado tenderá a desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano y fomentará en él, a la vez, el amor a la patria, el respeto a los derechos humanos y la conciencia de la solidaridad internacional, en la independencia y la justicia.

Para cumplir este mandato constitucional, el Estado deposita su confianza en la escuela para que sea el espacio en que las personas asistan para aprender.

En ese sentido, la escuela practica la *fidelidad*, a fin de responder a la confianza que sobre ella se ha depositado, y hace de la *lealtad* su mayor virtud hacia la patria, toda vez que actúa a favor de lo que constitucionalmente se le ha conferido: apoyar a sus estudiantes,

en su paso por ella, para que desarrollen las competencias que les permitan enfrentar las circunstancias de la vida.

Históricamente, la escuela mexicana ha intentado demostrar su *bondad*, en tanto que en la medida de las circunstancias políticas, sociales y económicas, ha trabajado para cumplir con su deber. Asimismo, ha intentado también hacer gala de su *fortaleza,* siendo perseverante, paciente y generosa con sus estudiantes; quienes la han dinamizado, en su mayoría, han actuado con determinación, audacia y firmeza.

Las políticas educativas exigen a la escuela la toma de decisiones efectivas que aseguren los buenos resultados; por ende, el éxito escolar de sus estudiantes, en la idea de reducir a la mínima expresión los errores y las fallas cometidas. Dicha exigencia la convoca a actuar con *prudencia* fortaleciendo la confianza en sí misma y el aplomo para decidir y actuar.

En consecuencia, la escuela intenta actuar con un amplio sentido de *equidad, justicia* y *solidaridad,* al considerar a todos sus alumnos valiosos e importantes; también se preocupa por gestionar las ayudas necesarias, según sea la circunstancia de cada uno. La escuela trabaja, entonces, para consolidarse como un espacio *íntegro;* por tanto, busca cumplir con su deber en la actual circunstancia.

La escuela que se impulsa es una escuela comprometida**,** en donde todos los integrantes de la comunidad educativa, especialmente personal directivo, docente y de apoyo a la educación, asumen la responsabilidad de los resultados educativos.

Se busca una escuela *segura,* que promueva la salud y el alto rendimiento. Una escuela que *cuente con un acuerdo de convivencia,* que le permita regular el sistema de relaciones entre los sujetos que a ella confluyen y establecer el sistema de estímulos y sanciones para quien violenta las reglas. Una escuela en donde el respeto, la amistad, el amor y la caridad se hacen presentes.

En esta escuela, todos deberán estar enterados y conscientes de que sus actos tienen consecuencias formativas, según sean los resultados de los mismos. Se educará en la templanza y se actuará con justicia, bajo procesos de comunicación asertiva.

Dicha escuela garantizará el ingreso, permanencia y logro educativo, al establecer las condiciones pedagógicas, de asistencia social, de infraestructura y equipamiento, respondiendo así con formalidad, seriedad y compromiso, a la confianza conferida por el Estado.

Se trata de edificar una escuela *bondadosa* y *caritativa*, en donde se busquen las formas más apropiadas para responder a la diversidad; se estimule la capacidad y la creatividad de los estudiantes para enfrentar y resolver problemas; se reconozca el derecho de todo niño, adolescente y joven de asistir a ella, expresar sus opiniones, tener experiencias de aprendizaje de calidad y lograr resultados de aprendizaje valiosos.

En esa escuela, el personal docente, directivo y de apoyo, habrá de asumir la *responsabilidad* moral de priorizar a aquellos estudiantes que están en riesgo de ser marginados de la escuela o conseguir pobres resultados de aprendizaje. Todos los profesores estarán concientes de que al rotar grupos de estudiantes se comprometen a mantenerlos en altos niveles de logro.

Esta escuela, que ya se gesta, potencia la *solidaridad* con los más necesitados. La atención y prevención del rezago (por extraedad, reprobación, deserción), así como el *reingreso educativo,* se constituyen en tareas sustantivas. De igual forma, la inversión de ayudas sociales y el trabajo con los padres y las madres.

Dicho centro educativo se convierte, así, en un espacio más *justo* porque garantiza la continuidad y el éxito educativo, porque en él se trabaja para concretar la trayectoria escolar de los niños, niñas y jóvenes vulnerables (por no estar en la escuela, por asistir varios

años y abandonar, por tener formas de escolaridad de baja intensidad, por trabajar aprendizajes elitistas o sectarios y aprendizajes de baja relevancia), y se les orienta para el diseño, puesta en marcha y monitoreo de su proyecto de vida.

Esta escuela, que es inclusiva porque atiende la diferencia, da seguimiento a las trayectorias escolares de los alumnos y les ayuda para que se generen altas expectativas de desarrollo, crecimiento y trascendencia social.

En ella también se apoya a los estudiantes para que vuelvan efectiva la continuidad educativa y concluyan su escolaridad; por ello, los alumnos ingresan, permanecen y concluyen los grados y niveles educativos.

Los integrantes de la comunidad escolar, además de promover el *amor* y la *amistad*, trabajan en la construcción de la *verdad*, al crear auténticas comunidades de aprendizaje en donde se aprende a convivir, a aprender, a hacer y a ser, haciendo uso de los materiales, la infraestructura y el equipamiento con que cuenta la escuela para concretar todas las acciones y tareas educativas: biblioteca, aula de medios (internet, patios, canchas, conectividad, cocina, comedor, enfermería, laboratorio de ciencias y de inglés, auditorio, área de trabajo social, baños dignos, entre otros).

En la nueva escuela se flexibiliza el currículo para intervenir con *equidad*; se forma a los docentes, se prioriza el trabajo entre la escuela y la comunidad y se asignan recursos específicos para desarrollar las acciones de prevención del rezago y la deserción. El expediente de los alumnos está al día y es un documento que transita por los grados y niveles educativos con *modestia, humildad* y *respeto a la diferencia*.

La evaluación es punto de partida y de llegada de los procesos de intervención, por lo que el monitoreo permanente de los niveles de logro permiten ir tomando decisiones para cada alumno. Por ello,

la gestión escolar y la pedagógica encuentran respaldo absoluto en la gestión institucional. La *solidaridad*, el *compromiso* y la *responsabilidad* de todos los niveles de gestión potencian la *bondad* de los actores educativos.

La escuela cuenta con una ruta de mejora, elaborada con *libertad* y orientada bajo los principios de la inclusión y la diversidad, a través de la cual se intenta *generar un clima acogedor y de apoyo que valora y respeta la diferencia;* que experimenta liderazgo y *compromiso* del equipo con los aprendizajes de los alumnos y de los docentes mismos, y que da cuenta del trabajo *colaborativo*.

Esa ruta genera oportunidades de desarrollo profesional y reflexión continua de los docentes en torno a las prácticas educativas busca estrategias y metodologías de atención a la diversidad, criterios y procedimientos flexibles y accesibles de evaluación y promoción, disponibilidad de servicios, participación activa de la familia y genera redes de colaboración con la localidad, promoviendo la *solidaridad*.

Los profesores se preparan de manera permanente y se corresponsabilizan de la atención educativa de sus alumnos, así como de la integración y alimentación de los expedientes que incluyen la vida escolar de cada uno de los estudiantes, estableciendo periodos de entrega entre los grados y niveles escolares.

La *coordinación interinstitucional* es evidente, en tanto es necesaria la comunicación y el flujo de la información entre docentes de grados o niveles educativos (preescolar, primaria, secundaria y preparatoria).

El proyecto de la escuela toca la *justicia* y la *equidad* al contemplar servicios asistenciales como la alimentación, y compensatorios (becas, uniformes, materiales y útiles escolares). Incluye además orientación y tutoría, atención al rezago, a padres y madres y el desarrollo de talentos específicos.

Por otra parte, los padres y las madres reciben capacitación sobre cómo apoyar a sus niños y niñas, se les forma y orienta para que reconozcan a sus hijos a su paso por los distintos grados y niveles educativos, así como para que tengan presente lo que a su paso aprenderán por ellos. Pero, sobre todo, para que promuevan su asistencia a la escuela y vean en ella la oportunidad de darse cuenta de sus potencialidades y de la forma de uso de las mismas, para su beneficio, haciendo patente el interés superior del niño.

A la escuela que queremos, *los alumnos asisten con gusto y alegría* porque encuentran en ella la oportunidad para aprender y ser felices, debido a que *el clima escolar les permite disfrutar de su estancia en ella,* de tener compañeros, de hacer *amigos*, de vivir desencuentros con rápidos encuentros.

En la escuela inclusiva que queremos, el tiempo se reduce, pero también se desea... Se desea porque en ella tienen lugar maravillosas experiencias de vida y de aprendizaje.

El valor de la escuela que queremos, y por la que se trabaja, radica en que descubre el talento de cada uno de sus estudiantes y los impulsa para su desarrollo, ayudándolos a la proyección de sus vidas y acompañándolos para la toma de las mejores y las más sabias decisiones.

En la escuela que queremos se huele respeto; se respira amistad y sinceridad; se intercambia amor; se promueve la caridad, la humildad y la honradez; se actúa con libertad, justicia y prudencia; se busca la verdad, la solidaridad y la lealtad; los desencuentros se atienden con prudencia y templanza y se concretan prácticas de intervención responsables para dan cuenta del deber conferido a la escuela.

La escuela que queremos, y en la que se trabaja, es una escuela virtuosa e íntegra en donde se cumple con el deber de enseñar y aprender, siendo fieles a la confianza depositada por el Estado para tal fin.

Aviones de papel

Andrea Berrelleza Altamirano

Para mis alumnos de 4to año de primaria,
que son unos *damiens* (película *La Profecía*).

Queridos alumnos

Déjenme preguntarles algo: ¿a qué van a la escuela? Y por qué lo hacen. Sé que varios dirán que porque sus padres los obligan, otros pocos dirán que les gusta ir a la escuela (lo que no sabría considerar como hipócrita u honesto). ¿Para qué les han dicho que es la escuela? Digo, en sus mentes les siembran la idea de que la escuela es para aprender, pero me gustaría saber qué piensa profundamente un grupo de niños de sus edades. ¿Es divertido o es aburrido? Cuando yo iba a la primaria, me parecía divertida sólo la parte del recreo y la hora de salida, he de confesar. Pero cuando estuve en sexto año, a pesar de que mi profesora no me quería mucho, comencé a disfrutar la escuela *dentro* del aula; recuerdo que disfrutaba participar en

clase y responder a todas las preguntas que la profesora nos hacía. También disfrutaba mucho dibujar (aunque a Celina, la profe, no le gustaba), tenía las últimas hojas de mi libreta llenas de dibujos sin chiste, de garabatos sin sentido, de flores y corazones (típicos dibujos de una niña); desde entonces, y hasta la fecha, mis libretas están así. Puedo decir que la escuela me inspiró, de cierta manera, artísticamente. Pero ustedes ¿qué hacen en clases? Porque yo sólo veo que arrancan las hojas limpias de sus libretas y las doblan hasta darle forma de un avión, ¡se la pasan haciendo aviones de papel! Aunque no sé si eso funcione como papiroflexia.

Ahora permítanme contarles algunas cosas. Un día me gradué del bachillerato y entré a la universidad; fue hasta entonces cuando pude comprender el verdadero significado de la escuela. Tuvieron que pasar varios años para que pudiera ver la escuela desde una perspectiva *abierta*, comprender de qué se trata todo este asunto. Entendí, inicialmente, el valor del conocimiento. ¿A qué vamos a la escuela? ¡A aprender! ¿A aprender qué? En la escuela no sólo se aprenden matemáticas, ciencias naturales, geografía o historia; es decir, los conocimientos que se obtienen no sólo están basados en las asignaturas que los profesores y profesoras imparten; hay algo que está por encima de todas esas materias, algo que aprendemos sin darnos cuenta y tiene qué ver con el contexto escolar en el que nos desenvolvemos. No sé exactamente cuándo y cómo fue que me percaté de la importancia de la escuela en mi vida (y en la vida en general), pero sentí que la escuela tiene un lugar en la sociedad más alto que el que nosotros le damos.

Me hubiera gustado haber entendido esto cuando estaba en la primaria, como ustedes, o siquiera en la secundaria. ¡Pero no! Y es que la mayoría de los trabajadores de la educación promueve la idea de que el estudio es útil para ganar dinero en el futuro, no para el aprendizaje y los conocimientos. La reproducción que beneficia

principalmente a la sociedad en que vivimos nos pinta las cosas con otros colores. El conocimiento adquiere un valor alto sólo si se obtiene algún provecho de él. Sin embargo, cuando el tiempo transcurre y los profesores y los libros que pasan frente a nuestros ojos pasan variadamente, como que uno empieza a ver otros detalles, a dar otra mirada al sistema y a la vida en sí, a entender otras cosas y, entre esas otras cosas, el valor de la escuela.

El valor que cada quien le da a la escuela depende mucho de la calidad de persona que la misma escuela haya formado. Y aquí queda un poquito fuera la educación de casa, pues llega un momento en que se da un desprendimiento del núcleo familiar, pero una emancipación filosófica, de pensamiento y, a veces, hasta moral. Llegará un punto en el que seremos capaces de decidir cómo ser y cómo pensar, de tomar decisiones sin consultar a nadie y de apreciar las cosas con distintos tonos... ¡Claro! Para eso tendrán que pasar muchos libros y experiencias (teoría y empirismo) que, al devorarlos, nos (me incluyo) amplíen el panorama.

La escuela es la que nos forma para la vida, para *sobrevivir* allá afuera; es por eso que las cosas que hagamos en esa vida social son derivadas de la formación recibida escolarmente; el contexto escolar en el que hayamos vivido influye de manera profunda en las acciones que decidamos llevar a cabo. En otras palabras, dentro de ese mundo escolar, sin darnos cuenta, aprendemos a ejercer (o no) los valores que después nos identificarán como personas de calidad. Ya sea por las incansables repeticiones de los docentes que atienden a sus grupos o por la convivencia con otros compañeros que tienen una educación de casa o una manera de captar las enseñanzas, diferentes a la nuestra. Los encuentros con personas distintas a nosotros, cuyas prácticas también se diferencian de las nuestras, van dejando huellas (a veces muy pequeñas u otras muy grandes) que se vuelven, algunas, indelebles ante el tiempo y van

forjándonos hasta convertirnos en quienes somos en el presente (y quienes seremos en el futuro). La escuela tiene ese valor: el de unirnos y hacernos compartir unos con otros, muchas cosas que no damos cuenta que tenemos.

Me quedó arraigada la enseñanza de tirar la basura en su lugar. Recuerdo que en toda mi infancia se me repitió eso en la escuela (a mí y a mis compañeros) una y otra vez. Hasta que llegó este momento en el que no puedo deshacerme siquiera de una pequeña envoltura hasta encontrar un cesto de basura. ¡Prefiero guardarlo en mi bolsa antes que arrojarlo a la calle! Aunque la familia diga que no pasa nada si lo tiro por ahí. Esa enseñanza de la práctica del valor de la limpieza se la debo a la escuela, merece crédito.

Es cierto que en la escuela se viven algunas experiencias no muy *ad hoc* a los valores; como que hay alumnos y alumnas que se les desbordan las malas palabras, o docentes que prefieren gritar antes de averiguar tranquilamente el meollo de un asunto; que hay estudiantes (en su nivel de primaria) que pelean con otros, entre otras actitudes que merman el trabajo del centro educativo. Pero hemos de aceptar que es parte del paquete. La escuela no es perfecta porque quienes habitamos en ella somos seres humanos que tenemos sentimientos, emociones, opiniones y creencias diferentes, y eso mismo puede, de cierta manera, chocar con nuestras labores y con las actitudes de los demás. Después de un tiempo, empero, aprendemos a controlarnos, a convivir con esas diferencias sin tener problemas, y ese es el efecto de la escuela. Es un centro de acercamientos sociales en el que se practican encuentros entre personas, una vez tras otra, todos los días, para que, en un momento dado, nuestra convivencia con los demás sea aceptable. Y se darán cuenta de ese cambio en unos años (espero que no muchos), cuando entiendan que las cosas no se solucionan con golpes e insultos y opten por otra alternativa.

El estudio y los ensayos de la práctica de valores en la escuela (desde el jardín de niños hasta la licenciatura) se reflejan desde la sencilla manera en cómo alguien ve su alrededor (literalmente: cómo alguien posa sus ojos sobre lo que le rodea), los gestos, las palabras que utiliza al hablar, las observaciones que hace del mundo, las preocupaciones que tiene, las respuestas que da a las preguntas que se le hacen, las preguntas que hace, ¡las dudas que tiene de las cosas! Y de qué cosas tiene dudas; y cosas más banales como sus gustos e intereses: las películas y programación televisiva que ve, los libros y revistas que lee, la música que escucha, ¡el que tengan una mente abierta! Porque abrir la mente de los estudiantes es trabajo de la escuela. A través de muchos comportamientos podemos percibir a las personas que fueron partícipes de un centro educativo y las que no. Incluso, ¡las cosas que les causan gracia! Los chistes de los que se ríe y la manera de divertirse y de *agarrar cura* (como dirían acá en Culiacán) delatan a la gente como alguien que fue o no a la escuela.

Sin saber a lo que estaba a punto de enfrentarme, decidí estudiar una Licenciatura en Educación (Preescolar, para ser más precisa). Sabía que quería hacerlo, pero no estaba segura si me apasionaría. Fue en la carrera cuando comprendí verdaderamente el valor de la escuela, cómo había influido en mí para formarme como quien soy. Pude verme desde dos posiciones: la de docente y la de alumna. Como alumna, aprendí que hay maestros que inspiran; como profesora, aprendí que quiero ser una maestra que inspire, una inspiración que despierte en los alumnos sed por conocer el mundo, la vida, así como me la despertaron a mí. Es querer dejar la huella imborrable de la que hablaba hace rato: como alumna, intento dejarla en mis compañeras cada vez que voy a la escuela a tomar mis cursos; ahora sólo falta como profesora: ¡cómo quedarme en la

formación de ustedes por siempre (o casi siempre), queridos alumnos míos! Créanme que es un trabajo difícil.

Pude entender el compromiso con la carrera, es decir, el compromiso que yo tengo como persona con mi trabajo como docente. Estudiar esta carrera es aceptar un compromiso con la escuela, con la sociedad y con los alumnos; y ese compromiso consiste: a) con la *escuela*, en lograr el cometido, que es el aprendizaje y la buena formación para la sociedad; b) con la *sociedad*, en enviar niños, niñas y jóvenes funcionales laboral y, valga la redundancia, socialmente (buenas actitudes, buen comportamiento), y c) con los *alumnos*, en sembrar esa semillita de inspiración que les despierten inquietudes y dejarles ir con más dudas que con las que llegaron para que de ustedes nazca resolverlas. Ese, creo yo, es el compromiso de un profesor con su carrera. Y el estudio de ésta fue lo que me hizo concluir en eso.

Este gran compromiso asumido tiene que ver con la enseñanza de los valores y, como dije, es un trabajo difícil enseñar valores a un montón de niños que sólo piensan en ver el televisor, comer, jugar y dormir. ¿Cómo les hago girar la cabeza hacia otro lado que no sean esas cosas que desean? ¿Cómo los convenzo para que piensen en otras cosas y deseen otras cosas? Díganme, pues, alumnitos, cómo le hago... Ya sé que ni ustedes saben esa respuesta, quizá no está en ustedes.

Podría hacer una larga lista de los valores que en la escuela les enseñan sus profesores y profesoras, pero no se trata de hacer memoria y repetir los valores que nos sabemos casi, casi automáticamente. Se trata, más bien, de rememorar las acciones que creemos que representan los valores que nos enseñan, que esos valores se muestren en nuestros comportamientos, es decir, qué valores practicamos y cómo lo hacemos: en qué momentos, con qué acciones y quiénes. La pregunta es: ¿qué es lo que hacemos para convertir a la

escuela en este mundo lleno de valores? ¿O por qué la escuela es el centro de la práctica y fomento de los valores?

La cosa es reflexionar qué acciones son las que nos hacen personas practicantes de valores. En otras palabras: ¿cómo traducimos los valores que conocemos en actitudes y actividades cotidianas? Como llegar temprano o a tiempo a la escuela, eso refleja el valor de la puntualidad; ayudar a alguien, como cuando trae cargando un montón de cosas, en esa situación no está de más abrirle la puerta o detalles como esos; compartir el lonche con alguien que no tenga; tomar un buen comportamiento frente a los y las profesoras y compañeros de la clase; convivir con personas diferentes a nosotros (respecto a la cultura) y aceptarlas; y todas esas cosas que, al hacerlas, provocan una sensación de comodidad, de cumplimiento, una satisfacción en el ser. Que ese sea el motivo de comportarse así: la satisfacción con uno mismo por haberlo hecho, más que la espera de recibir un premio o halago, o el miedo a ser sancionado si no se cumplen con algunas acciones.

Cuanto más tiempo vayan a la escuela y continúen su proceso de formación académica y social, más cosas se irán adhiriendo a su persona e irán puliendo sus comportamientos e ideas, irán corrigiéndose cada vez más sus acciones y moderando sus actitudes, hasta que llegue un momento en que volteen a su pasado y se den cuenta de cuánto han cambiado a lo largo del tiempo, recordando y reconociendo (o no) a sus profesores que les dejaron algo marcado, o a sus compañeros y compañeras que les acompañaron. Verán que ese mundo que ustedes llaman escuela en realidad es un mundo lleno de valores que les ha dejado un tatuaje en su camino de vida.

Espero con ansias que algún día puedan entender lo que estoy diciendo y tengan algo de empatía por esta *teacher* preparada a medias que hace lo que puede para que la recuerden con cariño. Tengo la esperanza de que un día puedan llegar a pilotar un avión verdadero y

no sólo se quede en los aviones de papel que siempre hacen; tengo fe en ustedes, creo en ustedes, así como la mayoría de mis maestros creyó en mí.

Atentamente
Su profesora de Inglés

La atención a la diversidad en las aulas

José Antonio Chávez Espinoza

Retrocediendo el tiempo unas décadas, el docente representaba una figura privilegiada en las instituciones, con funciones y actividades definidas y valoradas por la misma sociedad. Su conocimiento y capacidad para desempeñar su función no requería de procesos de formación adicionales, debido a que su preparación profesional le permitía realizar sus actividades sin mayor esfuerzo. Sin embargo, hoy día, en una sociedad marcada por la evolución del conocimiento, los avances tecnológicos y el mundo globalizado, las instituciones educativas necesitan transformar sus prácticas educativas en función de las necesidades que la sociedad demanda.

De cualquier manera, en esas instituciones el docente sigue siendo el eje transformador que permite visualizar los cambios que en el proceso enseñanza aprendizaje se requieren, situación que demanda

que el profesor desempeñe nuevos roles para cumplir su cometido, para lo cual es necesario desarrollar un proceso de formación permanente, independientemente del nivel educativo en el que se trabaje. Para ello, las instituciones educativas, en su búsqueda para ofrecer una educación de calidad a sus estudiantes, deberán voltear hacia este sector académico con la intención de otorgarle herramientas para cumplir su deber, de tal manera que para reconocer a una institución que enmarca su política educativa en los parámetros internacionales deberá contar con docentes preparados para atender la diversidad y estar en camino de ofrecer una educación inclusiva, entre otros elementos importantes.

La atención a la diversidad es un asunto que desde hace tiempo ha sido promovido por los máximos organismos internacionales, como la ONU, UNESCO y UNICEF. Sin embargo, sigue siendo todavía un elemento ajeno en la mayor parte de las escuelas. Atender la diversidad significa tener el valor para ayudar a los que no han tenido la oportunidad de asistir a las aulas por alguna discapacidad, tener el valor para hacer justicia a los grupos menos favorecidos, como es el caso de nuestros grupos étnicos, tener el valor para asumir nuestra responsabilidad como académicos y generar las condiciones adecuadas para que ellos se incluyan en las aulas y aprendan sin distinción alguna.

Lo anterior requiere en la mayor parte de los casos un cambio de actitud, una nueva manera de visualizar la función docente y ocuparse por desarrollar las competencias necesarias para cumplir con esta noble tarea. Ese término, tan asiduo en las instituciones, en el que se destaca que los docentes deben poseer ciertas competencias y que, a la vez, implica adquirir conocimientos, desarrollar habilidades, asumir actitudes y forjar valores para atender la diversidad, sigue establecido en políticas internacionales; por ejemplo, el Proyecto Alfa Tuning, como un esfuerzo de algunas instituciones para

promover el desarrollo de competencias que en las ramas profesionales deben cultivarse, sin ser la excepción las que corresponden al área específica de la educación. Entre estas competencias destacan el diseño e implementación de acciones educativas que integran a personas con necesidades especiales; educar en valores, en formación ciudadana y en democracia; generar e implementar estrategias educativas que respondan a la diversidad sociocultural, así como producir materiales educativos acordes a diferentes contextos para favorecer los procesos de enseñanza y aprendizaje.

Pero ¿cuáles son los valores principales en la función docente para atender a la diversidad?

Se destacan cuatro valores en la enseñanza y el aprendizaje:

1. *Valorar la diversidad del alumnado*. Es importante que el docente esté consciente de que en el aula no todos los estudiantes aprenden de la misma manera y al mismo ritmo. Esta diversidad y diferencia educativa deberá aprovecharla para enriquecer los ambientes de aprendizaje ofreciendo distintos canales de comunicación y recursos didácticos para lograr los objetivos.

2. *Apoyar a todo el alumnado*. Sin distinciones, el docente deberá contar con las competencias para que todos sus estudiantes aprendan de manera conjunta. Para ello, es fundamental que en el aula haya una cultura de inclusión, en donde aquellos estudiantes considerados normales apoyen a quienes lo requieran para que sus aprendizajes sean significativos.

3. *Trabajar en equipo*. Uno de los mecanismos que permiten el desarrollo de una educación inclusiva, así como el desarrollo de competencias y aprendizajes, es trabajar bajo la filosofía de la colaboración. Al disponer de diversas formas de aprender y de entregar los contenidos a los participantes, se estará en condiciones de enriquecer los resultados del proceso educativo con la diversidad de opiniones.

4. *Desarrollo profesional permanente del profesorado*. Se requiere que en las instituciones, principalmente desde la administración, haya una cultura para promover al docente como el eje transformador del proceso educativo. Este desarrollo será posible si lo anterior se cumple en combinación con un cambio de actitud del docente para comprender y llevar a la práctica el constructo llamado «aprendizaje para toda la vida».

En las aulas, esos cuatro puntos son sólo algunos de los preceptos que deben valorarse por las instituciones, pero sobre todo por los docentes. A la vez, de ellos se desprende cantidad de connotaciones que hacen reflexionar en muchos sentidos. Entender y reflexionar en la paradoja de que el «ser diferente es normal», lo cual debe ser respetado, valorado y comprendido como un recurso que ofrece la posibilidad de ampliar las oportunidades de aprendizaje. El docente debe mostrar el valor de saber escuchar y establecer empatía mediante la comunicación y confianza, fortaleciendo con ello la responsabilidad de los educandos y su autoestima como un valor agregado.

¿Algunos elementos del perfil del docente inclusivo?

Debido a los nuevos roles que el docente del siglo XXI tiene que desempeñar, deberá contar con competencias para ofrecer una

educación de calidad que atienda la diversidad. Para ello, deberá ser promotor de valores, innovador, emprendedor, empático, comunicador, afectivo, asertivo y participativo, entre otros elementos. De manera adicional, el docente deberá tener la visión para conectar su conocimiento a comunidades de aprendizaje, de colaboración e intercambio de experiencias, formadas por profesionales afines a sus temas de interés, y así aportar y rescatar de esas redes lo que le resulte de utilidad para llevarlo a práctica frente a sus estudiantes.

El reto de atender la diversidad por el docente y demás comunidad educativa tiene que ser visto como un proceso interminable, en el que en cualquier momento pueden presentarse nuevas necesidades que atender. Sin embargo, es necesario iniciar con ese cambio de actitud, con visualizar la atención a la diversidad, no como un problema, sino como la oportunidad de superar un reto cuando se cuenta entre sus estudiantes con algunos que tienen necesidades educativas especiales. Ese paso que se dé cada día, por mínimo que sea, será importante en el proceso, principalmente en la satisfacción de haber aportado lo mejor en una profesión en la que se requiere un poco más que vocación, y en la que el docente, convertido en guía y facilitador, deberá cristalizar el valor de convertir el mundo de cada uno de sus estudiantes en algo significativo, de tal manera que el futuro cercano logren su independencia como seres humanos.

La educación se mama

Lázaro Armenta Armenta

La educación se mama, escuché en alguna ocasión y no lo comprendí bien. Ahora lo reflexiono. Cada generación es en parte imagen de sus antecesores. Puede ser en un andar positivo o negativo que violente o no la integridad personal o la de otros; no es un asunto de culpas o culpables, sino de culturas y creencias.

La violencia y su generación, los valores y la determinación de aplicarlos, la religiosidad y la política y otras situaciones que envuelven la humanidad, no se sitúan en el sujeto como individuo único; más bien, se desprenden de actos vividos o de las formas de entender lo existencial y la necesidad de conservar dicha existencia, es decir, son parte fundamental de los grupos sociales en su vida histórica y cotidiana.

En este artículo se pretende hacer un análisis del concepto *valores,* entendido como aquello relativo a virtudes que los sujetos aplican en el diario vivir, consecuencia de actos en pro del ser, de la naturaleza, de la comunidad y la humanidad, así como a la lucha eterna y emergente en cuanto a lo que se genera en la vida cotidiana con las manifestaciones contrarias a las que dan paz y certidumbre a la convivencia pacífica; no obstante, situarlo en un contexto o en una demarcación específica, como es la escolar, limita a hablar sólo lo que en los centros escolares se vive y promueve.

En este sentido, también abordaremos algo de la educación escolar, enfocada a llevar una reconceptualización, reorganización de esquemas y de influencia en el hogar, y a las realidades que viven los padres que, en muchas ocasiones, son o no lo más idóneas en cuanto a buenas prácticas en el ámbito educativo. Por ello, intitular este texto *La educación se mama* es aludir a una expresión que, de pronto, emerge en algunas personas para decir que la enseñanza en el hogar es origen y manifestación de las actitudes y personalidades del niño-sujeto en otros ámbitos.

Ahora bien, en una suerte de coerción entre la educación informal y la formal, atenderemos algunas cuestiones donde la escuela está en condiciones de generar, desde su trinchera, una forma pertinente y positiva de enseñar a *mamar* la educación desde el hogar, ello en un efecto *bumerang*. Es decir, el hogar envía a la escuela un tipo de hijo; la escuela tiene la posibilidad de moldear al alumno en valores como en aprendizajes y ésta dará a la sociedad sujetos con valores definidos; sociedad que, más tarde, entregará a las escuelas hijos y nietos que han *mamado* una mejor educación. Este párrafo permite reflexionar si a la escuela no le gusta lo que le llega a las aulas y si es necesario revisar qué es lo que le enviamos a la sociedad.

Por otra parte, paliar las consecuencias y formas de manifestación de la conducta «errónea» de los individuos han sido y serán

aspectos en constante lucha entre quienes se desviven por las buenas formas del convivir humano. Si bien tanto el hogar como la escuela son base en la formación de valores, la casa de los padres o tutores como primer espacio de aprendizaje en concordancia con la escuela deberían generar las buenas costumbres, hábitos y formación cívica para introducirse a la sociedad; después, y a la par, entran en juego las otras casas: la iglesia, la calle, la comunidad, los amigos o ciertos grupos de influencia, entre otros.

Entender la educación escolar como un valor no es proyectarnos hacia un espacio específico, con dirección, aulas y una infraestructura en particular. Mucho menos a una planta docente y administrativa con tales y cuales características. Sin embargo, el rol de la escuela es parte fundamental para la formación de sociedades, y colabora en la asimilación de valores universales, pues las prácticas generales y específicas que se dan en ella no sólo van más allá de un sentido formativo para el aprendizaje de contenidos curriculares, sino que también se promueve la formación general de los individuos para la vida en sociedad. Asimismo, el rol de la familia y de los contextos marca significativamente al ser. Por ello, ni la escuela o la familia constituyen con certeza la formación en buenos valores, pues al concebirlo así dejaríamos de lado el rol del individuo y de la capacidad de adherirse a formas y conductas diversas del grupo social o cultural al que pertenece.

La religión o el «Dios» en cualquiera de los hogares o iglesias es otro elemento que amalgama la formación del individuo y las relaciones personales, así como de las conductas y la manifestación de creencias situacionales que dan cuenta del bien o del mal. No obstante, la espiritualidad, o creencias religiosas, tampoco es garante de actos o valores positivos.

Hablar de formación en valores es, quizá, en un marco utópico, considerar que *todos* vamos a actuar bien, sin dañar a los otros y

respetar toda regla social, que ya no habrá violencia en contra de nadie; ni siquiera el famoso *bullying* volverá a mencionarse en las escuelas y, así, la convivencia escolar se proyectará a la vida cotidiana de la humanidad como *sociedades armoniosas*.

Sin embargo, a pesar de que las sociedades evolucionan, pareciera que sólo se modifican los estilos, las tecnologías, las modas, la infraestructura, pero no las manifestaciones conductuales, la violencia en cualquiera de sus manifestaciones, la venta, consumo o adicción a cualquier tipo de droga o alcohol. Es decir, que tener mayor conocimiento sobre las «cosas» no garantiza el abandono de la avaricia, la inconformidad, la apatía, la violencia.

La operación de programas institucionales, a través presupuestos federales o estatales para tratar asuntos relativos a los valores en la escuela, han dado paso para que los centros escolares aborden esos temas; con ello han emergido acciones que constituyen parte del quehacer escolar. Siendo este tipo de acciones remanentes que nos traen los tratados y acuerdos internacionales y que, a partir de líneas de acción, los gobiernos acatan para generar ambientes favorables a la convivencia.

Hay un sustento filosófico en rededor de los valores, aun cuando se han planteado infinidad de propuestas en el ámbito educativo, correctivas y formativas; es un continuo de discusiones al respecto. La humanidad prosigue su curso y los valores universales están y estarán en boga, siempre y cuando haya situaciones particulares que atender relativas al tema. No es casual que la Secretaría de Educación Pública instruya a su personal para que en los centros educativos se aborde dicho tema y, recientemente, defina como prioridad básica en los centros escolares la convivencia escolar.

No es fácil atentar críticamente en contra de las acciones que se plantean a favor de las buenas prácticas o, como se le denomina en el ámbito educativo, «la sana convivencia», mucho menos asumir

criticas propositivas, pues en ello está implicado todo un esquema formativo profesional de quien este artículo escribe. Sin embargo, hablar de valores es un *algo* tan ambivalente, pues, hasta el momento, no he encontrado niño o adolescente que realice un acto de violencia, o un hecho considerado moralmente como impropio ante ciertas miradas, que no sea el aprendizaje adquirido de la proyección o modelo de un adulto.

Difícilmente, un menor de edad tendría la iniciativa de asaltar un banco, usar droga, realizar un fraude institucional, si no tuviera el referente de otras tantas situaciones en que los adultos nos vemos inmiscuidos. Por ello, en ocasiones es difícil concebir espacios libres de violencia en cualquiera de sus manifestaciones.

La escuela, para muchos considerada como la segunda casa, ofrece una formación psicopedagógica y socializadora que el hogar no puede satisfacer, puesto que a ella ingresa una diversidad de personas con características particulares: creencias, actitudes, condiciones económicas, físicas e intelectuales, entre otras, que la hacen única y por tanto diferente. Ese coincidir en un espacio en particular, al igual que en el hogar, también forja actitudes y valores para el desempeño social.

Un «México en paz» es una categoría que encontramos como una de las cinco metas nacionales en el *Plan Nacional de Desarrollo (2013-2018)*. Esa meta invita a que se cuente con una Educación de Calidad, donde se considere como fundamental la enseñanza de los valores éticos universales, el respeto a la cultura de la legalidad, a los derechos humanos, para que nuestro alumnado aprenda a mejorar la convivencia, a vivir juntos y a vivir con los demás. Y desencadena acciones que se reflejan en el *Programa Sectorial Educativo (2013-2018)*, en el *Plan Estatal de Desarrollo (2011-2016)* y en el *Programa Sectorial (2011-2016) de Educación para el Estado de Sinaloa*.

Las líneas de acción, que si bien obedecen a políticas internacionales, son una lucha que abona a lo que históricamente la actitud de ciertos grupos radicales ha generado desde las luchas de poder, sean políticas o económicas. Hablar de un buen gobierno, de un posicionamiento económico global del país, etcétera, son expresiones que parecen bonitas, pero, aun así, no hay que olvidar que en éstas se da el ejercicio de la violencia simbólica. En este sentido,

> La violencia simbólica es esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuándo sólo dispone para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento que comparte con él y que, al no ser más que la forma incorporada de la estructura de la relación de dominación, hacen que ésta se presente como natural...

Bajo lo anterior, la escuela, cuyo objetivo es diverso, sirve de insumo para reproducir ideales y refuerzo del posicionamiento institucional hacia sus discípulos, en tanto la influencia de lo que se propone como contenido curricular a lo largo de la vida escolar es el referente de lo que se pretende para la sociedad y el país. En este sentido, lograr significaciones legitimadas por la sociedad permite dar un peso a la institución escolar. Partiendo de allí, es de considerar que si la educación, vía la escuela, tuviese un currículo oculto bien intencionado, la vida en sociedad fuese mejor, y éste no es un asunto menor, ya que mucho tiene que ver lo que como masa social percibimos y asumimos como real, sin llegar a ver el amplio panorama que podría abrirse con la formación de esquemas distintos a los actuales y que, en algunas naciones de primer mundo, su intención fija otros objetivos que se reflejan en las condiciones de vida y la economía.

Los valores en la educación son parte de una asignatura siempre vigente en los planes de estudio; en sí, como currículo oculto de éstos. Aunque la formación en valores en la escuela no reparara el entramado de situaciones que se viven en la sociedad, sí es un *tema mediador* que busca prevenir que las problemáticas sociales sigan creciendo o lleguen a salirse de control; tan es así, que programas federales relativos a la inclusión y equidad, o estatales como el *Marco de Convivencia Escolar para la Educación Básica del Estado de Sinaloa,* entre otros, son referentes de presupuestos que buscan impulsar la escuela como generadora de respeto a las diferencias, así como la asunción de responsabilidades comprendidos como derechos y deberes de alumnas y alumnos, padres o tutores, docentes y personal de apoyo a la educación, además de directores.

Entender la formación de valores es vivir en la práctica de éstos y la escuela, recurrentemente, fomenta este tipo de situaciones. La convivencia sana y pacífica, los consejos técnicos escolares, el mantenimiento de la infraestructura escolar y de la flora escolar, el deporte, el manejo de las situaciones problemáticas, asumir reglas y normas para el respeto de la institución, de las personas y de uno mismo, son algunos de los ejemplos de las prácticas cotidianas que se fomentan por directores y docentes.

De igual manera, la escuela es un enlace con la familia al ejercer su competencia en la formación de niños y jóvenes que asumen su rol de estudiantes, en el momento de cumplir con los ejercicios que de ella emergen, tal como el cumplimiento formal de asistir a la escuela con uniforme, realizar trabajos extraescolares, asistir todos los días calendarizados por la Secretaría de Educación Pública, cuidar el orden social y respetar las reglamentaciones institucionales en el recorrido hogar escuela-escuela-hogar, fomentar en los hijos el respeto a los otros, cuidar y vigilar que no sean inducidos a

prácticas no honradas o en el uso de sustancias dañinas al cuerpo, etcétera.

Como vemos, no es sólo la escuela la que asume el rol de educar en valores. Es todo el sistema, desde los gobiernos (con sus ideologías y corrientes sociales e influencias globales) y el hogar (con sus ideologías y creencias idiosincráticas); es decir, es una amalgama de situaciones que permiten o limitan las manifestaciones personales y sociales que generan o complican las relaciones humanas.

Formamos parte de una sociedad heterogénea. Sin embargo, podemos aseverar que todos, o casi todos, diferenciamos aquellas cosas buenas de las malas. No obstante, las condiciones de vida personal o social nos llevan a ciertos patrones de vida que, en cierta medida, las llegamos a concebir como naturales o normales. Por ello es que la educación, como mediadora, y la escuela, como espacio de prácticas fundamentadas en valores, son espacios idóneos que, con objetivos claros y situados en una realidad social, en los que se puede lograr un cambio de esquemas y patrones, pues la escuela tiene como propósitos fundamentales generar condiciones, situaciones y espacios para fomentar en alumnos, padres y comunidades un cambio en sus prácticas sociales; en sí, en las aspiraciones que tenemos como personas individuales.

En conclusión, decir que *la educación se mama* es tener claro que, independientemente de lo que suceda en la escuela y en la calle, de lo que digan las políticas gubernamentales o prescriban las ideologías del entramado social y de otras áreas en las que se educa y aprende, el hogar es el primer espacio donde se adquiere educación, y mucho de lo que allí se aprenda será el reflejo de lo que afuera se ponga en práctica.

Por ello, es urgente que los gobiernos, por la vía más idónea que es la escuela, atienda la vida familiar para influir en ella con un dinamismo concreto, en la búsqueda de prácticas que muevan esquemas

de esta generación de familias de inicio del siglo actual; un siglo en el que se vive un *desorden social* que pareciera ser visto, ante la mirada legitimada de las masas, como algo «normal».

Referencias

<http://www.sepyc.gob.mx/documentacion/MARCODE%20CONVVIVENCIA%20ESCOLAR%20SINALOA%2021-04-2015.pdf>.
<http://biblioteca.puntoedu.edu.ar/bitstream/handle/2133/487/calderone%20-%20violencia%20simb%C3%B3lica%20en%20bourdieu_a1a.pdf?sequence=1>

Los valores de la tutoría docente en la escuela

Óscar Isaac Corral Arias

> Y uno va con esa plata encima para plasmarla
> en todas partes. Pero en Luvina no cuajó eso.
> Hice el experimento y se deshizo...
> Juan Rulfo

Las experiencias del inicio de muchos docentes se caracterizan casi siempre por el nervio, la incertidumbre y hasta la inseguridad al hacerse cargo de un grupo y, en ocasiones, hasta de una escuela. No es menor la responsabilidad que implica ser maestro.

En esos primeros años, los docentes novatos construyen y desarrollan su forma de trabajo, determinados valores, relaciones con sus pares, los alumnos, directores, padres, intendentes y demás. A menudo, estos docentes son «lanzados al ruedo» con las herramientas que les dejó su formación inicial: conocimientos, estrategias, actitudes, muchas expectativas sobre lo que significa su labor

e, incluso, cuestiones anteriores a la formación profesional, como son las creencias.

El acompañamiento a los docentes noveles, en los primeros años de servicio, juega un papel fundamental, ya que contribuye a configurar, de manera particular, la práctica profesional. Sin embargo, si nos detenemos a reflexionar sobre esto nos percatamos de que hasta hace poco era un tema al que no se le daba el lugar que merecía.

Los docentes noveles libran escenarios complicados por su inexperiencia, lo que los lleva a tomar, algunas veces, malas decisiones o cometer errores. Es parte del aprendizaje. No obstante, es común que los docentes con experiencia o con años de servicio, que son quienes conocen la profesión y su ejercicio, no acompañen a los maestros noveles en esta importante etapa, mucho menos funjan como sus tutores.

Abundan las anécdotas de profesores que cuentan cómo, invadidos por la zozobra, emprendieron las diversas tareas del trabajo en el aula, la escuela y la comunidad. Las reuniones con padres, la entrega de calificaciones, hacerse cargo de los homenajes, ser el maestro de ceremonias en las comunidades, el llenado específico de documentos administrativos, entre otras situaciones, dan cuenta de que los docentes noveles muy pocas veces tienen un acercamiento *cooperativo* y profesional que los oriente para salir bien librados de esos momentos.

Aunque eso no supone que todos los casos hayan ocurridos así, vale la pena decir que ha habido docentes, los menos, que han acompañado de manera implícita, no sistemática, pero sí *solidaria*, a sus pares que apenas inician en el ejercicio. A veces éstos les sugieren a los profesores novatos determinadas formas de hacer las cosas, o bien les aconsejan cuáles actitudes asumir o cómo atender cierto tipo de situaciones, lo que estrecha el lazo de trabajo *colaborativo* entre el docente con experiencia y el novel.

Por tanto, es interesante observar la relación que se establece entre un docente experto y uno novato, así como los valores que confluyen en el proceso de tutoría. Además, conviene reflexionar sobre ese proceso a manera de catalizador de efectos positivos en la práctica y desarrollo profesional tanto del tutor como del tutorado.

Desde el marco normativo

Una de las cuestiones que refuerzan la necesidad de tener consideración sobre la tutoría, vista como un ejercicio que conlleva la práctica de diferentes valores, es que dicha actividad está contemplada en los cambios de la reforma educativa de 2013. Ésta no representa algo nuevo para el Sistema Educativo Nacional (SEN); sin embargo, el enfoque que tradicionalmente ha tenido se sitúa en establecer la relación docente-alumno. De manera que este ejercicio ha sido considerado, principalmente, para atender las necesidades y el rezago académico de alumnos de nivel medio superior. En el acuerdo 384, por el que se establece el nuevo Plan y Programas de Estudio para Educación Secundaria en 2006, es muy claro respecto a la dirección que se da como un apoyo más a los estudiantes. Se concibe como el acompañamiento del docente para que el estudiante desarrolle sus habilidades, conocimientos y actitudes hacia el estudio.

Pero los cambios emanados de la reforma educativa en 2013 contemplan, en el artículo 22 de la *Ley General del Servicio Profesional Docente* (LGSPD), un tipo de tutoría diferente a la que se había contemplado. Este último está dirigido a docentes de nuevo ingreso por un periodo de dos años, llamado de *inducción*. Tiene por objeto fortalecer las capacidades, conocimientos y competencias de estos maestros.

Todo esto tiene implicaciones en el sistema educativo, pues establece las bases para que los docentes noveles tengan un acompañamiento por otro docente experto y, de ese modo, se favorezca su inserción profesional. Asimismo, se promueve el reconocimiento a aquellos que por su preparación y experiencia puedan desempeñarse como tutores.

Definición en la escuela

El documento *Marco General para la Organización y Funcionamiento de la Tutoría en Educación Básica* para docentes de nuevo ingreso señala que

> La Tutoría deberá contribuir a la formación y buen desempeño de los Docentes y Técnicos Docente de nuevo ingreso, y en esa medida favorecer su permanencia en la función mediante la evaluación a que estarán sujetos en los primeros dos años. Adicionalmente, la Tutoría debe contribuir a una cultura de la evaluación en la escuela, que valore las prácticas de enseñanza y que mejore de esta manera los aprendizajes de los alumnos (Sep, 2014:10).

Hablar de tutoría, entonces, es hablar de la escuela y lo que allí acontece. Precisamente, eso constituye y da cuerpo a la relación entre un docente novel y uno experto, entre tutor y tutorado. Las dudas e incertidumbres que plantean apenas los primeros años de servicio docente son fuente potencial de aprendizaje. Por ello, la tutoría tiene como finalidad la escuela, los alumnos y el aprendizaje de éstos. Todas las situaciones que subyacen a la práctica diaria en ella, no sólo visto como un lugar de estricta instrucción, sino como un lugar de convivencia, donde alumnos, maestros y padres

se relacionan, hacen que adquiera un carácter de suma complejidad, pues en ella no sólo se concibe una finalidad, que es la del conocimiento, sino también la de saber convivir, saber ser y hacer, como lo apunta Delors (1996:91-103).

Escuela como espacio de trabajo, de conocimiento, sí, pero también de convivencia, de encuentro con el otro. Convergencia de pensamientos, formas distintas de valorar. En ella, los menores desarrollan valores, los ponen en práctica, y esto supone retos para los maestros porque son los encargados de orientar y mediar conflictos, promover actitudes que contribuyan a que los niños y niñas estimulen todas sus capacidades, a fortalecer en ellos el juicio crítico para tomar decisiones. En suma, estimular su conciencia.

El proceso de tutoría, como se señaló, si bien toma al docente de nuevo ingreso como sujeto de los esfuerzos por el tutor para que cumpla satisfactoriamente el periodo de inducción y lo que ello implica, no debe olvidarse que este momento demanda un continuo ejercicio analítico sobre lo que sucede en los planteles educativos, en las aulas y con los alumnos. Al mismo tiempo, exige la práctica de valores para que ello resulte significativo. Advertimos que hablar sobre valores en la escuela es un tema por demás amplio; no es el objetivo de este texto, pero sí escudriñar cuáles y cómo están presentes en el proceso de tutoría.

Desentrañando los valores en la tutoría

Si observamos la tutoría como un ejercicio en el que se inmiscuye la práctica de valores, veremos que la presencia de la dimensión axiológica contribuye de manera positiva a la consecución de los objetivos que plantea este proceso. Desde la definición del concepto, el

perfil que debe guardar el docente tutor, el contrato entre docente novel y experto, así como las funciones que ambos desempeñan.

Uno de los valores implicados entre docente experto (tutor)-docente novel (tutorado) en la tutoría es el de la *responsabilidad*. Al establecerse una relación de este tipo, cada uno asume un rol específico. En el inicio, abordamos cómo las experiencias en la escuela primaria en los primeros meses e, incluso, años de servicio de los docentes noveles, suelen acompañarse de dudas e incertidumbres sobre qué y cómo hacer y qué actitud asumir ante ello.

Pues bien, al establecerse el proceso de tutoría nos encontramos ante un ejercicio potencialmente positivo para el acompañamiento de situaciones que se le presentan a los docentes de nuevo ingreso y que pudieran definirse como complicadas o problemáticas. Tolentino, Rodríguez y Martínez, en un documento titulado «La mirada de los noveles: sus problemas y necesidades en contextos de vulnerabilidad» (2011:6-8), dan cuenta de la problemática que enfrentan maestros de nuevo ingreso en escuelas de difícil acceso o, bien de altos niveles de marginación social. Drogadicción, falta de motivación de los alumnos para ir a la escuela, inseguridad, relaciones complicadas con padres, la modalidad de trabajo multigrado, el deseo constante por el cambio de adscripción de los jóvenes maestros debido a las condiciones, entre otras circunstancias, dibujan un panorama complicado y el cual vuelve necesaria una intervención efectiva por el docente tutor, el maestro experto.

Es importante marcar la diferencia entre establecer un compromiso y ser responsable en cuanto al docente tutor. Un docente puede haber asumido el compromiso de ser el tutor de un maestro de nuevo ingreso; sin embargo, es su responsabilidad con la función la que podrá hacer efectiva la tutoría. La práctica de ese valor involucra al maestro experto para atender al novel y entonces cumplir con ese compromiso que significa ser tutor. En cuanto al novel, su

responsabilidad le permitirá tomar en cuenta las observaciones o recomendaciones que su tutor le haga a partir de la observación de su práctica; de otro modo, no descubrirá hasta qué grado puede llegar a mejorar su intervención.

Para ambos, la responsabilidad implica el cumplimiento de sus tareas. Tanto las que ejercerá el tutor –como observar, visitarlo, compartir experiencias, orientar–, así como las del tutorado, enmarcado en la atención de las observaciones realizadas a su práctica, la aplicación de las estrategias y recomendaciones sugeridas y la elaboración de los trabajos que le son solicitados por el tutor, entre otros.

Asumida la responsabilidad de la función en el proceso de tutoría, encontramos que al adentrarnos en elementos cada vez más específicos, la práctica de los valores también se vuelve específica. Esto se clarifica al abordar los atributos que debe poseer el tutor. En primer lugar, un maestro que asume el compromiso y la responsabilidad de ser tutor debe ser *accesible* para el docente novel. Además, tener la disposición para observar al joven maestro en su lugar de trabajo y ofrecer un trato fácil, es decir, ser *amable*. La amabilidad debe reflejarse en la relación profesional que se ofrece al tutorado, como señal de que hay disposición para ayudarle en su problemática.

Por otro lado, el tutor debe entender al maestro novel en cuanto a las situaciones y cómo las vive en la escuela. Debe ponerse en su lugar y comprender los problemas que quizá él, en calidad de docente experto, ya no experimente o sepa resolver con soltura. La empatía es un valor que favorece la comprensión del otro, del novel. Acaso para muchos maestros tutores los años en los que iniciaron fueron también como maestros inexpertos. Todos han pasado por esa etapa, pero ser empático, en este sentido, sugeriría orientaciones en la realidad que vive el docente novel.

Saber *escuchar* es otro de los atributos en los que se ponen en práctica los valores; en este caso, se podrían involucrar distintos

valores. Encontramos, por ejemplo, que saber escuchar implica ser *respetuoso* y *tolerante* con el otro, por lo que dice y piensa. Como docente experto, es importante estar atento con lo que el maestro novel comunica a partir de sus experiencias. El tutor pasa una parte mínima acompañando al novel; no obstante que cuenten con un docente tutor, el novel pasará gran parte de ese tiempo tomando decisiones sin alguien que le diga qué hacer a cada momento. Por tanto, si se construye una relación de tutoría basada en valores, el docente novel comunicará sus avances, problemas o cualquier otra circunstancia a su tutor y éste, por su parte, deberá tener tolerancia ante aquellas acciones en las que considere que no se procedió de la mejor forma. Al contrario de señalar negativamente, deberá sacar el mejor partido para una orientación adecuada. No saber escuchar con respeto y tolerancia lo que el joven maestro comparte es desestimar oportunidades valiosas para la reflexión y el mejoramiento de su práctica, además de fortalecer el vínculo entre tutor y tutorado.

Por su parte, la práctica de la *humildad,* como parte del proceso de tutoría, juega un papel muy importante. A manera de virtud, permite primero que el docente tutor se autorreconozca como un profesionista con limitaciones, defectos y necesidades. Si bien el perfil del tutor exige que tenga experiencia, posea amplio conocimiento didáctico, teórico y metodológico, eso no lo exenta de que se contemple como un sujeto en constante aprendizaje, saberse con capacidades que lo hacen un experto, pero que al mismo tiempo lo definen como alguien que no tiene todas las respuestas, que se equivoca y que es capaz de aprender permanentemente, incluso, de un maestro novel.

La tutoría se enfoca principalmente hacia el docente novel, a su acompañamiento, apoyo y orientación. Ello no significa que no pueda ser un proceso de aprendizaje mutuo. Asumir humildad para reconocer que también se puede aprender del maestro joven

dimensiona la tutoría como un ejercicio más complejo, completo e integral.

Entender las escuelas como instituciones de cambio constante impugna concepciones que preestablecen formas acotadas de intervención docente. Al contrario, al aceptar a las instituciones educativas como entidad de cambio compromete a asumir una postura de humildad en una época de incertidumbres, certezas efímeras y la permanente búsqueda de verdades.

A manera de colofón

La escuela, la tutoría y la práctica de los valores están íntimamente ligadas. Cuando esa relación no se estrecha, o se ausenta uno de otro, vemos que las prácticas educativas en las escuelas pueden traducirse en esfuerzos infructuosos.

En este texto apenas si se revisan algunos aspectos que buscan ser una mirada de los cambios y procesos en marcha sobre nuestro sistema educativo; al mismo tiempo, observar que la práctica de valores en esos procesos muchas veces está implícita. Hacer esto visible busca reconocer que están presentes también en ejercicios tan específicos como la tutoría entre maestros.

Ahora, por un momento, imaginemos ese panorama donde el vínculo entre escuela, tutoría y valores es exiguo, deficiente e inconexo. En primer lugar, seguiría el vacío del acompañamiento a maestros noveles. Las experiencias complicadas en el periodo de inserción profesional, sin el apoyo de docentes de excelencia, prestigio y probados en las aulas, continuarían en el vicio que ha sido hasta hace unos años. El proceso de adaptación de los noveles en las escuelas tendría que pasar, necesariamente, por el descubrimiento de nuevas situaciones no previstas en su formación inicial

como docentes y que, a la postre, redundaría en probables insatisfacciones profesionales y frustración.

Si la tutoría no se pone en el centro a la escuela, veríamos que el acompañamiento perdería de vista que los esfuerzos, tanto por el tutor como el tutorado, no incidirán en lo más importante, que es el aprendizaje de los alumnos. Las sugerencias y orientaciones podrían quedar fuera del contexto en donde se pretende que influyan, y el afán de mejora tendería a dispersarse.

En el caso de considerar la tutoría como un ejercicio en el que no se ponderan los valores, o su práctica no se necesita, veríamos cómo ni siquiera el proceso mismo podría existir, partiendo de la responsabilidad que conlleva asumir dicho compromiso. En ese panorama, se antoja más que complicado establecer una relación entre docente tutor y tutorado donde haya un vínculo cordial que permita a ambos profesionales un aprendizaje mutuo, basado en la comprensión del otro, del entendimiento recíproco, la cooperación y disposición para las orientaciones a la mejora.

Finalmente, advertimos los riesgos, pero también la oportunidad del cambio positivo y significativo en nuestras escuelas y maestros. La apuesta se halla en asumir decididamente un ejercicio profesional donde tutoría, escuela y valores sean parte inherente uno del otro, indisociables y complementarios, pero sólo concibiendo y efectuando con coherencia la tutoría de esta manera se podrá observar cómo la educación adquiere un carácter más integral y de mayor trascendencia.

Referencias

Delors, J. (1996). Los cuatro pilares de la educación. *La educación encierra un tesoro*. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI. Madrid, España: Santillana, Unesco.

SEP (2014). *Marco general para la organización y el funcionamiento de la asesoría técnico pedagógica temporal con funciones de tutoría para docentes y técnico docentes de nuevo ingreso a la educación básica*. México: Sep.

TOLENTINO, M. Rodríguez; E. Martínez (2011). La mirada de los noveles: sus problemas y necesidades en contextos de vulnerabilidad. *XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*. 7 al 11 de noviembre de 2011. Ciudad de México.

¡A ESOS MAESTROS HAY QUE FELICITAR!

María Teresa Villa Tafoya

Tanto se ha dicho que la familia es casi la única fuente para formar y fomentar valores que, pese a mi experiencia docente, muchas veces hasta yo misma lo he llegado a creer. Dicha creencia surge, seguramente, porque las primeras lecciones de lo bueno y lo malo las aprendí, en efecto, desde el seno familiar. Claro que me refiero a la época en que los padres aún tenían tiempo para inculcar valores a sus hijos en el entorno cariñoso del hogar. Sin embargo, esta creencia personal se matiza con el recuerdo de otras experiencias de vida adquiridas en mis años como alumna en la escuela primaria. En esos recuerdos se alza la figura del maestro como autoridad en el aula, quien nos inculcaba la obligación de hacer y presentar a diario las tareas, junto con la prohibición de decir «malas palabras» o pelear con nuestros compañeros.

Hoy, a muchos años de distancia y con un amplio trayecto pedagógico, considero que la familia y la escuela demandan las mismas cosas de antaño. Ambas requieren de niños honestos, puntuales, responsables, que sepan convivir y escuchar consejos; niños que además de ser respetuosos con sus mayores sean también solidarios con sus compañeros. Entonces, si las escuelas de ayer y las de hoy inculcan las mismas conductas y los mismos comportamientos a sus alumnos, ¿por qué parece tan difícil, y a veces peligroso, promover los valores en las escuelas?

La respuesta reside, quizá, en que hoy nos conformamos sólo con lo que podemos lograr y con lo que el contexto nos permite hacer; y aunque muchos padres y profesores deseen mejores comportamientos de sus hijos y de sus alumnos, pocos son los que se atreven a exigir, como antes, la obligación de esa conducta prescrita, como resultado de los valores que se enseñan y se aprenden en la escuela. Esto significa que el temor a las consecuencias ha limitado el poder de la institución educativa y la esencia formadora que la misma sociedad le ha conferido desde siempre.

Hoy la reforma educativa apuesta a fortalecer entre maestros y alumnos una relación armónica como individuos y como colectivo, de manera que se establezcan nuevas formas de convivir con respeto y tolerancia en la familia, en la escuela y la sociedad.

Para lograr esa convivencia armónica, debemos reconocer que aunque la promoción y la práctica de valores en el ámbito educativo sigue siendo tarea del educador, ésta se asume más como contenido curricular que como práctica formativa, ante el temor de enfrentar situaciones que pongan en peligro su trabajo y hasta su integridad física.

No obstante, es necesario señalar que ante el peso de la norma, ante las malas costumbres, frente a la desatención familiar y la interpretación equivocada de la ley, a la escuela en general y al docente

en particular no les quedan más que hacer lo que se pueda, lo que los lleva, en muchas ocasiones, a «dejar de hacer para no meterse en problemas».

Por fortuna, hay profesores que comprenden la necesidad de regresar a la escuela a su razón de ser como formadora de la sociedad. Profesores que reconocen que, más allá de los obstáculos, ellos y sus escuelas tienen un papel insustituible en la sociedad, como forjadores de las próximas y mejores generaciones. Maestros que, unas veces con el Don de la Palabra, en otras con el poder del ejemplo, pero siempre con la fuerza del amor a su profesión, generan y promueven condiciones adecuadas para el florecimiento de los valores entre los niños y los jóvenes a los que brindan educación.

¡Y a esos maestros hay que felicitar!

La importancia de una educación en valores

Irasema Serrano Alvarado

Todos sabemos la importancia de los valores en la sociedad, pues su ausencia a todos nos afecta. Y cuando la ausencia es tan grande como hoy lo es, se podría afirmar que atravesamos por una crisis que parece no detenerse.

Hablando de la familia, si en la educación que damos a nuestros hijos hubiese más amor, el mundo no estaría como hoy con narcotráfico, matanzas, balaceras, narcobloqueos, crimen organizado, secuestros, robos, hasta guerras y, por supuesto, los ya tan famosos grupos de autodefensa. Todos nos quejamos de la inseguridad de nuestro país, de las injusticias y robos que cometen nuestros gobernantes, sin pensar en que estos gobernantes y estos asesinos fueron educados por madres y padres que forman parte de nuestra sociedad y que fueron ellos quienes no inculcaron los valores necesarios

para hacer de sus hijos unos buenos ciudadanos y unas personas honorables.

Los padres, muchas veces por trabajo, problemas económicos, por estrés o por el simple hecho de no querer batallar y no saber ser padres, dejan de lado la educación de sus hijos. Otros piensan que pueden sustituir el amor con objetos materiales y hasta alegan que las escuelas son las responsables de la educación moral de sus hijos, sin darse cuenta de que los valores se obtienen en casa y se deben inculcar desde los primeros años de vida de los niños. Y si bien es cierto que nadie nace sabiendo ser padres, entonces hay que enseñar a los futuros padres, ya que ellos serán los responsables de educar e impartir esos valores.

Mucho se habla acerca de una educación en valores. Sin embargo, en el ambiente se refleja violencia, envidias, traiciones, quedando resumida dicha educación a una mera frase y nada más, ya que interiorizar un valor exige esfuerzo personal. Una persona sincera, amable, generosa, solidaria, estará en condiciones de vivir el valor de la amistad o del amor, y es aquí donde nos atrevemos a afirmar que no es la inteligencia la que falla, sino la falta de voluntad.

El amor, la responsabilidad, la confianza, el diálogo, la creatividad y el respeto son sólo algunos de los valores que deberían trabajarse, ya que a partir de éstos la persona canalizará todo desde un punto de vista diferente.

En la escuela, una mirada razonable pone en evidencia la naturaleza de que en las instituciones educativas anidan valores como el aprender, la verdad, la familia, la amistad, la formación, el compañerismo, la puntualidad, el deporte, el estudio, el respeto, el trabajo, el cariño, la sinceridad y la generosidad. Todos ellos, en la convivencia diaria, de la mano con los programas o principios educativos de cada centro educativo, favorecen que alumnos y docentes tengamos un encuentro frente con los valores. Por eso creo que la educación va

ligada a los valores; si la persona no tiene interiorizados esos valores, no servirá de nada la enseñanza, pues lo más importante en un aprendizaje, aparte de los conocimientos que muestran nuestra capacidad intelectual, son las enseñanzas para la vida cotidiana que nos ayudan a ser mejores personas, y para quienes dicen que no se pueden conseguir estos objetivos, o para quienes se preguntan qué importancia tiene la escuela para la enseñanza de los valores, qué hacemos los docentes al respecto, les sugiero que tomen conciencia del tiempo que pasan los alumnos en la escuela, de la relación entre el profesor y el alumno en la que tratamos de mantener una relación estrecha, en un ambiente armonioso y de mucho respeto, en donde el alumno exprese con libertad lo que siente y piensa.

En específico, en las aulas de preescolar transmitimos los valores entre juegos, cuentos, diálogos, canciones y títeres etcétera. Tratamos de conseguir el autocontrol, la autovaloración y la autoestima para que el niño se vaya formando mediante la asimilación de conductas, en el respeto, en la justicia y en cada uno de los valores de las virtudes.

Como docentes comprometidos con una verdadera educación, procuramos tener en cuenta que como padres y docentes somos el modelo a imitar de los niños, especialmente en los primeros años; por eso intentamos ser coherentes entre lo que decimos y lo que hacemos, pues como bien se dice «se educa con el ejemplo». Y si los profesores pensamos que los valores son el pilar y armonía de nuestra sociedad actual, entonces, con mayor razón, debemos practicarlos, conservarlos y fomentarlos en todo momento.

Yo, como profesora, como madre y como ser humano, quiero que lo que pasa a nuestro alrededor cambie. No me quiero quedar cruzada de brazos, viendo en mi televisor tantas tragedias, no quiero acostumbrarme a pensar que lo que es común por eso ya es normal.

Sigamos luchando por un mundo diferente, por una sociedad más sensata y, sobre todo, por un futuro más alentador. Detengámonos a reflexionar: ¿Qué son los valores para nosotros? ¿Cuáles forman parte de nuestras vidas? Y entonces empezaremos a ser personas comprometidas con sus ideales, valores, familias, profesiones y vidas personales.

Los valores son y serán siempre una guía que nos lleve por el camino correcto; así que trabajemos para reforzarlos, para transmitirlos y aplicarlos en cada día que Dios nos permita vivir.

Las escuelas de antes

Ary Yazaanya Martínez Gutiérrez

Un día le pregunté a mi padre: ¿Cómo era tu escuela cuando estabas pequeño? Me sorprendió su cara de risa y al verme sonrió y me dijo: «Hija, créeme, fue mucho muy diferente a lo que has vivido».

En viejas películas del Cine de Oro Mexicano se presenta una escuela que yo pensaba era de mentiras, simple ficción. Pero supe que eran de verdad cuando mi papá me contó su experiencia. Esto fue lo que me dijo:

> Cuando yo era pequeño, mi padre se despertaba muy temprano para ir a trabajar, mi madre nos hacía desayuno a mí y a mis siete hermanos. Era un desayuno completo, huevos estrellados, bien fritos, frijoles de la olla, tortillas recién hechas en el comal y, si queríamos, después de no haber dejado nada en el plato (porque mi mamá nos

educó diciéndonos que no había perros ni gatos, de modo que debíamos acabar con todo lo que había en el plato), podríamos tomar una pieza de pan [...] ¡qué mejor que una concha!, pero la tenía que compartir con alguno de mis hermanos porque no había para todos.

Esos días eran muy buenos. También hubo tiempos malos, donde los hermanos mayores no desayunaban para ceder su porción a los menores. Nos íbamos a la escuela de la colonia y llegábamos asoleados porque teníamos que llevar silla porque no alcanzaban las que estaban en el salón [...] la verdad era mejor, pues así me ponía cerca de la ventana para que me diera el viento que soplaba de afuera, pues de los abanicos que habían sólo uno funcionaba o, como en casi todas las escuelas, ni siquiera había luz eléctrica en las escuelas. Mi profesora Alicia era una mujer de edad madura, con un rostro de difícil sonrisa; la admiraba por esa forma tan impresionante de dar clases. Antes de que entrara al salón recuerdo haberla visto llegar por la puerta de la escuela y avisarle a mis compañeros que ¡ahí viene la maestra! Y cuando por fin terminaba ese camino empedrado para dar al salón y entraba al aula, se respiraba un ambiente de hostilidad y respeto que más bien lo sazonaba un poco de miedo. Sus primeras palabras eran: «Niños, buenos días». Cuando ella venía de buen humor se reflejaba en su mirada y en esas escasas caricias que nos peinaban en la mañana; después, si era el día lunes, cantaba una canción, se llamaba *Caracol,* y nos hacía formar la fila e ir a cantarle a la Bandera.

Los homenajes los hacíamos en el llamado *Campito*. Este pequeño terreno empedrado era el escenario de múltiples eventos escolares, en los que veíamos con sumo respeto los colores de la Bandera. Me acuerdo que era de conocimiento general y obligatorio que todos los alumnos supiéramos el significado de los colores de la Bandera.

Pero, particularmente, recuerdo una característica de la maestra Alicia. Portaba una larga tabla de madera en la mano; era un metro, ¡esa regla ¡gigantesca! Era el método de control de disciplina, pues quien no guardaba silencio o estuviera mal parado, tendría un pequeño recuerdo de cómo tener compostura durante la formación, pues ese metro viajaba del costado lateral de la maestra hasta las pantorrillas de mis compañeros, o bien en las palmas de mis manos, de modo que tratábamos de estar lo mejor portados para evitar cualquier castigo como éste.

Cuando era momento de que las clases comenzaran, mi maestra abordaba todos los temas con una seriedad única; era impresionante lo inteligente que era mi maestra, la seriedad con la que enseñaba el español, su ortografía intacta; jamás me animé a dudar de los conocimientos que aportaba a la clase. Mi mamá decía que era una falta de educación darle la contra a las palabras inmortales de mi maestra y que, de quedarme con duda, abordaríamos a papá cuando regresara de sembrar. En la hora de la aritmética teníamos que estar muy pendientes, pues si no contestábamos correctamente las tablas, con dureza de los anillos de sus lindos dedos nos daba uno de aquellos famosos *coños*.

También recuerdo su insistencia por la buena ortografía. Si escribíamos mal una palabra, teníamos que hacer una plana completa por los dos lados de esa palabra como pase para salir al recreo. Además de que cuando saliera de la escuela, mi mamá me preguntaría por qué mis hermanos no me vieron a la hora del recreo, tendría que decirle lo sucedido y ella me daría una tunda de nalgadas que se sumarían al castigo por parte de mi padre.

Debo decir que a mi padre y a mi madre los amo por sobre todas las cosas, y a mi maestra la estimé como si hubiera sido parte de mi familia, que los castigos que me imponían nunca causaron ira o coraje; los veía como consecuencias de mis actos que con los años comprendí con detenimiento.

Al paso del tiempo, con muchos esfuerzos, algunos lograban estudiar grados superiores. Muy pocos tenían esa dicha, pues había que dejar el rancho y venirse a la ciudad a vivir con los tíos y quedarnos aquí de lunes a viernes para el fin de semana regresar a nuestra casa.

Esa vida la vivieron muchas generaciones. Son personas que ahora ven con tristeza el cambio radical que ha tenido la escuela.

Antes, al maestro se le veía como una persona con mucha inteligencia, con amplio criterio y capaz de ser respetado igual que a un sacerdote; en nuestros días, no queda ni el recuerdo de esas expresiones de admiración.

Mi padre terminó con una frase: «Gracias a Dios los tiempos cambiaron y traté de darles a ustedes todo lo que carecí, y nunca las traté como lo hicieron conmigo».

Fue muy dulce escuchar esas palabras de mi padre, pero cuando se fue me quedé pensando en las normas urbanas que hasta la fecha no respeto: les hablo de tú a mis papás, no como acelgas ni espinacas porque simplemente no me gustan y escribo mal ciertas palabras. Y lo hago así porque no fui guiada ni obligada a reconocer y reparar mi falta y, por tal motivo, siguen presentes en mi vida. Sé que son ejemplos vagos, pero analicémoslo: ¿qué tan bueno es dar todo a los hijos, a pesar de su mala conducta, por el simple hecho de darle al niño «todo lo que no tuve»? Creo que ese ha sido el error de los padres en los últimos treinta años, pues yo no conozco a una persona de 40 o 50 años que haya ido con un psicólogo a curarse traumas por nalgadas

que le dio su papá cuando era niño. ¡Ojo! No estoy a favor de los golpes, pero sí a favor de prevenir consecuencias.

La falta de valores tiene una fuente matriz que nace en la desidia de los padres por no educar a sus hijos. No tiene la culpa la reforma, ni el maestro; nosotros como padres tenemos la responsabilidad de formar hombres y mujeres de bien. Si podemos darles privilegios materiales, ¡adelante!, pero el privilegio más grande son las palabras acompañadas de caricias fraternales que refrendan el amor y nos hace que no perdamos el cariño por las personas.

Necesitamos y debemos mejorar la visión del maestro ante la sociedad y entre nosotros mismos. En mi opinión, la educación debe empezar en casa y para ello la responsabilidad está, como dije, en nosotros los padres, crear conciencia al respetar a las personas sean o no conocidas. Ayudar al prójimo sin esperar nada a cambio no sólo es una frase, ¡es un objetivo de vida!

Es verdad que los padres tienen el papel principal, pero la escuela se convierte en la segunda casa y el maestro en el segundo padre, de tal modo que al catedrático le toca ser honesto, pues tiene la gran responsabilidad de dar un ejemplo único. Y con honestidad, me refiero a actuar con la verdad y no ser un maestro «de mentiras». Debemos trabajar para eliminar el término «maestro no preparado» y evitar pertenecer a ese grupo de trabajadores (porque no les puedo llamar maestros) que laboran en aulas sólo porque «le pasaron la plaza».

Seamos honestos con nosotros y preguntemos si esto es en realidad lo que deseamos hacer el resto de nuestras vidas. Si en realidad estamos comprometidos con nuestra profesión. Si es así, estudiemos y preparémonos para iniciar una vida docente plena y actualizada. Pero también seamos justos y demos oportunidad a esos practicantes que anhelan aprender y conocer técnicas de enseñanza, a esos jóvenes ilusionados que estudian para profesores y que

aparte de adquirir conocimientos necesitan practicar para convencerse de si esto es lo que en realidad quieren hacer toda su vida.

Los valores y la ontología escolar: ser alumno

Efraín Alemán García

Los elementos que intervienen en la formación de los valores son los contextos sociales, familiares, escolares, además del cultural; otro de los elementos de la formación de los valores son las interactividades, matizadas por los intereses y perspectivas personales derivadas de las empatías, sean simétricas o asimétricas; hay aún otro más, que denominamos el lenguaje, o lengua materna, que sirve como canal de transferencia del pensamiento. Conjugados los valores en los contextos, se hace la inculcación de los contenidos axiológicos a través de los mecanismos transmisores que distinguen cada uno de los contextos.

El contexto escolar es preferente para iniciar esta argumentación, con la aclaración de que se hace en función los otros contextos, tomándose éstos como marcos de contención o de propensión

a la acción, destacándose los valores de contenido cultural o, sea, los valores que definen una identidad genérica sostenida en el imaginario social.

El contenido de los valores está mediado por la crisis existencial que se vive. Esta crisis es el resultado de las relaciones de mercado mundial o, siendo precisos, de las relaciones internacionales del mercado capitalista occidental. La ideas de cambio, de innovación, de totalidad planetaria, de una región sin fronteras, de acentuar el consumismo, de la rapidez en la difusión de los hechos, de la generación de enormes volúmenes de información, tecnología y la velocidad con que se hace obsoleto y apócrifo todo, tienen como producto una concepción del mundo y la vida basada en el hedonismo, donde el hoy es para estar satisfechos, no importando los medios para lograrlo. «Hay momentos de la Historia en que la crisis axiológica estructurante del hombre queda manifiesta y salta a la vista de cualquiera. El nuestro es uno de los momentos indicados» (Fullat, 1995:14). Estas son las manifestaciones genéricas de la cultura y por ello es pertinente entender los combines que se estructuran en los escolares en el momento de la transposición de los valores.

Para continuar con la discusión, es oportuno señalar que la ontología es una parte o rama de la filosofía que estudia la naturaleza del ser, la existencia y la realidad, tratando de determinar las categorías fundamentales y las relaciones del «ser en cuanto ser» (DRAE).

El término engloba algunas cuestiones abstractas, como la existencia o no de determinadas entidades, lo que se puede decir que existe y lo que no, cuál es el significado del ser, etcétera. Las entidades a las que se alude para este análisis son las ideas e identidades que le dan singularidad al ser; en este caso, se alude al alumno.

El contexto escolar tiene un cuerpo doctrinario de índole axiológico; es sostenible que en algún momento se originan y se innovan

los valores. ¿Los valores son parte de la ontología estructurante del escolar? ¿Qué son los valores en el contexto escolar? Estas interrogantes son las que se tratan de fundamentar, además de postular que los valores son contenidos de aprendizaje.

Los estudios acerca de los contenidos de aprendizaje, según la tipología, son: factual, conceptual, procedimental y actitudinal. Se puede ver que hay mayor similitud en la forma de aprenderlos y, por consiguiente, de enseñarlos, por ser conceptos, hechos, métodos, procedimientos, actitudes, etc., que por estar adscritos a una u otra disciplina (Zabala Vidiella, 2000:38); desde esta perspectiva hay que considerar a los valores.

Entonces, los valores son contenidos de aprendizaje sustentados en el currículo, ya sea que estén claramente especificados o formen parte del currículo oculto, pero en todos los casos los valores, como contenidos, están ubicados en la tipología de los conocimientos actitudinales.

Sin embargo, hay unas condicionantes de la naturaleza y validez de los contenidos de aprendizaje; empero, el interés se centra en los contenidos actitudinales, con atención específicamente en los contenidos que representan los valores en la escuela.

Tabla 1. Hipótesis en el debate en torno al conocimiento escolar

Cuestiones de debate	Cuestiones relativas a la naturaleza de los tipos de conocimiento		Cuestiones relativas a la transformación de los tipos de conocimiento	
Posiciones o hipótesis básicas	1. ¿El conocimiento se construye de forma «general» o de forma «específica»?	2. ¿Existen diferencias entre los diversos tipos de conocimiento, según el contexto en que se construyen?	3. Es posible la transición de un tipo de conocimiento a otro?	4. ¿Es posible transferir el conocimiento elaborado en el contexto escolar al contexto cotidiano?

continúa tabla 1

1ª hipótesis de la compatibilidad (o del «sentido común»)	Se construyen conocimientos generales y conocimientos específicos	Hay compatibilidad entre conocimiento cotidiano y conocimiento científico	La sustitución de un conocimiento por otro no es necesaria. En todo caso, el cambio es suave	Sí, pues hay continuidad entre los diversos tipos de conocimiento
2ª hipótesis de la sustitución (o de la «superioridad del conocimiento científico»)	Se construye conocimiento específico por dominios (disciplinares)	Hay incompatibilidad entre conocimiento cotidiano y conocimiento científico	No es posible la transición. Es necesaria la sustitución del conocimiento cotidiano por el conocimiento científico (superior). Se necesita un cambio fuerte (mediante la instrucción)	Sí, y es necesario, pues la ciencia aporta una visión más compleja de los fenómenos complejos de la vida cotidiana

3ª hipótesis de la independencia (o de la «diversidad de registro»)	Se construyen conocimientos generales y conocimientos específicos, pero en contextos diferentes	Hay independencia entre el conocimiento cotidiano y el conocimiento científico	No es posible la sustitución. Pero tampoco es necesaria, pues pueden coexistir en el mismo individuo distintos tipos de conocimiento, dándose una «activación diferencial» de un tipo a otro según el contexto	No, pues cada tipo de conocimiento se aplica en su contexto
4ª Hipótesis del «enriquecimiento progresivo» del conocimiento (Proyecto IRES)	Se construyen «sistemas de ideas», que incluyen subsistemas de distinto grado de generalidad	Hay interacción entre los diversos tipos de conocimiento, así como evolución conjunta de los mismos	Es posible la transición. Es necesario el «enriquecimiento» del conocimiento cotidiano (con profundas transformaciones) hacia la meta de un pensamiento complejo	Sí, es conveniente, pues se puede aplicar a la realidad cotidiana un pensamiento y una acción más complejos. En todo caso, el propio conocimiento también puede llegar a ser en ocasiones complejo

Fuente: Reelaborado a partir de García Díaz, 1998. Citado por Antoni Zavala Vidiella, 2000.

Las hipótesis de la *compatibilidad* y el *enriquecimiento progresivo* del conocimiento son las que se van a considerar para sustentar la validez de los contenidos de los valores (tabla 1).

La primera hipótesis de la compatibilidad (o del sentido común). La compatibilidad denomina la cualidad de semejante. Compatible es tener aptitud o capacidad para estar o desarrollarse junto con otros. Posibilidad que tiene una cosa de existir, ocurrir o hacerse al mismo tiempo que otra o de manera conjunta. Entonces, la compatibilidad implica que algo o alguien confluyan de buena manera con otros y por tanto no se rechacen y convivan de manera armónica. Estas definiciones sirven para comprender que la compatibilidad de los conocimientos implica cercanía, un punto de afinidad, consecución entre dos elementos; entonces, se dice que un conocimiento es compatible con otro, en tanto hay aspectos que los cohesiona o los concatena.

- Se construyen conocimientos generales y conocimientos específicos. En los conocimientos generales se señalan valores comunes a todos los escolares y demás personas del contexto, mientras que los específicos corresponden a valores de carácter personal. En los valores generales están incluidos los que le dan razón de existencia social a la institución escolar. Los valores personales son una conjugación de valores que el escolar introyecta para construir una identidad que le dé sentido a la vida. Al reconocer todo esto se toma conciencia de que el sentido de la vida tiene que ver con asumir la responsabilidad de nuestra vida y lo que ocurre en ella, con convertirnos en creadores de nuestra vida, en lugar de ser simples observadores pasivos y que nos encontramos aquí para un propósito único, que sólo nosotros podemos realizar.
- Hay compatibilidad entre el conocimiento cotidiano y el conocimiento científico. Es un movimiento de acercamiento o de coincidencia; el

acercamiento es frecuente que se realice del conocimiento cotidiano hacia el conocimiento científico, en un proceso de aproximaciones sucesivas; un ejemplo es de lo sencillo a lo complejo. Los valores de responsabilidad, democracia, honestidad, etcétera. El movimiento de coincidencia es un proceso efímero para el escolar; sucede en el momento de toma de conciencia de un valor personal y un valor institucional. La sinceridad y el aprecio son dos ejemplos.

- La sustitución de un conocimiento por otro no es necesaria. En todo caso, el cambio es suave. El conocimiento avanza paulatinamente hacia uno de los puntos de contradicción; es común observar entre la justicia y lo injusto cómo el alumno inicia la formación de este valor en la escuela.
- La continuidad entre los diversos tipos de conocimiento. Sí, pues lo que hay es un encadenamiento de los conocimientos del valor no están totalmente opuestos y separados el conocimiento cotidiano; sirve de punto de partida hacia el conocimiento científico. El ejemplo es la colaboración, el respeto, la solidaridad, etcétera.

Análisis acerca de la naturaleza de los conocimientos

La naturaleza de los tipos de conocimientos está indexada a los contextos y, desde luego, a los matices culturales distintivos de cada uno.

Tabla 2. Los contextos y los tipos de conocimiento

CONTEXTOS	TIPOS DE CONOCIMIENTO		
	COTIDIANO	CIENTÍFICO	AXIOLÓGICO
Escuela	Convivencia, reglas del juego	Enseñanza de la lengua	Solidaridad, democracia
Familia	Qué es bueno y malo	Respeto	Conoce cómo actuar en diferentes sitios Responsabilidad, verdad
Iglesia	Noción de Dios	La omnipresencia	Dogma de la fe

En la tabla 2 se describen los contextos de la escuela, la familia y la iglesia, por ser los más cercanos a la generalidad del alumnado; también se desglosan los conocimientos, intentándose expresar algunos valores de manera compatible entre los valores cotidianos y los científicos con un desglose de éstos en los de tipo axiológico.

Resulta complicado separar con precisión los diferentes tipos de conocimiento; muchas veces, el mismo conocimiento, en este caso los valores, son los mismos para los contextos de actuación del alumno. Lo destacable sucede cuando el alumno, a partir de la inserción en los contextos, elabora el sentido de su vida. Este hecho se conjuga con la formación de valores personales, es decir, individuales.

El alumno, antes de llegar a la escuela, ha iniciado con la incorporación de contenidos valorales, basados en el sentido común. Ello le sirve para formarse el autoconcepto de sí mismo, los comienzos de los sentimientos de autoestima y seguridad de su ego. Esta transferencia de contenidos es un proceso que se construye en interacción con los adultos y mayores que él; de ellos aprende por

imitación y empatía con lo que modelan los demás, como ejemplos de aceptación, de rechazo o punición.

La elaboración de una percepción de lo que acontece en un contexto, además de la inserción personal en éste, es indispensable en una interacción con los otros, para conocer los intereses, formas de empatía e ir construyendo un concepto muy personal de identidad de acuerdo con los deseos y necesidades sentidas y las permitidas y aprobadas en el contexto.

La vida del alumnado está urgida de construir un sentido de su existencia, saber quién es, qué hace, a dónde va, etcétera.

El alumnado «crea sus normas» como una forma de preservar la libertad. Puede optar por hacer el bien o el mal, en la medida en que considere bueno o malo. En sí, las normas que el alumno construya para regir su vida son aquellas que él piensa que le permitirán alcanzar sus máximas aspiraciones.

El escolar se encuentra determinado en un sentido positivo: como constituido, conformado por «el otro». En esta relación se forman todos los valores que promueve la escuela; o sea, este es el contexto donde está la naturaleza de los contenidos actitudinales o valorales.

La cuarta hipótesis expresa el «enriquecimiento» progresivo del conocimiento. Este tipo de planteamiento se basa en la progresividad del conocimiento cuando se mueve de una de las partes de la contradicción hacia la otra parte; puede decirse de paso. Es el movimiento de un contenido de valor a otro contenido de valor, pero diferente al primero, el tránsito de lo desconocido a lo conocido. En valores, por ejemplo, el proceso que se sigue, en la conciencia del alumno, del egoísmo al altruismo.

- Se construyen «sistemas de ideas» que incluyen subsistemas de distinto grado de generalidad. La generalidad se sujeta a los contenidos

de aprendizaje. Son los puntos de coincidencia, la yuxtaposición y la subsidiaridad. El conocimiento ordenado por sistemas en relación con los valores se encuentra a partir de las virtudes cardinales: fortaleza, prudencia, justicia y templanza. Cada una de estas virtudes se compone de un conjunto de valores que son la razón de ser, denominadas virtudes del ser.

- Hay interacción entre los distintos tipos de conocimiento, así como evolución de los mismos. La interacción se define como la Influencia recíproca. Dícese de los fenómenos que reaccionan unos sobre otros (*Diccionario Larousse*, 2011:385). Para esta ocasión, el concepto se entiende como la influencia recíproca entre los conocimientos; primero se presupone que en los conocimientos cotidianos la influencia recae sobre éstos, luego en los conocimientos científicos existe esa influencia; segundo, la influencia se localiza entre el conocimiento cotidiano y el conocimiento científico. Los contenidos de los valores que se forman en la escuela se presentan de esta manera entre los valores personales, individuales y de sentido común. Existe una influencia, a su vez, entre los valores institucionales, curriculares, éticos y estéticos, etcétera. Está presente esta influencia de unos sobre otros, pero también entre los valores personales de sentidos comunes e institucionales la influencia persiste de forma recíproca.
- Es posible la transición. Es necesario el «enriquecimiento» del conocimiento cotidiano (con profundas transformaciones) hacia la meta de un pensamiento complejo. Se afirma el contexto de las transformaciones anteriores con el propósito de resaltar los cambios en los conocimientos cotidiano y científico. Las transformaciones del conocimiento cotidiano, para el asunto del alumnado, ocurren en las reconstrucciones de los contenidos de los valores, en tanto suceden cambios del conocimiento de sentido común o cotidiano; es de entenderse que hay una diferencia cualitativamente; transformado el conocimiento, por mínimo que sea, ya no es el mismo. Además,

los cambios y transformaciones no se detienen, sino que continúan, como se dice, en la teoría de la espiral que crece; se amplia y se hace más complejo cada vez que se mueve.

- Sí, y es conveniente, pues se puede aplicar a la realidad cotidiana un pensamiento y una acción más complejos. En todo caso, el conocimiento cotidiano también puede llegar a ser en ocasiones complejo. Aplicar a la realidad cotidiana un pensamiento y una acción más complejos. Este apotegma abre las posibilidades de una acción de intervención pedagógica en el contexto escolar para ser transpuesta a los demás contextos donde realiza el escolar la vida cotidiana.

Argumentación acerca de las transformaciones o cambios

Las transformaciones de los diferentes tipos de conocimientos se corresponden con el principio del movimiento continuo de los procesos o hechos; además, los cambios se conocen por la velocidad del acontecimiento. Los tipos de cambios son los continuos y los discontinuos. El enfoque continuo enfatiza los cambios cuantitativos; esto refiere los cambios en número y cantidad. El enfoque sobre los cambios discontinuos, denominados cualitativos, se dan con la aparición de nuevos fenómenos previsibles. Se trata de los cambios en calidad. Entonces, los cambios son transformaciones asociadas a la construcción del conocimiento de los escolares en los momentos formativos de valores a partir de los contenidos actitudinales en proceso de transformación.

Transformaciones de los conocimientos actitudinales de forma continua. La mayoría de los conocimientos construidos a partir de la vida cotidiana del contexto familiar y escolar adoptan esta característica de transformase en número y cantidad. Si el niño en la

familia aprende los que es bueno y malo, esto lo aplica en el contexto de la escuela y amplía su horizonte normativo.

Transformaciones de los conocimientos actitudinales de forma discontinua. Los cambios discontinuos, denominados cualitativos. El escolar procede a la construcción de una noción, de preferencia personal y de carácter empírico; luego, al ampliar más elementos del conocimiento forma preconceptos. Aquí el conocimiento es diferente. Se han incorporado nuevos elementos y al continuarse con las transformaciones el escolar vuelve a incorporar nuevos constructos de conocimientos y forma el concepto. En este punto, las transformaciones han llegado al conocimiento científico. Un ejemplo de estas transformaciones se observa en estos valores: la convivencia, la amistad y la solidaridad.

Finalmente, los valores formados en el contexto escolar inciden en la estructura del ser alumno; se entera qué hace en la escuela, cuáles son las acciones esperadas de él y sabe cómo responder ante las exigencias derivadas de los mecanismos escolares en pro de los contenidos de cada campo. El sentido de vida y los valores institucionales vienen a ser la esencia de cómo se viven los valores en la escuela.

Aprender del maestro

María del Pilar Valdez Pérez

Te veo parado ahí con tus libros bajo el brazo, bien cambiado y acicalado camino a tu trabajo, tu cabello engomado, peinado hacia atrás, camisa de vestir, chaleco a cuadros en color oscuro y el pantalón bien planchado; cuánta sabiduría guarda tu rostro, se respira en ti el saber, tu hablar pausado y correcto nos invita a ese lugar apacible e interesante: el mundo del conocimiento. Tus palabras brotan sin cesar y cada una enfatiza en nuestra mente, las cuales guardamos como preciado tesoro.

Cuánto tiempo invertiste en absorber el conocimiento bebiéndote las mieles de la sabiduría en cada libro que leíste, cuántas noches alumbrado sólo por una cachimba; desde pequeño, cambiaste juegos y diversión por lectura y conocimiento y desde entonces ya eras diferente, queriendo siempre saber más. Eres ejemplo a seguir, pues tu

dedicación y entusiasmo por transmitir tus conocimientos y la entrega como los compartes en el aula, tus charlas cuando nos hablas acerca de tu formación, nos invita a querer ser como tú.

Cuán diferente eres, maestro, de todos los demás, de aquellos que han pasado por nuestro camino y ni siquiera recordamos, maestros que sólo pasaban lista y repetían las lecciones macheteadas en los libros, sin agregar su sentir y comentar más a profundidad un tema, de esos maestros de los que yo no quiero ser.

Tu gusto por la lectura, escritura, poesía y teatro, nos habla de tu preparación y nos lo compartes en cada clase y puedo ver en tu rostro, cual niño entusiasmado, esa expresión en el momento de leernos alguna lectura o algún poema, preocupado siempre porque tengamos más conocimientos; tu invitación constante porque nos acerquemos a los eventos culturales nos habla de que eres un maestro en realidad comprometido con su profesión y que busca que tengamos mejor formación.

Tus charlas nos mantienen entretenidas y calladas tratando de captar tus consejos. Vas dejando huella en nuestra mente y corazón; queriendo seguir paso a paso todas tus recomendaciones, pasarán los años y siempre te recordaremos como el maestro diferente y del que queremos aprender y del que siempre con entusiasmo platicamos de ti cuando nos preguntan cómo va la escuela y del que aprendimos más.

La pasión de los docentes por compartir

Nadxiely Díaz Guzmán

Las leyendas dicen sobre los profesores que son anticuados, que no conocen el internet, que son flojos y poco preparados, pero ¿alguna vez se han preguntado qué dice una alumna de esos que son sus profesores?

Dice ¡gracias!

Con la piel erizada y con la mente un poco más, ensimismada en repeler la experiencia de sentirme como la copa medio vacía que hay que llenar, camino en dirección a la que será mi aula.

Ojos vivaces, escudriñadores de rostros con gestos que den señal de afinidad, me siento, acariciando una silla y una mesa receptoras de todas mis inquietudes y miedos, sin réplica alguna y con su estampado tejido azul que me brinda la oportunidad de un lugar importante en el espacio llamado salón de clases.

¿Qué pueden ofrecer profesores en unas clases a una mente oxidada, pero hambrienta?

¿Qué profesores pueden derribar las barreras acorazadas de una alumna preformada?

¿O acaso pueden infundir deseo y gusto por ser mejor dibujándose en mí cara de animé ante sus palabras?

¿Qué profesores? Los míos...

Quizá con la asistencia casi sonámbula y estas preguntas en el inconsciente, es que la mayoría de los alumnos nos iniciamos y continuamos con nuestra formación, en espera de toparnos con alguien que nos descubra o, mejor aún, nos guíe hacia el autodescubrimiento.

Esa alumna era yo. La alumna que hoy soy desea contribuir a resarcir, de todo corazón, la opacidad que lastima la educación, ya que hoy un giro inesperado ha presentado en las escuelas y lo que en ellas se genera, una clase de idolatría por los artilugios, cuyo uso lleva a que los alumnos y maestros en servicio muestren apatía, irresponsabilidad, ignorancia y, sobre todo, desdén por las tareas docentes y por la investigación para comprenderla y realizarla en armonía y correspondencia con lo que la sociedad y nuestros alumnos necesitan.

Pero he aquí que en la escuela descubrí algo que inflama mi pecho y me hace volver a creer que no sólo importan los números, que no sólo importa la memorización y escribir bonito, sino ¿sabes qué?, *sentir pasión*.

Pasión por querer que te escuchen, pasión por querer participar, pasión por escribir, pasión por querer mejorar y pasión por compartir.

En esta sintonía, hablar de valores no sólo es dar definiciones Larousse; es demostrar, desde lo más profundo de tu ser, que vales y

que vale la pena lo que haces y que hay que luchar para infundirlo en aquellos que te rodean.

Es así que ahora puedo decir que uno de los valores más poderosos que destacan en educación y que es necesario resaltar es el valor que tiene el profesor para romper con paradigmas arcaicos y venenos del sistema con el propósito de ofrecernos una educación en el ser y en el desear; una educación que aunque nos haga proclives a flaquear, nos aliente a ser independientes y a buscar o construir nuestros estilos y estrategias.

Hablo de profesores humanizados que, al compartir sus experiencias de triunfos y fracasos, así como los aprendizajes que conllevan, generan un grado de *empatía* que anima, impulsa y motiva a dejar de ser lo que somos y a ser mejores con el aprendizaje y la participación.

Hablo de la pasión del profesor que procura triunfos y no impresiones; que logra con palabras de aliento y de reproches sacudir a sus alumnos para que desaprendan y aprender.

Me refiero a la pasión del profesor que reconoce sus alcances y su ignorancia y te demuestra, con presencia de cuerpo y alma, que es bueno porque nos da una nueva oportunidad de conocer.

Hablo de profesores apasionados por su profesión que se dan tiempo de escuchar a sus alumnos y no sólo oírlos; que alimentan la autoestima al ver fortalezas donde nadie más, y te hacen sentir importante y valioso con base en tus cualidades y no a las de los demás; hablo de ese maestro que se esfuerza por no serlo.

Son profesores que logran que una alumna escriba. ¡*Cuánto quiero a mis profesores!*

La amistad en la escuela

Julio César Soto Moreno

Muchas somos las personas que tuvimos y tenemos la dicha de haber pertenecido y pertenecer a un mundo de valores celosamente protegido, que se encuentra entre las paredes de las aulas, los patios, las canchas deportivas, la plaza cívica, la tiendita escolar y de todo lo que forma parte de nuestra querida escuela. Ese lugar al que ingresamos a corta edad, con todo tipo de incertidumbres, sentimientos opuestos, alegrías y, algunas veces, muchos miedos, al saber que nos quedaríamos muchas horas dentro de ese mundo desconocido para nosotros. Pero una vez que vemos caras conocidas, como las de los vecinos del barrio donde nacimos, esos pensamientos desaparecen.

La escuela es nuestra segunda casa. Así la consideramos, ya que en nuestra niñez pasamos seis años de nuestras vidas en su regazo,

rodeados de conocimientos, de convivencias y experiencias; ese regazo que nos envuelve y guía en nuestro recorrido de crecimiento físico, moral y mental.

Es imposible olvidar los innumerables momentos de diversión, aprendizaje y frustración, que forjaron nuestro carácter y nos permitió ser lo que somos hoy día. Cada logro, por mínimo que fuera, quedaba grabado en la historia de nuestras vidas. Y en esos momentos la amistad fue muy importante. En el caso de los niños, ese partido de fut que se disputaba, cual batalla campal, donde no se daba tregua al contrincante, cada bando defendía su fortaleza con el alma y corazón y, justo cuando sonaba el timbre, se definía de una forma democrática: «el que mete gol, gana». No importaba si se iba perdiendo 10 goles a cero, ese gol representaba una victoria mundial, que se disfrutaba con regocijo y júbilo si lo metía el equipo que iba perdiendo. Nadie salía de pleito, ni había enojos, todos seguíamos siendo los mejores amigos.

En el caso de las niñas, los interminables juegos de las comiditas, donde compartían sus muñecas y donde cada una aportaba un ingrediente que pronto se transformaría en algo maravilloso. Podían ser flores, ramas pequeñas, piedritas y hojas y que, como por arte de magia y con una sazón que ni el chef más famoso del mundo igualaría, convertían esos elementos en las comidas más suculentas, que ellas degustaban de a mentiritas con sus muñecas.

Aquellos amigos con los que sabíamos que contábamos en las buenas, en las malas y en las peores, esos amigos que te cuidaban y que te echaban la mano; como cuando tu mamá no te daba permiso de salir y todos en bolita iban a suplicarle que te diera permiso de salir a jugar; amigos que le decían que si tenías que realizar algún quehacer en tu casa, ellos te ayudarían a hacerlo al terminar. Y lo hacían.

Ese o esos amigos del alma que siempre te acompañaban a todos lados, con los que compartías tus alegrías y tristezas y que, juntos, inventaban un mundo de fantasía, de superhéroes y heroínas, de castillos con caballeros, de dragones y una princesa a la cual salvar, y en el cual ellos o ellas eran los protagonistas principales. Era un mundo donde todo era posible, hasta olvidar el hambre, la pobreza, el dolor, los problemas; sólo bastaba tomarse de los hombros y darse un abrazo sincero para sentir la amistad que nos unía y que nos daba fuerzas para afrontar cualquier adversidad, dentro o fuera de la escuela. Una amistad que aportaría soportes y bases morales para ser mejores personas, al conocer y demostrar el valor de la amistad.

Por eso es que la amistad es uno de los mayores valores en la escuela. Un valor que, al practicarlo día con día, nos permite ser felices. Porque los amigos aportan felicidad a nuestras vidas. Eso repercute de manera positiva en nuestra forma de aprender, ya que necesitamos de la convivencia con los demás para aprender.

Saber que cuentas con amigos, te da seguridad y te permite crecer, desarrollarte y aprender de manera favorable. La amistad se convierte en un pilar en el mundo de valores, que es la escuela, ya que, al practicarla, se desprenden de ella otros valores, como la solidaridad, la unidad, el respeto, la igualdad, la confianza y la responsabilidad que, al unirse y llevarse a cabo, permiten que esos valores vividos en la amistad exalten las cuatro virtudes cardinales que a todos nos sirven de guía: la justicia, la templanza, la fortaleza y la prudencia.

El valor de la educación

Teresa de Jesús Rodríguez Uriarte

Yo no fui a preescolar porque mi familia era de escasos recursos. Era la mayor de cinco hermanos y provenía además de una familia disfuncional. Parecerá trillado, pero así fue y así empieza esta historia.

Después del abandono de mi padre, mi mamá se casó de nuevo y tuvo cuatro hijos con mi padrastro. Ambos, gracias a Dios, me criaron con cariño. Recuerdo que para completar el sustento diario mi madre vendía lencería de casa en casa, mientras yo me ocupaba de mis hermanos. Mi nuevo papá era taxista, a veces solía llegar temprano y a veces no. Deseábamos que mamá llegase pronto, pues siempre nos andaba de hambre y yo no sabía qué hacer con mis hermanitos pequeños. A su regreso, siempre traía las manos llenas, nos encontraba llorando de hambre y los frijoles que nos daba nos

sabían al manjar más codiciado de este mundo. Mi madre nos miraba con los ojitos brillosos de lágrimas y decía: «Coman hijos, coman hoy, que mañana Dios proveerá».

Aunque era muy pequeña, tenía que apoyar en los quehaceres de la casa. Ir a preescolar era un lujo que mis padres no pudieron darme y finalmente me inscribieron en la escuela primaria cercana a mi casa. Mi madre me compró, además de un lápiz, un cuaderno, una cajita de colores y una bolsa para mis libros. Esas de plástico, de colores brillantes que había en el mercado. Me sentía con mucha emoción, pues por fin iba a ir a la escuela.

Ya en el transcurso de los días de clase, un día me escogieron para un bailable y yo saltaba de gusto, pero al contárselo a mi papá, me dijo: «No, por mí no sales en eso, no tengo para el vestuario y ya sabes que nosotros no estamos para esas cosas». Lloré inconsolable y le rogaba a mi madre prometiéndole que le ayudaría a vender ropa y a cuidar a mis hermanos si me ayudaba. «Vamos a ver», decía ella, y con esa leve esperanza me dediqué a ensayar con ganas el dichoso bailable. Un día preguntó la maestra: «¿Quién tiene ya su traje del baile?» Todos levantaron la mano y me miraron; y yo como si nada, le dije: «Maestra, ya pronto mi mamá me lo va a mandar hacer». Ese día en casa me quise morir; lloré, *patalié*, pero no logré nada. Mis papás no tenían dinero para darme un gusto como ese. No participé en el bailable que tanto ensayé y que me había ilusionado.

Entre necesidades y falta de recursos para solventarlas, transcurrió la escuela primaria para mis hermanos y para mí. Yo no había podido cumplir mis sueños; la participación en comedias, cuentos y bailables estuvo siempre prohibida para mí. Por fortuna, uno de mis hermanos, a quien se le daba eso de la bailada y que ocupaba además menos vestuario, sí obtuvo el permiso de mis papás y pudo realizarse en el baile.

Contra todo lo vivido, pude entrar a la ETA, Escuela Tecnológica Agropecuaria. Asistíamos todo el día y nos daban una hora para comer. Yo sólo me rascaba la cabeza, pues por un lado el hambre me atormentaba y por otro me preocupaba no llegar a tiempo, pues vivía muy lejos y no me alcanzaba el tiempo para regresar. Con los veinticinco centavos que me daban para gastar, casi siempre me compraba un cucurucho de cacahuates y un chicle, sólo para eso alcanzaba. Una de mis compañeras se percató de mi situación y con el permiso de su mamá me invitó a comer al día siguiente y los días que yo quisiera. Ella vivía a unas calles de la secundaria. Le conté a mi madre y me aconsejó de los peligros y cómo debería comportarme para agradecer a esas personas que me brindaban su casa. La mamá de mi amiga atendía una tienda pequeña y no se daba tiempo para las cosas de la casa, por lo que nosotros hacíamos nuestra comida y hasta a ella le ofrecíamos. Yo procuraba ayudar a limpiar la cocina y la casa como agradecimiento y la señora se mostraba muy contenta conmigo por la ayudantía.

Aunque no todo fluía de maravilla en cuestión de los recursos económicos, nos adaptábamos a la situación, pero llegó el tiempo de los festivales, y otra vez la misma historia: «No, Teresa, no hay para los trajes». Sin embargo, la historia tenía otro final para mí. Cierto día, mi maestra Delia, de Educación Artística, me llamó a la Dirección y me pidió que mis padres acudieran al siguiente día sin falta. Con temor, comuniqué a mis papás lo del citatorio. Eso armó tremendo alboroto en casa. Mi madre me reclamaba que qué había hecho y mi padre alegaba que tendría que perder de trabajar y nadie le iba a reponer el tiempo. «Ni modo, mi maestra quiere que vayan conmigo; si no, no me dejarán entrar», sentencié.

A la mañana siguiente, el director nos dejó pasar a su oficina y comenzó a hablar: «Los hemos mandado llamar para lo siguiente; su hija, siempre que se le ha solicitado salir en eventos, no ha recibido

el permiso por diversas cuestiones, y como tenemos ya próximo un concurso de danza les solicitamos, de la manera más atenta, den su consentimiento para participar en él». Al oír eso, mi papá saltó enojadísimo: «¡para eso me hicieron venir, dejé de trabajar y ya saben que yo no tengo para esos gastos!»

El director le pidió que se calmara y nos explicó que sólo estaba solicitando el permiso y que la escuela se haría cargo del vestuario. Me quedé muda, eso fue para mí algo inolvidable y la única manera en que por fin pude participar en un bailable y en muchos más, pues la maestra Delia me prestaba sus zapatos de danza y los accesorios que ella misma conseguía. Yo ni en toda mi vida hubiese podido comprar esos vestuarios que pude lucir en mis años de secundaria, gracias a quien entonces creyó en mí.

Yo quería estudiar más, pero hasta ahí me quedé. Por los bajos recursos familiares, no pude inscribirme en la preparatoria. Así que tuve que conseguir trabajo en el mercado municipal de mi pueblo. Limpiaba tomates, cebollas, zanahorias y todo lo que se vende en esos puestos. Luego trabajé en una CONASUPO y luego conseguí una beca-trabajo para estudiar por medio de CONAFE; así me mandaron a trabajar hasta Tacuichamona, a un lugar llamado Las Habas.

¡Qué gran experiencia, dar clase a un grupo de niños de distintos grados! Mi primer pago lo tuve que ir a recoger hasta Cosalá. Lo recuerdo muy bien, porque con lo que me dieron le compré una camisa a cada uno de mis hermanos y una blusa para mi mamá. A mi padre y madre les llevé alimentos. Yo iba soñada con mi pago y ayudar un poco a mi familia. No continué con esa beca porque mis padres se separaron, y mamá necesitaba que le ayudase con mis hermanos mientras ella salía a trabajar.

En ese tiempo conocí el amor de mi vida, mi hoy esposo. Me casé y tuvimos tres hijos. Preocupada por el hogar, me olvidé de mis estudios. Mi esposo trabajaba en el ingenio de Costa Rica como

empleado eventual; unos días tenía trabajo y otros no. Quebró la empresa y tuvo que aprender otro oficio, así que como albañil se contrató en una compañía a la que iba y venía todos los días y sólo miraba a los niños dormidos antes de irse y dormidos cuando regresaba. Pero Dios es grande y hubo la oportunidad de mudarnos a Culiacán.

Allí empezamos una nueva vida, enfrentando muchos problemas económicos, pero saliendo adelante con el amor que nos unió y las ganas de salir de la pobreza. Solicitamos un crédito para una casa de una recámara y por fin pudimos tener nuestra casita. Nuestros primeros muebles fueron una estufa y con ella venía regalado un abanico de mesa; también compramos un refrigerador de una sola puerta y con él nos regalaron una mesa para dos personas. Teníamos un sillón que se hacía cama y para los niños un colchón.

Cuando la situación se nos puso más difícil y no había para pagar la casa ni para comer, decidí que yo tenía que salir a trabajar. Mi esposo se resistía, porque para él las mujeres nada más cuidan a los niños. Desafortunadamente, comprendió su error cuando tuvo un accidente grave. Fue entonces que pasó por su mente lo que sería de mí y de nuestros hijos si él faltase y yo, que no sabía ir a trabajar, qué haría para sacarlos adelante sola. Así, trabajé en las tiendas Ley y luego en la cocina del Panamá, hasta que la Secretaría de Educación me dio la oportunidad de trabajar de intendente en un jardín de niños, pero me tuve que ir a otro municipio.

Ese salto fue una completa locura, y lo más triste fue dejar a mis hijos y a mi esposo para irme a trabajar. No me los podía llevar, no conocía nada de esa vida, pero encontré personas muy buenas que me abrieron las puertas de su casa. Los domingos por la tarde o el lunes a las tres de la mañana me tenía que ir a Palos Verdes y los viernes me venía corriendo a Culiacán con mi familia. En una de esas vueltas, fue que quedé embarazada de mi tercera hija. Me sentí

tan contenta y tan llena de ilusiones. Estaba agradecida con la vida y con ganas renovadas de seguir luchando.

Pasó el tiempo, lleno de gustos y sinsabores. Sin embargo, sentía que algo me faltaba. Pasaron treinta años de esa vida, mis hijos crecieron y platicamos sobre mi superación; me apoyaron todos y fui a inscribirme a la preparatoria central de la UAS. Entonces empecé un reto más grande. Las dos primeras semanas, iba los sábados, desde las siete a las tres y media de la tarde. La última clase era Física Elemental, y le decía a mi profesor: «No le entiendo a la Física, ya no voy a volver a esta escuela, gracias por todo». El profesor me miró y frente a mis casi sesenta compañeros me dijo: «Seque esas lágrimas, le aseguro, y se lo digo aquí delante de sus compañeros, que usted será una de las pocas personas que se lograrán graduar en esta preparatoria».

De esos sesenta alumnos, nos graduamos sólo dieciocho. Sacamos 9.64 de promedio, y digo 'sacamos' porque fue con el apoyo de todos los que creyeron en mí. Pero ahí no quedó la cosa. Ya con mi certificado de preparatoria en mano, me di cuenta de que no podía conformarme con eso; necesitaba realizarme profesionalmente y para ello tenía que enfrentar otro reto. Así fue que me inscribí en la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa, hice mi examen Ceneval y ahora, en el cuarto semestre de mi Licenciatura en Educación Preescolar, me doy cuenta de que estoy haciendo lo que me gusta y hubiese querido hacer desde siempre, pues tengo la oportunidad de poner en práctica lo que he aprendido hasta hoy. Quiero ser una mejor persona, deseo terminar mi carrea y ejercer mi profesión. Quiero progresar en lo económico, pero también anhelo ser el orgullo de mi familia y estar mejor preparada para ayudarlos también a alcanzar sus metas. Hoy estoy más segura que nunca que lo conseguiré, gracias al apoyo que me han brindado las escuelas en las que he estudiado y a las instituciones educativas que me brindan un espacio para poner en la práctica los conocimientos pedagógicos que poseo.

Pensar para aprender

Tania Elizabeth Favela Navarro

Comenzaré por analizar la definición de pensar, de acuerdo con el diccionario: pensar es considerar un asunto con atención y detenimiento, especialmente para estudiarlo, comprenderlo, formarse una opinión sobre ello o tomar una decisión, tener ideas y representaciones de la realidad y así relacionar unas con otras.

Según Dewey, el pensamiento es una relación de lo que ya sabemos, lo que tenemos almacenado en nuestra memoria y lo que percibimos; lo que veo lo recuerdo y ahí estamos dando lugar al pensamiento.

Dewey basa este concepto en dos recursos: la curiosidad y las ideas espontáneas.

El conocimiento debe conducirnos a alguna meta, una acción o un resultado.

Cuando comparamos, equilibramos ideas y evaluamos, estamos teniendo un pensamiento reflexivo.

Si bien todo esto suena natural y sencillo, para muchos no lo es, y no porque no puedan comprenderlo, sino porque no quieren invertir un poco de tiempo y de esfuerzo mental para pensar en los conceptos y los significados de lo que los autores nos dicen en sus teorías; o en la reflexión de las actividades que realizamos para aprender o dejar de aprender el conocimiento pedagógico o educativo que ponemos en acción cuando educamos o cuando nos educan.

Hoy día, las evasivas para no pensar son el pan de cada día de los estudiantes. A lo largo de mi carrera como estudiante me he topado con un desfile de pretextos y situaciones que les sirven de excusas para no leer; por ejemplo, que les duele la cabeza, que les da sueño, que están cansados, que el docente los intimida, o simplemente se justifican con un «no entiendo», para ni siquiera completar la primera página de la lectura recomendada por el profesor.

Recuerdo una frase de Alexander Neill, quien pone las cartas sobre la mesa para explicarnos por qué nos parece tan difícil estudiar y aprender de manera significativa; Neill dice que «Cuando hacemos algo con interés, desaparece la sensación de esfuerzo», de lo cual deduzco que no hay aprendizaje difícil, sino falta de interés.

Y entonces pregunto: ¿en qué estamos centrando nuestra atención? ¿A que le estamos poniendo más empeño? ¿Qué asunto es más importante que prepararnos para la vida profesional y personal? Las respuestas saltan a la vista.

Hoy día, es muy común entrar a un salón de clases y observar que los enchufes en las paredes están ocupados con los teléfonos móviles y los alumnos están de pie haciendo uso de ellos; en otra esquina vemos al grupo de chicas maquillándose y peinándose; en otro rincón vemos a jóvenes jugando, o cuando el maestro imparte su clase los alumnos se toman *selfies* y mandan mensajes de texto.

En sus charlas podemos escuchar diversidad de temas: que si qué harán el fin de semana, que si el novio, que si la novia; en fin, hablan de todo, menos lo que en realidad importa cuando estamos en el lugar al que se supone asisten para aprender y desarrollar su cultura pedagógica.

La mayoría de los alumnos se resiste a pensar. Todo lo quieren fácil y a su modo. Enfocan su mente y su tiempo en asuntos que no les benefician en nada. Al contrario, les perjudican al distraerlos de su vida académica y social. No concentran su atención en lo que importa en su formación de futuros intelectuales de la educación.

Y con esto no digo que sea malo tener y disfrutar de las actividades recreativas de la vida social del entorno en el que vivimos. ¡Claro que debemos de disfrutarla! Pero pienso que para todo hay tiempo; el problema de muchos estudiantes es que, muchas veces, no sabemos administrar ese tiempo del que, como alumnos, disponemos.

Considero que para aprender hay que ejercitar a diario el pensamiento: primero, necesitamos un enfoque significativo de aprendizaje, trazarnos una meta para acercarnos a los conceptos y las realidades que nos aporten elementos para construir las bases de ese aprendizaje; no apartar nuestra atención del objetivo principal, que es identificar, reconceptualizar y resignificar esos elementos y realidades para aprender de ellas; y, luego, adaptar el conocimiento adquirido a las situaciones y retos que se nos presenten en nuestra vida escolar y en nuestro desempeño profesional.

Y les comparto un tip sencillo y efectivo para aprender: es un ejercicio que les recomiendo porque yo lo realizo y me da resultado y que no es otro más que practicar «la lectura comentada»; es decir, lean, subrayen y tomen notas de las ideas principales o de los conceptos que no comprendan y, luego, comenten y compartan esas ideas y conceptos con sus compañeros que también leyeron ese texto; y si pueden, platíquenlo también con sus profesores

y verán que al intercambiar opiniones y dudas se activará nuestra racionalidad reflexiva.

Considero, por supuesto que para pensar y aprender de manera significativa es de suma importancia la actitud que asuma el alumno ante la problemática educativa o la situación de aprendizaje en que sus profesores lo coloquen; porque, como lo dijo Neill, «cuando hacemos las cosas con la actitud correcta, nuestra perspectiva cambia y todo se nos facilita».

Podemos exponer diversos argumentos para 'justificar' la dispersión del pensamiento centrado en el aprendizaje, pero creo que ante la evidente falta de atención y de motivación estudiantil por el aprendizaje necesario se debe tomar en cuenta que cada quien es responsable de sus actos y de la consecuencia, negativa o positiva, que más tarde les acarreará estudiar o no estudiar con interés.

Si estudiamos con ganas de aprender y si comprendemos la necesidad de prepararnos profesionalmente para ser mejores maestros y mejores seres humanos, daremos un gran impulso a nuestra vida estudiantil, pues qué más fuente de motivación puede necesitar un estudiante para pensar y convencerse de la importancia de atender a sus maestros y estudiar con alegría para egresar de la UPES con las adecuadas herramientas conceptuales que le permitan colaborar y aportar su conocimiento en las áreas en que la sociedad demandará su participación.

De manera personal, mi motivación la encuentro en un versículo bíblico, 1 de Corintios 16:14, que aconseja que «Todas vuestras cosas sean hechas con amor». En ese sentido, yo me adapto y dedico mi trabajo a Dios; pero para quienes no profesen ninguna religión, lo pueden equiparar a pensar en ayudar a sus semejantes.

En ese tenor, una amiga me dijo: «la recompensa por hacer un buen trabajo es tener más trabajo». Eso es muy cierto, porque cuando haces las cosas bien eres digno de confianza, las oportunidades llueven y se nos abren puertas. Y de nosotros depende cuánta confianza y cuántas oportunidades deseamos obtener.

El cambio depende de ti

Jesús Joshio Lerwin Navejas Rodríguez

Entrar a la universidad es un gran cambio en la vida de cualquier estudiante, un cambio de los que pocas veces te ofrece la vida. Para algunos, tal vez sea sencillo acceder a las aulas universitarias aunque luego no terminen su carrera; para otros, nos resulta más difícil conseguir la inscripción que terminar los cuatro años de estudio; y a otros pocos se les facilitan las dos cosas: el acceso y terminar su carrera sin problemas. ¿Pero qué hay de los marginados por la sociedad, aquellos que sólo se quedaron en *veremos*? O, peor aún, ¿aquellos que ni siquiera iniciaron su educación básica por no tener dinero? ¿En dónde quedan esos niños y jóvenes que quieren estudiar, pero no pueden ni saben cómo acceder a las escuelas? A esos desamparados, ¿quién les ayuda a sobresalir?

Las historias de las antologías que leemos en las clases de los profesores en la universidad suelen ser diferentes a las historias que nos cuenta la vida real. Tal vez para unos estudiantes sea muy importante aprenderse de memoria ciertas teorías para responder preguntas y aprobar el examen y, así, obtener «buenos resultados». Para otros alumnos, en cambio, es prioritario ganarse el pan de cada día y empezar una nueva vida; una vida en la que quizá los libros salgan sobrando ante la imperiosa necesidad de trabajar y llevar el sustento a casa. Todo difiere, según la diversidad de jóvenes que van a la universidad, pues lo cierto es que muchos 'estudian' y tienen acceso a un montón de libros a los que les gusta ignorar; parece como si les gustara vivir en el exilio intelectual, sin ponerse a pensar que en esos libros hay mucho conocimiento a su disposición, pero es evidente que no les interesa esa parte cultural en lo absoluto.

Los libros tienen mucho que enseñar, ya que están hechos por autores a los que les apasiona leer y escribir libros, incluso los que nos exigen en las escuelas. Alguna vez pensé que se necesitaba un título profesional para ser alguien importante en la vida, pero ya veo que no todo es así; se requiere, con título o sin él, que practiques lo que mejor sabes hacer, insistir en lo que más te gusta, pulirlo y perfeccionarlo poco a poco, y listo, ya está.

A partir de ahí, comienzas a generar un nuevo estilo de vida y, apoyándote en libros de otros autores, aparecerá y se notará tu inteligencia y desarrollo cultural; pero eso no es suficiente, pues mientras te niegues a la transformación seguirás en la misma zona de confort en la que no conseguirás nada, absolutamente nada. El mundo cambia de manera constante y depende de ti si quieres cambiar con él.

Yo, por lo pronto, me esfuerzo en lo que puedo intervenir, aunque para los demás pase inadvertido el 80% de las ocasiones. No soy perfecto, ni tengo las respuestas a todas las inquietudes, pues

somos humanos, puestos a ensayo y error. El destino se escribe cada día y nosotros lo escribimos con hechos y no sólo con la tinta de las palabras. Caminar en la vida es un tránsito difícil, pues las cosas no suelen salir como se planean y hay que adecuarlas en el preciso instante en las que se presentan.

Yo, por lo pronto, he decidido ir hacia la montaña del conocimiento; regreso a la fuente del saber universitario con la clara intención de aprovechar todo lo que me ofrezca para prepararme y entender lo que el mundo tiene para nosotros. En las aulas universitarias hay académicos que saben y quieren aportar su conocimiento para impulsarnos al cambio de paradigmas conceptuales. Pero hay que tener muy claro que el cambio empieza por uno mismo, con el deseo de construir una vida nueva y el deseo ferviente de ayudar a quienes lo requieran en el entorno social y familiar que nos rodea.

El estigma de la estulticia

Antonio Kitaoka Vizcarra

El estigma de la estulticia empieza con la socialización primaria del hogar. Los padres, que son poco sensibles para percibir las etapas de maduración por las que va pasando el niño, se convierten en los primeros estigmatizadores de la estulticia. Frases como «tonto, no te fijas, otra vez derramaste la leche»; «no seas bobo, ve por dónde caminas», y muchas más, inician la inculcación en la conciencia del niño de una marca denigrante que lo etiquetará de por vida.

El segundo remarcamiento se da en la socialización secundaria, llamémosla escolarizada, porque tanto la socialización primaria y secundaria se dan en la sociedad; nada más que ésta última está más estructurada, más sistematizada y normada en sumo grado.

Es esta socialización escolarizada que referiré como reforzadora del Estigma de la Estulticia. La fraseología en la escuela guarda

cierta similitud con la del hogar: «no ponen atención, enanos mentales», «no sirven para nada, no tienen absolutamente nada que hacer aquí»; «puros tontos me tocaron este año». Los profesores, que tampoco reflexionan sobre los efectos que conlleva acrecentar y fomentar el estigma de la estulticia, muchas veces sucede que han sido víctimas también de dicho estigma; por eso, no lo reconocen o se resisten a reconocerlo, porque el dolor psicológico lo traen como una huella mnémica degradante.

Sin embargo, más perverso es ver este estigma como consustancial o natural al ser humano. Si algún alumno contradice a un profesor, aflora en éste el estigma de la estulticia; su encono se exacerba, pues le están dando en la insultante herida que no ha terminado de sanar. No es nada más que un alumno se esté atreviendo a desafiar la autoridad pedagógica, el prestigio sagrado del profesor, el intocable simbolismo social de los rituales institucionales; no, también le están removiendo ese inconsciente infantil en donde han quedado encerrados sus más tristes y bochornosos recuerdos de las marcas deplorables que le dejaron sus padres.

Mencioné que tanto padres como maestros son influidos por la sociedad; así es que una sociedad, jerarquizada y clasista como la nuestra, que continúa marcando con la marginación y la explotación a la mayoría de los ciudadanos que no pertenecen a los grupos que detentan el poder económico y simbólico, representa una triple fuerza simbólica, reforzadora del estigma de la estulticia y de la marginación social.

Bourdieu nos advierte de la influencia perversa del profesor como estigmatizador traumautizante, al denominar con calificativos peyorativos a los alumnos que no se someten a su autoridad pedagógica. El capital cultural que llevan a la escuela las clases sociales desfavorecidas repercute en su aprovechamiento escolar. Sí esto no es comprendido por los profesores y se burlan de ellos,

estarán reforzando en la escuela la desigualdad social; es más, harán creer que esta desigualdad social es una desigualdad natural, congénita a dichas clases sociales.

Lo peor es que los padres refuerzan con sus hijos estos estigmas traumatizantes de los profesores, marcando en el cuerpo y la mente de sus hijos la denigrante rotulación de incompetencia y fracaso. Bourdieu (2003) expresa un sueño tipo Luther King ante la impotencia de generar cambios en las escuelas y en las sociedades que reproducen la desigualdad social y cultural:

> Si yo fuera ministro, la primera recomendación que haría a los profesores sería: no hacer jamás juicios de valor sobre sus alumnos; ustedes no tienen derecho de emplear la palabra «idiota», ustedes no tienen derecho de emplear la palabra «estúpido», ustedes no tienen derecho de escribir en el margen «este razonamiento es imbécil», ustedes no tienen el derecho de decir «nulo»... Dicho de otro modo, ustedes deben excluir todos los juicios de valor que afectan a la persona. Ustedes podrían decir: «esta tarea no está bien», esta solución es falsa, pero no pueden decir: «eres nulo para matemáticas», «tú no estás dotado para las matemáticas» (p.161).

Algunas de las resistencias o barreras a la actual Reforma Integral de Educación Básica (RIEB) tienen que ver con la formación psico sociocultural, con la que ciertos profesores vienen cargando desde su infancia hasta la adultez. Nosotros no somos conscientes de este trauma infantil que está repercutiendo en nuestra personalidad adulta, pero sí hacemos visible este estigma de la estulticia que se manifiesta a través del complejo de «superioridad», bajo una máscara de omnisciencia del que todo lo sabe y de la creencia supina en que los demás son unos ignorantes, menos él. Veremos o reconoceremos en nosotros mismos que, por debajo de esa soberbia

intelectual, yace un verdadero complejo de inferioridad creado por este estigma abominable y antipedagógico que no debe reproducirse en nuestros alumnos ni en nuestros hijos.

No está por demás asumir una postura antropológica que profundice en el tipo de cultura en la que nacimos y nos movemos desde un largo periodo de inculcación pedagógica por nuestros padres, las instituciones y la sociedad, porque es la cultura la que determina nuestros valores, actitudes, comportamientos y normas que nos llevan a tomar decisiones en nuestro mundo cotidiano y seleccionar todo aquello que está social y culturalmente condicionado en nosotros, por ser un yo enclavado en circunstancias específicas que me constriñen e influyen en mí.

De tal manera que la educación continua o la formación de aprender durante toda la vida depende del tipo de cultura en la que está inmerso el magisterio. Si el profesor se mueve principalmente por intereses formativos, adelante; pero si lo mueve únicamente el pragmatismo económico de elevar el salario y lograr mejores puestos en el campo educativo, se vuelve un motivo extrínseco, convenenciero, cuya finalidad es la acumulación de puntos escalafonarios. Asistir a los cursos de capacitación y habilitación en las competencias de la RIEB para simular que está acoplado al modelo educativo en vigencia es característico de una cultura de la comodidad y de conformismo pragmático que no se orienta a un real cambio educativo; es por eso que el estigma de la estulticia, la soberbia intelectual y el mimetismo pragmático institucional son algunos de los factores psico socioculturales que deben analizarse en las investigaciones curriculares, con el fin de conocer el desfasaje que se da entre el currículum institucional o formal y el currículum real o vivido, valorando con aguda mirada crítica la presencia ideológica del currículum oculto.

La evaluación como inculcadora del *habitus academicus*

Aprender un lenguaje para contestar exámenes depende de las ganancias o sanciones que habremos de recibir. Nunca aprendemos el lenguaje sin aprender al mismo tiempo sus condiciones de aceptabilidad. Aprendemos de manera inseparable a hablar y evaluar por anticipado el precio o calificación que recibirá nuestro lenguaje.

> Si ha contestado el examen de acuerdo a la forma comercial del mercado escolar, resulta un éxito, ya que los alumnos implícitamente conocen los valores del mercado escolar, tienen una visión anticipada de las posibilidades de recompensa o del castigo que merece tal o cual tipo de lenguaje (Bourdieu, 1984:122).

Cada profesor, en esta situación escolar, impone las leyes del mercado escolar. Él determina quién es competente o incompetente. El profesor se acoge a la comodidad del mercado escolar, estableciendo los espacios y tiempos escolares que ya estaban ahí cuando él llegó. El timbre, las sillas, la tarima, la distancia, la pose, el tono y la actitud que lo distinguen de los alumnos fueron retomados por él, aunque sólo los adecuó a su forma de ser, pero la simbología institucional del poder lo subyuga, lo condiciona, consciente o inconscientemente, a un *habitus* académico al cual es partícipe también el alumno.

Es por eso que tanto el profesor y los alumnos, al llegar a ese espacio simbólico a cumplir con el ritual del examen, se transforman en sujetos que actúan según las reglas del mercado escolar establecido. El profesor produce un discurso legitimado que ordena los espacios, tiempos y personas, según su criterio, pero éste no se aleja de los patrones institucionales establecidos.

La liturgia del examen se acata, aunque no se entienda. Decir o subrayar en la prueba: «Retículo endoplásmico liso o rugoso» es la clave para acreditar la materia; no importa que no se entienda, es lo que está autorizado, y los alumnos saben que la repetición de esas palabras, frases y oraciones son parte de un contenido curricular legitimado que al usarlo los legitima a ellos. El profesor defiende estas reglas del juego simbólico del poder, pues él es el garante de que se cumplan.

Consecuentemente, permitir que el alumno hable o vaya al baño es facultad institucional del profesor, pues el poder que ejerce sobre los alumnos parece que proviene de él mismo, pero en esa autoridad «natural» esconde la verdadera fuerza simbólica del poder institucional, ya que sin ella los alumnos no le harían caso.

Ahora bien, queda claro que esto explica las conductas que propician el *habitus* académico, en donde la relación entre un emisor autorizado, el profesor, y un receptor, el alumno, dispuesto a recibir lo que aquel dice, constituyen esta relación asimétrica; ahí se ha interiorizado el discurso legítimo del profesor que impone su arbitrariedad cultural. Cuando esta inculcación no se da, se pone en crisis la autoridad pedagógica del profesor y de la institución; así, los alumnos que se levantan del examen y se van, no han interiorizado este tipo de *habitus* académico.

En fin, el discurso del profesor en los exámenes o clases es un lenguaje dominante que no se reconoce como tal, se oculta su doble fuerza simbólica y se le hace aparecer como natural; y así, los exámenes se presentan como lo que no son en realidad. Se hace creer que sirven para comprender los procesos formativos de los alumnos. Sin embargo, son parte de una situación escolar legitimada que enseña un lenguaje con el cual se habla para decir que no se dice lo que se dice; se desrealiza lo que se dice, ya que los alumnos lo dicen, no para comprender o cuestionar la realidad social, sino

para acreditar una materia, debido a que las preguntas de los exámenes les demandan que adopten un estilo de responder, de tal modo que la cuestión de la verdad o falsedad no surja nunca, pues su relación con el examen es una relación con un tipo de lenguaje y un tipo de respuesta que refleja una relación con el mundo totalmente desrealizada (Bourdieu, 1984).

Por tanto, bajo estas reglas del mercado escolar simbólico, no hay ningún discurso que tenga como franquicia la verdad. Conclusión, nuestra comunicación pedagógica no es neutral o natural, sino intencional, arbitraria y asimétrica. En consecuencia, los exámenes no se excluyen de este sesgo ideológico de la arbitrariedad interpretativa del profesor y de su código cultural, pues, como dice McLaren (1998:23), «El espacio de significado siempre es un espacio colonizado donde la necesidad ya ha sido inscrita mediante códigos culturales y el amplio campo de las relaciones políticas, económicas y sociales. Por tanto, el lenguaje puede utilizarse para enmarcar y legitimar diferentes interpretaciones del mundo».

Referencias

Bourdieu, P. (2003). *Capital cultural, escuela y espacio social.* México: Siglo XXI.

_____ (2002). *Pensamiento y acción.* Buenos Aires, Argentina: Zorzal.

_____ (1999). *Meditaciones pascalianas.* Barcelona, España: Anagrama.

_____ (1984). *Sociología y cultura.* México: Grijalbo.

Bourdieu, P, J.C. Chamboredon; J.C. Passeron (1981). *El oficio del sociólogo.* México: Siglo XXI.

Bourdieu, P.; J.C. (1981). *La reproducción. elementos para una teoría del sistema de enseñanza.* Barcelona, España: Laia.

McLaren, P. (1998). *Pedagogía, identidad y poder. Los educadores frente al multiculturalismo.* Rosario, Argentina: Homo Sapiens.

No les dejamos soñar

Maricela Campos Guardado

Hablar, pensar, escribir,
construir nuevos pensamientos
y otras formas de conocer.
Aprender algo nuevo, escuchar
nuevas opciones para vivir.
Compartir ideas y
maravillarnos ante la vida.

Educamos para domesticar, para manipular manos obreras sin pensamientos propios. Esa es la enseñanza de hoy. Se nos olvidó despertar al ser creativo, al maestro imaginario que construye grandes sueños en sus alumnos. Esos alumnos a los que no dejamos soñar.

Los padres también somos responsables de cancelar esos sueños al apresurarnos a resolver los problemas de nuestros hijos. Les damos lo que no tuvimos. Les enseñamos a tenerlo todo sin esfuerzo y abortamos su necesidad por aprender.

Sin embargo, aún podemos incidir en la formación de nuestros alumnos y acercarlos a nuevas lecturas para que abran sus mentes

a mundos que desconocen; mostrarles otras maneras de aprender a vivir en este mundo. Hay aún la posibilidad de andar el camino sin olvidarnos del otro, y de ayudarlo a crecer junto con nosotros. Y, al hacerlo, todos nos convertiremos en mejores personas.

Podemos recuperar la educación comunitaria para dar un sentido humanista a la tarea de enseñar. Educar el pensamiento para que nadie nos impida pensar de manera personal y actuar en colaboración participativa. Aún tenemos oportunidad para observar y construir soluciones a los problemas que nos presenta nuestra realidad. Pero hay que educar para dar respuestas de índole colectiva porque, aunque tengamos la capacidad para vivir de manera diferente, de crecer en diferentes tiempos y de recorrer distancias con diferente ritmo, lo que importa de verdad es que todos podamos llegar juntos a nuestras propias metas.

Ser diferentes nos hace maravillosos. ¿Y qué nos hace diferentes? Nuestra forma de pensar y de ver el mundo. Porque nuestras historias y nuestras necesidades serán siempre diferentes, al igual que nuestros valores y principios. El problema será, tal vez, que muchos de esos principios y valores nos han sido inculcados sin mucho fundamento humanitario.

Y yo creo que el paso de nuestra historia en esta vida es lo que nos hace ajustar los valores y principios. Y lo hacemos al aprender nuevas estrategias para crecer, al enfrentar ciertas necesidades y al cambiar nuestra forma de pensar.

Por eso es que debemos luchar por ser creativos, por impulsar la construcción de nuevos escenarios en los que todos juguemos a ganar, a perder y a crecer en el juego hasta lograr estar en paz con nosotros y con los demás.

Así debería ser la educación: una enseñanza completa para compartir sin hacernos sentir indispensables, pero si colaborativos. Enseñar así nos traerá paz, ya que al compartir historias personales y

saberes colectivos enriqueceremos el alma, crecerá nuestro ser interior y aprenderemos en colectivo.

Enseñar a compartir es importante porque hoy se nos educa para ser competitivos. Hoy se desea el poder y el reconocimiento social sin ver a quien se pisa en el ascenso; lo que importa es subir los peldaños para llegar más alto, sin tomar en cuenta los sentimientos y necesidades del otro que sube la escalera junto con nosotros.

No omitimos la importancia de prepararnos para vivir en un mundo competitivo, porque en ese mundo vivimos y porque a la mayoría nos han preparado para ser de esa manera; pero tenemos que empezar a empujar a un lado las cosas materiales y observar un poco más lo que hay en nosotros.

En esta visión humanista importa mucho encontrar la relación entre el deseo personal y el interés común para el crecimiento del ser interno; pero también encontrar la época y en contexto en que estamos educando a una generación que «todo lo sabe», a una generación a la que le cuesta mantener su atención en el aula o en el hogar; a jóvenes que desdeñan la tutoría de sus profesores y carecen de una guía paternal o maternal, porque sus padres trabajan y descuidan a sus hijos.

Y, en estas circunstancias, la tarea educativa nos presenta una disyuntiva: ¿cómo enseñar a una generación con diferentes prioridades, que se aburre de todo, con escaso interés por lo sustancial, una generación para la que el aprendizaje no es primordial y piensa que la escuela no es esencial para un crecimiento económico, personal y espiritual? ¿Cómo?

Y entonces nos planteamos la pregunta fundamental: ¿qué hicimos como padres, qué hacemos como educadores y qué haremos como sociedad para volver al rumbo de los sueños que tuvimos y de las realidades que soñamos?

El lugar más bonito

José Manuel Frías Sarmiento

El conocimiento

Haz de cuenta que no conoces el mundo si nunca fuiste a la escuela. Bueno, pues, no es que no lo conozcas, así, literal, sino, más bien, que no lo comprendes igual que si lo hubieras visto a través del saber que la escuela te propicia. A muchos, eso lo entiendo bien, la escuela y sus profesores les pasan como a mil leguas de distancia y a otros les golpea tan fuerte que ellos solitos se retiran y jamás vuelven a toparse con ellas ni de a mentiritas. Pero a otros, bien pocos ahora, la escuela nos parece el lugar más bonito que conocemos. Y deja tú lo bonito, lo agradable que nos sentimos en ella y el montón de cosas que aprendemos. Yo no sé a ti, pero a mí la escuela me ha

dado lo que tengo y lo que soy; y mira que ni siquiera me costó nada porque todo lo que me pidió lo hice con mucho gusto y harto placer.

No fueron edificios lujosos en los que estudié, ni tenían la tecnología que las escuelas de hoy tanto presumen para jalar alumnos y elevar la matrícula estudiantil. No teníamos albercas ni canchas deportivas con redes y tableros, ni clases de canto y mucho menos de ballet; pero, ¿saben una cosa? Sin nada de eso, a la escuela íbamos todos los plebes del rancho y en ella cantábamos, bailábamos, corríamos, declamábamos, actuábamos, saltábamos, competíamos y convivíamos a granel y sin distinción alguna. ¿Y, saben qué era lo más fregón de aquellas mis escuelas rurales? Pos que aprendíamos tanto que todavía no se me olvida lo que mis profesores me hicieron aprender. ¡Qué chilo!, ¿no?

Aquellas primeras escuelas de mi primaria eran como casas de ladrillo gordo con cercas de palos de Brasil que luego, ya cuando llegó el CAPFCE, se modernizaron en la construcción, pero la esencia permaneció en la palabra y los actos de mis profesores José Navia Hernández y Rosendo Noriega Valdez, en El Aguaje y en La Campana, respectivamente. Aunque hubo dos años que mi escuela fue una enramada con paredes y techo de matas silvestres, cortadas y armadas por los padres de seis plebes de rancho que se negaron a dejar la escuela nomás por no tener profesor ni un aula para estudiar. ¡Hubieran visto los dos largos tablones de madera que utilizábamos como banca y pupitre colectivo en los que aquellos seis muchachos escribíamos y sacábamos las cuentas que José Navia nos ponía cuando se daba una escapada de los grupos de Primero, Segundo y Tercero que atendía en la «escuela de verdad», de la cual habíamos «egresado» apenas el ciclo anterior, para cursar un Cuarto Grado «mostrenco» pero pleno de vitalidad y de ganas de aprender! Un Cuarto Grado sin libros de texto, sin programa ni reconocimiento oficial que, al año siguiente, se volvió Quinto, pero ya solamente

con dos alumnos: Jorge Valenzuela y José Manuel Frías Sarmiento. Si no fuera verdad, hasta sería chistoso ver a dos mocosos tercos en saber más del mundo contado por la Escuela; y a un profesor de rancho haciendo eco del anhelo por aprender brillando en la mirada de quienes, por nada del mundo, se querían bajar del barco que amenazaba naufragar en el vasto mar del conocimiento escolar.

La Escuela Rural Federal Naciones Unidas, como así se llamaba la primera escuela en la que estudié, era un título que me hacía pensar en muchas cosas ajenas al pequeño ranchito que, por aquel entonces, era El Aguaje; en mis infantiles razonamientos me atraía eso de *Rural Federal*, me hacía sentir como que estaba ligado a todo el país que, según nuestro libro de historia, era una República Federal. Más se desbordaba mi pensamiento al leer en la pared que nuestra escuela se llamaba Naciones Unidas; es decir, que no sólo estudiaba en una escuela que pertenecía a una federación educativa, sino que, además, era parte de una sociedad de Naciones Unidas por un propósito de paz y de colaboración mutua. Bueno, eso era lo que José Navia nos contaba en las clases de civismo y de historia. Claro que hablo de unas clases y de un profesor que, sin demerito alguno, podían llamarse así, con entera plenitud. Y de un chiquillo que, a la par, se esforzaba por ser digno alumno de tan excelente profesor. Tomen en cuenta, también, que era un plebillo que, con ojos y oídos sorprendidos, escuchaba a mi maestro leer fragmentos del *Cantar del Mío Cid Campeador*, y que desbordando su imaginación, anhelaba ser un 'buen vasallo para tan buen profesor'. Con Navia aprendí también un poema que aún guardo en mi memoria y que a mis alumnos de la UPES comparto para que lo asimilen como el *Vademecum Moral* de su futura y actual profesión docente; *Al Maestro*, se llama y es de Victoria Lara. Es una preciosa poesía que empieza

Obrero del saber yo te saludo,
atleta infatigable de la ciencia,
tú que formas del hombre la conciencia
y que le sirves de sostén y escudo...

Navia se lo trascribió a mi hermana Chelo para que ésta lo declamara en un Día del Maestro. Aunque toda la vida conservé los versos y las estrofas en mi memoria, años después los vine a encontrar en aquellas hojas del cuaderno *Polito*, en el que nuestro profesor lo trascribió con su propia mano, letra manuscrita le llamábamos cuando aún no se estilaba escribir con letra de molde en las escuelas; un tipo de letra que, dos años más tarde, José Frías Barraza, mi padre, le pediría al profesor Rosendo Noriega me exigiera escribir porque con la otra, la cursiva o manuscrita, nomás no se me entendía lo que quería decir. Debo reconocer que, hasta la fecha, de molde o manuscrita, mi escritura es un jeroglífico que ni el soldado ruso Yuri Knórosov sería capaz de interpretar, con todo y que, con enorme afán investigador, descifró el código fonético de los jeroglíficos de la civilización maya, animado por la lectura de la *Relación de las Cosas de Yucatán*, de fray Diego de Landa, y una edición de los *Códices Mayas*, mismas que según la historia, rescató de las llamas que devoraban a la Biblioteca Nacional de Berlín, ciudad devastada por los bombardeos y el ataque de las tropas del Ejército Rojo que, a sangre y fuego, tomaba la capital del Tercer Reich y ponía fin al horror de la Segunda Guerra Mundial, a finales de abril de 1945. ¡Íngatu, ya vieron hasta donde vine a parar con este asunto de la letra manuscrita! ¿Y ya vieron, también, por qué les digo que ir a la escuela es empezar a conocer el mundo? Si mis padres no me hubieran mandado a estudiar no habría interactuado con Navia, ni habría sabido jamás de Victoria Lara y de su loa poética al maestro; tampoco me habría enterado de las estelas criptográficas de los mayas,

ni de que un soldado ruso, que no sabía ni una méndiga palabra del idioma español, se interesara, en medio del fragor de la batalla más importante de su vida, y del mundo mismo, en unos libros que contaban la historia de la creación del mundo desde el punto de vista de un grupo étnico poseedor, en su tiempo, de una de las culturas más sólidas en el Continente Americano. Ni tampoco podría, ahora que a mi hermana Consuelo se le dificulta hablar con claridad, declamar los versos que a ella le escuché por primera vez en un par de estrofas que impulsan y enaltecen la tarea del maestro, cualquiera que éste fuere, pero que yo quiero pensar se refiere a los maestros de mis escuelas rurales, aquellos que me enseñaron el valor del camino del saber y de la cultura como una estrategia para aprender. Son dos estrofas, las últimas de las nueve que componen a este grandioso poema, que dicen:

¡Apóstol de la Patria, sigue ufano
tu preciosa labor; tal vez un día
verá con gratitud la Patria mía
el trabajo acabado por tu mano!
Y henchida de entusiasmo y de cariño,
consagrará un recuerdo a tu memoria,
un recuerdo grabado... No en la historia
sino en el corazón de cada niño.

Por eso les digo que quien no conoce a la escuela es como si no conociera una gran parte del mundo que sus libros y profesores nos cuentan a cada paso que damos en su interior. Pero caminar ese mundo escolar y atesorar *los valores* del conocimiento y del saber individual y colectivo requiere de un andar pausado, de una mirada observadora y de una mente que avizore más allá de lo que nos cuentan. Escuchar, leer, observar, pensar y razonar, son las veredas

y los atajos que nos llevan a la gran rúa del *saber axiológico* que la campiña escolar contiene para quienes osamos otear en su horizonte pedagógico y en su quehacer educativo. Un camino que andaremos y un horizonte que veremos sólo si tenemos verdaderas ganas de aprender y de servir a la comunidad estudiantil y a la sociedad en la que vivimos.

Los amigos

Haz de cuenta que no tuviste amigos si nunca fuiste a la escuela. Bueno, pues, no es que no lo hayas tenido, así, literal; sino, más bien, que no comprendes que la escuela es un espacio ideal para conocer gente y entablar amistades que, a veces, duran para toda la vida, por lo menos en el recuerdo; como yo, que no me olvido de mis profesores de primaria y de algunos amigos de mis diferentes épocas estudiantiles. En la escuela de El Aguaje, y más tarde en La Campana, conocí muchos amigos que no sabía que los tenía. Éramos raza del mismo rancho y corríamos por los arroyos y las orillas de los mismos canales de riego; pero en el patio de la escuela y en los mesabancos dúplex de aquellas escuelas rurales empecé a conocer el *valor de la amistad* y de la colaboración para acometer un sinfín de travesuras y entablar diálogos que, mucho después, en la secundaria y en la preparatoria, serían elementos fundamentales para conservar y ampliar el conocimiento al que mis profesores me aproximaban con sus disertaciones en clase, y con la lectura de los libros que nos indicaban. En la ETIC # 123, primero, y en la Preparatoria Central Diurna de la UAS, después, conocí a varios compañeros de secundaria y bachillerato que fueron grandes amigos en ese trayecto formativo. Luego, en profesional y en el posgrado, surgieron otros pocos con los que aún comparto espacios escolares, pero ahora en plan de

académicos formadores de docentes. ¡Qué cosas tiene la vida, verdad, pues de pronto y sin darte cuenta ya estás en una ruta de vida que no te saca de la escuela, sino que, más bien, te sumerge de cuerpo entero en ella! ¡Quién iba a suponer que aquel plebe que caminaba entre ocho y diez kilómetros diarios de ida hacia la escuela donde estudiaba el Sexto Grado, ahora sí en una «escuela de verdad», y otros tantos de vuelta a casa, ya cuando pardeaba la tarde o de plano se ocultaba el sol, se iba a convertir en un profesor de tiempo completo, primero en una y, más tarde, en otra Universidad de alto prestigio en Sinaloa! Vamos, ni siquiera don Felisardo habría sido capaz de vaticinar mi inmersión en esta profesión que, con todo y lo ninguneada que es en la actualidad, yo me honro, me felicito y agradezco a Dios por haberme colocado en el mero centro del huracán pedagógico.

Me gusta ser profesor, me apasiona leer literatura pedagógica y me llena de vitalidad estar en medio de los pensamientos y de las acciones de mis alumnos. Es un placer que no puedo pagar con dinero; por eso es que todos los días me entrego por completo a ser un profesor; quien sabe si lo consiga, pero la intención es esa. Dios y mis alumnos lo saben bien. Y con eso basta. No más. Pero también investigo y estudio para serlo; no me seduce el canto de las sirenas creyéndome investigador con lauros del SNI (que no lo soy y creo que ni lo seré), no fui tampoco jamás un académico con perfil PROMEP, ni tengo doctorados y, mucho menos, he ostentado alguna dirección institucional; siempre he sido y lo seré un Simple Profesor, tal y como lo escribiera en un ensayo de mi primer libro publicado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, cuando apenas daba mis pininos en este asunto de las publicaciones académicas y literarias. ¡Qué cosas, no, diría don Felisardo, aquel viejecito que ya casi ni miraba y que un día apareció en el rancho, así nomás de repente, al menos para mí que por aquel entonces era un chiquillo metiche

entre pláticas de los adultos! Con don Felisardo yo platicaba mucho, al igual que con Lore, Demencio, Lele y el compa Lupón. Y ese viejecito, que fue uno de mis mejores primeros amigos, dijo que un día yo sería gobernador de Sinaloa y que le daba mucho gusto platicar conmigo. Yo nomás lo escuchaba y le sonreía porque, tal vez desde entonces, anticipaba que jamás aceptaría ninguno de los puestos que más tarde me ofrecieron tanto en la UAS, como en la UPN y en la UPES. A lo mejor y el viejo zorro aquel me lo decía para vacunarme contra el virus del poder que a muchos hace perder el juicio, la decencia y las amistades que tanto nos cuesta mantener. Y no hablo de ser gobernador, sino de cargos menores que a muchos les sacan lo peor de su personalidad en cuanto sienten las mieles del poder en sus manos. Y es que los amigos son preciados, y quien los tenga que los cuide, pues el *valor de la amistad* prima por sobre muchos otros que son igual de valiosos pero que se derivan de ella. Por eso, tal vez, inspirado en el mensaje subliminal de mi viejo y sabio amigo don Felisardo, no acepto puestos de ninguna especie, tal vez para no perder las pocas amistades que en la escuela he logrado construir. Amistades que, cosa curiosa, pero también definitoria y explicativa, no se cuentan, la mayoría de ellas, entre los académicos de alto *pedigrí* institucional, sino más bien entre la raza operativa que saca la chamba día tras día, sin que casi nadie les reconozca su esfuerzo para engrandecer los recintos escolares en los cuales trabajamos; y lo hacen con la genuina alegría de servirle a la comunidad que nos confía sus anhelos de ser mejores a través de la educación de sus hijos, nuestros alumnos. ¡Qué chila esa gente, verdad!

De las escuelas han salido mis mejores amigos y con ellos he compartido la dicha de reír por nada y de sufrir por todo lo que detenga las ganas de aprender y de ser mejores personas, en la escuela y en la sociedad. Así mismo fue que aconteció cuando estudié Sexto Grado en La Campana. En esa escuela, Niños Héroes de

Chapultepec, vine a saber que había un concurso académico para seleccionar a un alumno que, junto con otros, casi llenamos un camión de pasajeros cuando fuimos a la Ciudad de México, como representación oficial de Sinaloa. Allá en el DF, le hubiera gustado verme a don Felisardo a quien, a mi regreso, le conté con pelos y señales todo lo que habíamos hecho, mirado y oído aquella tremenda expedición de plebes de todos los estados de la República Mexicana.

En ese primer viaje logrado por mis estudios en la escuela, sentí de verdad lo que significaba estudiar en una escuela federal, pues conviví con alumnos de Chiapas, Nuevo León, Jalisco y todos los demás que, con Sinaloa, forman la federación. Los conocimientos de Navia y de Rosendo comenzaban a tener visos de veracidad, y yo empezaba en comprender que estudiar era una puerta para saber y conocer sin salir del rancho en el que vivía. Aunque, más tarde, esos mismos estudios me llevarían a viajar por varias ciudades en otros concursos académicos y en actuaciones teatrales y torneos de oratoria, declamación y grupos de poesía coral. En ese primer viaje, conocí a Berumen, un morro güero y pecoso de Mazatlán al que, años después, lo encontré de líder sindical universitario, cuando ambos éramos profesores en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Ramón Berumen, quien muriera en un accidente de carretera entre Mazatlán y Culiacán, fue un gran amigo que ese primer viaje escolar trajo a mi vida en la escuela primaria. Por eso digo que si no vamos a la escuela es como si no encontráramos amigos. No de manera literal, como lo dije, pero sí es verdad que estudiar en una escuela nos llena de amistades. Las cuales debemos conservar, aunque pasen los años y tengamos o no el poder de mandar en las escuelas en las que antes estudiamos y nos hicimos las personas que ahora somos o queremos ser. Aunque yo prefiero seguir siendo un profesor. Así como soy. O un poquito mejor, si es que se pudiere.

Los valores

Haz de cuenta que no sabes qué son los valores si nunca fuiste a la escuela. Bueno, pues, no es que no sepas que son, así, literal, sino, más bien, que no comprendes que la escuela, por si no lo sabías, es un *Mundo lleno de Valores* a los que, desafortunadamente, mucha gente, dentro y fuera de los recintos escolares, no les damos el valor que se merecen. No los vemos, pero ahí están. No los sentimos, no los ejercemos ni siquiera a medias, pero los valores existen y se cuelan en los intersticios de los discursos escolares, entendidos éstos como palabra y acción en comunión; la vieja praxis, pues, de la que nos hablaban los profesores de filosofía, allá en las aulas y en el Auditorio Che Guevara de la Prepa Central de la Universidad Autónoma de Sinaloa; cuando la UAS era la UAS, y nosotros unos chamacos que apenas empezábamos a comprender el entorno axiológico de las acciones realizadas al interior de las escuelas.

Los valores empezaron a colarse en mi vida, a la par que crecía rodeado de cariño y mando familiar. Sí, señor, hablo de cuando los padres eran padres que se preocupaban por la educación de sus hijos y no todo se lo dejaban a la escuela. Ésta, tal y como debe ser, atendía la instrucción y el conocimiento escolar que nuestros padres no poseían, o no tenían tiempo de dárnoslo por andar en la siembra del maíz y del frijol, o en la pesca, allá por el Dique Mariquita y las compuertas de los kilómetros 46 y 48, en busca del alimento diario para toda la familia. Hablo de los tiempos aquellos en los que los hijos obedecíamos a los adultos, aunque no fueran parte de la familia. ¡Ahora, qué esperanzas que tal cosa suceda, verdad! Ahora ni a los padres, en muchas familias, los hijos ni las hijas ponen atención y, en el peor de los casos, son los progenitores quienes obedecen todos los caprichos de sus vástagos, con la pueril excusa de «ser amigos de sus hijos».

En El Aguaje, no creo que mis padres, don José y doña Rosa, hubieran hecho mucho caso a mis infantiles y caprichosas peticiones. Tampoco mi madre me hace mucho caso, ahora que ya pasa de los noventa años de edad esta viejecita que tengo, gracias a Dios, como mamá. Y es que no se trataba de que me hicieran caso, pues. Se trataba de que si quería que me compraran chocolates, me decían que no alcanzaba el dinero más que para comprar lo necesario para comer. Y yo podía llorar todo el santo día y no conseguiría el sabroso chocolate Tres Coronas, más amargo, y por eso más sabroso, que el lechoso Carlos V que, aunque más caro, todos preferían por ser más cremoso, decían. Tampoco me daban permiso para «ir al cine» los tres días seguidos que *los húngaros* se instalaban en el patio de nuestra casa, con lo cual teníamos derecho toda la familia a ir gratis a ver las películas que proyectaban en una sabanota que colgaban al fondo de la carpa, en la que la gente del rancho se arremolinaba para ver las películas de «trompadas, acción y misterio» que tanto nos emocionaban de pequeños.

Después de la indispensable media hora de música para bailar, *los húngaros* exhibían cortos de *tejanos* y películas de Pedro Infante y de El Santo, ante nuestros asombrados ojos de campiranos que no conocíamos más que los escasos dibujos que ilustraban los libros de texto que nos regalaban en la escuela en el inicio del ciclo escolar, pues en el rancho no había luz eléctrica ni, mucho menos, un televisor. Ya podía yo renegar todo el tiempo que duraba la función mientras oía los diálogos con toda claridad, acostado en el catre a escasos treinta metros de la carpa del cine, y mi padre no me dejaría ir a ver la misma película que un día antes ya había mirado. Que no tenía caso, me decía, desvelarme para ver lo mismo; aunque de todos modos me desvelaba, pues, pero bien disgustado porque no se me cumplían mis peticiones. ¡Y ahora, cuál padre se atreve a decirles a sus hijos que apaguen el televisor o dejen de wathsappear

y se duerman para que no amanezcan desvelados! Y si se los dijeran, ¿cuántos de ellos les obedecerían? Porque hoy en día está de moda mandar al diablo las órdenes de los padres, o de cualquier autoridad, incluidas, cómo no, la de los profesores, en una absurda idea de independencia de quienes les brindan cobijo, atención médica, alimentación, abrigo y educación, aderezados con un poco, poquito si se quiere, de cariño magisterial y de amor paternal.

Por eso digo, en aquellos tiempos, como bien lo dice mi amigo Lázaro Armenta, la educación *se mamaba en casa*; y en las escuelas, simplemente, se enseñaba a ser mejores ciudadanos, con mentes claras e ilustradas en los menesteres de la ciencia, la comunicación y el comportamiento social y familiar; muy en pañales esos saberes, es verdad, pero tan indispensables, que fueron y lo son aún, para mí, la piedra angular sobre la cual se apoya la perspectiva axiológica que orienta mis actitudes y valoraciones personales y profesionales.

Los padres de entonces nos educaban de verdad; y la metodología no variaba mucho de casa en casa y de rancho en rancho: nos advertían una vez y, si no hacíamos caso a la primera, los papás nos daban de cintarazos y las madres, tan lindas ellas, nos varejoneaban con ramas delgaditas y correosas de güinolo que nos dejaban tatuados unos verdugones, entre morados y verdosos, por lo menos una semana. O, discretamente, nos pellizcaban a placer y nos jalaban los pelillos de las patillas hasta casi arrancarnos la oreja de ese lado. ¡Qué tiernas eran nuestras madres, verdad! Y, sin embargo y a despecho de lo que dicen las psicoterapeutas de hoy, no siento ningún tipo de resentimiento contra doña Rosa y don José por las maneras tan «sutiles» con las que me educaron, y me hicieron que aprendiera de verdad los valores básicos universales para una sana y armónica convivencia, esa que ahora tanto se lucha en las escuelas por conseguir; tanto anhelan los profesores esta convivencia

que hasta suspenden clases y arman diplomados para entender de qué diablos se trata y cómo la pueden llevar a cabo, bajo estrictas normas disciplinarias que no saben cómo aplicar porque, tal vez, ni a sus propios hijos saben educar, allá en la intimidad de sus hogares. Mi apá y mi amá, como toda la raza del rancho, no supieron nunca de esos cursos y ya lo ven que sí supieron inculcarnos el respeto, la fraternidad y la colaboración para con los demás. Y hasta la fecha, ningún plebe de aquellos mis amigos, que yo sepa, han ido jamás con un psicoterapeuta para sanar las heridas emocionales que sus padres les causaron con su «bárbara» manera de educar. Ninguno, aunque varias amigas universitarias, y algunas hasta con posgrado, me repitan a cada suspiro de su agitada respiración, que todos, *absolutamente todos*, necesitamos un psicólogo. Y yo digo que tienen razón en decirlo, pues al fin y al cabo, todos tenemos derecho a buscar clientela pa' la chamba que agarramos para vivir. Pero que no me lo digan otra vez, si ya me lo dijeron como quinientas veces. Que apliquen la psicología inversa con ellas y dejen de dar lata a sus amigos, que no encuentran rencor para restregárselos en el alma a quienes nos brindaron la vida y nos educaron con el cariño y los elementos culturales que su contexto les permitió. Y yo digo que, a lo mejor, y fueron mejores que los de ahora, con todo y los actuales doctorados en constelaciones familiares y demás parafernalia psicológica que, lo siento mucho, no alcanzó de verdad a comprender. Ni modo, ya cuando no tenga qué hacer, buscaré el psicólogo que mis amigas dicen todos necesitamos; pero mientras, más vale que dicho psicólogo vaya buscando otra chambita pa' comer.

Los valores que circulaban por la escuela de mi rancho eran diversos, pero me gusta pensar en *el valor de estudiar,* aunque no entre, quizá, en el catálogo de valores éticos universales consignados en el Manual editado por SIVIVA para ilustrar a quienes trabajamos en las escuelas y que, pese a conocerlo, aún no conseguimos que

nuestros alumnos se comporten con la decencia y los valores que a los plebes aquellos, nuestros padres y nuestros profesores, nos hicieron conocer y nos obligaron a ejercitar hasta grabarlos en la conciencia para ya no olvidarlos jamás. ¡Ándele, pues, pa que vean que también en los ranchos había talento magisterial y prosapia axiomática! Y nos educaron sin diplomados ni monsergas actualizadoras con las que ahora nos evalúan para ver si somos idóneos. ¡Como si los valores requirieran ser evaluados! Ésos se sienten, se practican y ya. Los valores, mis amigos, se observan a simple vista en el actuar de las personas; y *el valor de enseñar* se debe apreciar, también, a simple vista y no a través de intrincados laberintos cibernéticos que ocultan la personalidad del ser humano en relación con los demás; que, al fin y al cabo, eso es la educación: la manera correcta y ordenada de relacionarse los unos con los otros para no lastimarse y sí, en cambio, protegerse mutuamente. Es como la fábula aquella de los puercoespines que en una época de intenso frío, se acercaban tanto unos a otros que se dañaban con las púas de sus espinas; y, entonces, se alejaban tanto, que no alcanzaban a prodigarse calor con sus cuerpos; hasta que, por fin, comprendieron que tenían que guardar cierta distancia para convivir en paz, sin dañarse para conservar la necesaria unidad que les permitiera sobrevivir al intenso frío que les calaba hasta los huesitos del alma, si es que ésta los tuviera. Pero, bueno, les decía que mi padre nos inculcó, eso sí, de buenas maneras, *el valor de estudiar*, pero estudiar de verdad y no nada más ir a la escuela para responder preguntas al profesor y llenar la boleta con nueves y dieces. Así que de un de repente, cualquier día, don José Frías se aparecía en la escuela, tal y como si fuere el Señor Inspector que, de vez en vez, iba a revisar el trabajo de los profesores asignados a su circunscripción escolar. Mi padre llegaba y, luego de los saludos de rigor, pedía permiso al profesor para constatar el aprendizaje de su hijo José Manuel, o sea yo,

pues. El profesor en turno le decía que yo era un buen alumno y que sabía todo lo que él me enseñaba; mi padre le respondía que le creía, pero que iba para comprobar personalmente si su hijo sabía lo necesario para atender la tienda de abarrotes que atendíamos en El Aguaje. Así que, con el permiso del mentor, mi padre me pasaba al pizarrón y frente a todos mis compañeros, y ante los azorados ojos de un profesor al que un padre tomaba por sorpresa al interesarse por la educación de su hijo, don José me planteaba el siguiente problema, por demás cotidiano en la vida de nuestra familia. Me decía: «A ver, Manuel, si estás en la tienda y te piden 50 centavos de azúcar, cuántos gramos le darás si el kilógramo cuesta un peso con ochenta centavos», 1.80 decía él. No me pregunten cómo es que resolvía ese problema, supongo que aplicando la *regla de tres simple*, aunque esto no lo puedo asegurar porque nunca fui muy diestro para cuestiones aritméticas o matemáticas. Ni lo soy aún. Luego me preguntaba sobre historia, geografía y civismo; porque aquí vale aclarar que don José Frías era un ciudadano responsable que, en los días patrios del calendario oficial, ponía a todo volumen el Himno Nacional Mexicano, en el tocadiscos RCA Víctor que le quedara después de haber dejado su vida de cinero ambulante. También izaba el Lábaro Nacional, al igual que lo hacían en nuestra escuela. Así es que, con el ejemplo de mi padre y con las enseñanzas de mis profesores, iba yo aprendiendo que los mexicanos tenemos *una historia llena de valores* dignos de recordar; valores que nos honran y nos distinguen de otros países que, a veces, nos han querido sojuzgar; por eso, tal vez, Francisco González Bocanegra escribió

Mas si osare un extraño enemigo
profanar con su planta tu suelo,
piensa ¡oh patria querida! que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.

Ahora que lo escribo, pienso que nuestro Himno en las escuelas se canta como a fuerzas y con desgano. En muchos Homenajes y en varios Lunes Cívicos, así como en inauguraciones y clausuras de Congresos, Simposios y demás actos de importancia educativa y cultural, el Himno Nacional se entona con voz casi inaudible, a pesar de haber cientos de personas cantando en un lugar cerrado y con acústica más o menos adecuada. Siempre me «da cosa», como dicen los plebes, saber que somos pura gente educada en las escuelas los que, frente a las más altas autoridades educativas y oficiales, nos resistimos a cantar a todo pulmón y con la enjundia con la que Jaime Nunó y González Bocanegra esperarían se cantara el himno que ambos legaron a nuestra nación. Sin embargo, y esto es una paradoja educativa, esa misma raza en las peleas de box y en los estadios de futbol saca fuerzas de flaqueza y hasta presume cuando canta las estrofas que del himno se sabe, que no son más de dos o tres, por lo regular. Y aquí es donde uno se pregunta, ¿por qué los valores patrios no se prodigan con tanta naturalidad en los recintos escolares y sí, en cambio, afloran en los encuentros deportivos? ¿Alguna influencia tendrán en esta situación las reglas y disposiciones institucionales, o será, acaso, que las autoridades de cada centro educativo en cuestión tienen cuota de responsabilidad en este desapego escolar al más alto símbolo de nuestra mexicanidad, encarnados en un sólo acto, como lo es entonar el Himno Nacional ante la majestuosa presencia del ondear de nuestra Bandera Mexicana?

La conciencia

Haz de cuenta que no tienes conciencia si es que nunca fuiste a la escuela. Bueno, pues, no es que no la tengas, así, literal, sino, más bien, que no comprendes lo que cuesta educar la conciencia de los que no

saben nada, cuando los demás no quieren ayudarte y sólo se contentan con criticar lo que, mal que bien, realizamos en las escuelas con amor, esfuerzo y dedicación.

A los políticos, sobre todo a los que tienen el poder, les da por decir, cuando la sociedad les reclama alguna negligencia o actos de corrupción, que no son las instituciones las que fallan, sino que las personas se apartan de los postulados que las sustentan; y, en este caso de la Escuela, debo admitir que tal vez tengan razón. Yo considero que la Escuela es una institución de gran nobleza social, que apoya a las personas en sus anhelos de superación individual y colectiva. Es una institución que contiene lo mejor de la cultura y del conocimiento que la humanidad quiere legar a las futuras y actuales generaciones, como lo son un sistema de comunicación, una fe para subsistir espiritualmente, reglas sociales para interactuar, legados jurídicos para autorregularse, basamentos científicos para desarrollar tecnología que le permita alimentarse, vestirse, mejorar su salud y alargar el periodo vital de su existencia en este mundo. Y, en el centro de todo esto, se erige un sutil cuerpo de valores éticos universales, emanados de virtudes cardinales, sin los cuales muy poco de este legado tendría sentido y utilidad. Y, enredada como anda con su propia pervivencia, la sociedad encarga la enorme responsabilidad de trasmitir, de acercar y enseñar a utilizar ese amplio bagaje intelectual y moral a un pequeño sector de los muchos que la integran.

Sí señor, por las razones que a ustedes se le antojen, a los profesores se les ha, no sólo confiado, sino exigido que hagan de todos nosotros personas humanas y consideradas, a la par que instruidas, inteligentes y patrióticas. Como diría una señora lavandera, ¿cómo la ve? Ahora resulta que un noventa y tanto por ciento de la población quiere que un raquítico por ciento asuma la titánica tarea de educar en valores, en ciencia y en tecnología, aderezada con

un sentido humanista, a la mayoría de niños y jóvenes a los que sus propios padres abdicaron ya de corregir y de enrumbar por el buen camino, inculcándoles la educación que hace un montón de años Emilio Durkheim dijera le correspondía a las generaciones adultas y no sólo al sector magisterial.

Y lo asombroso de todo esto, señoras y señores, es que la Escuela con estoicismo y alegría ha dicho que sí le entra de cuerpo entero a educarnos. ¡Qué tal, eh! Y, cuando uno pensaría que si la sociedad en su conjunto le saca al bulto de corregirnos, nadie más acometería tamaña proeza, resulta que un puñado de valientes, audaces y loables ciudadanos que se autonombran profesores y profesoras se plantan al frente del conglomerado social para decirnos cómo, por dónde y a qué horas, hay que asumir los valores y las acciones educativas que nos lleven por el camino que la patria necesita y la sociedad requiere con urgencia. Y éstos arrojados aventureros emprenden esta travesía, sin saber nada más que lo que los demás le habían enseñado, que por supuesto era bien poco, pues. Así que, sin tener dirección alguna, sin contar con instrumentos didácticos especializados, sin abrevar de un cuerpo teórico pedagógico, empezaron ellos solitos a escribir su propia pedagogía, hasta alcanzar niveles que jamás, creo yo, se imaginaron conseguir. ¡Ah, pues ahora que ya armaron todo un sistema educativo trazaron la ruta y pusieron las mojoneras escolares que indican los senderos y las autopistas por donde caminar, resulta que vienen unos que se creen más abusados que ellos a quererlos evaluar para ver qué tan bien están realizando su labor educativa. ¡Órale, pues, estos señores, sin haber intervenido en su formación o, habiendo intervenido, no lo hicieron muy bien, les quieren deshabilitar por no tener, según ellos, ni capacidad ni elementos teóricos para educar a las nuevas y presentes generaciones! ¡Ah, y el arrojo para enfrentar lo que los demás no se atrevieron a dónde lo mandaron! ¿Y aquellos pininos educativos

bajo enramadas de malva para educar a seis plebes mostrencos no tienen ningún valor educativo? ¿Y la valentía de enfrentar al *establishment* educativo para aceptarme como alumno de Sexto Grado, sin presentar boletas de Cuarto y de Quinto Grado, no significa un alto grado de humanismo social y educativo, más, pero mucho más importante que la cibernética acción de llenar pantallas computarizadas que le exigen responder preguntas en programas y plataformas en las cuales jamás se les ha capacitado? Porque resulta muy fácil decir que el pequeño porcentaje que se aventó el boleto de educarnos, ahora no sirve para hacerlo. ¡Señores, evaluadores, les pido unos minutos de reflexión y apelo a su *conciencia social* para que respondan nomás a estas preguntas: ¿A ustedes quién los educó? ¿A sus hijos quién los educa en estos momentos? Porque pudiere ser que ustedes y sus hijos hayan sido, o sean aún, alumnos de estos *No idóneos profesores*. Y, entonces, en un análisis de *conciencia social y educativa*, ¿renunciarían a los certificados y títulos que ostentan por ser producto de calificaciones emitidas por quienes, según ustedes mismos, evaluadores de esos profesores, no tienen capacidad para educarlos? ¡Ah, jijos, son preguntas difíciles, verdad! Más difícil, aún si, parodiando una vieja cuestión educativa, nos preguntamos, de verdad y con el corazón en la mano, ¿quién evalúa a estos evaluadores?

El lugar más bonito

Haz de cuenta que no conoces el lugar más bonito si nunca fuiste a la escuela. Bueno, pues, no es que no lo conozcas, así, literal, sino, más bien, que no comprendes el encanto de aprender en un lugar lleno de misterio y de verdad, acompañado de amigos que te muestran el *valor de su amistad* y de profesores que te prodigan el

valor del conocimiento científico, social y cultural. Porque la escuela, al mejor estilo de Carl R. Rogers, es un espacio académico en el cual un grupo de profesores, pero también un gran colectivo estudiantil, fungen como facilitadores del aprendizaje que, todos los días, se propicia a través de situaciones que ponen en relación a las mentes cognitivas de los alumnos con el contenido conceptual de los programas y planes de estudio escolar. Es decir que, si no has ido a la escuela, te has perdido la alegría de aprender en un fenomenal barullo de convivencia en el que, lo quieras o no, se desarrollan estrategias de socialización que difunden y afianzan los valores y las formas sociales de comportamiento entre los alumnos, profesores y personal administrativo que dan vida a las escuelas. Una vida escolar que sólo cobra sentido con la vitalidad y el empuje futurista de las generaciones jóvenes que llenan de contento y de sorpresa genuina los pasillos, las canchas, aulas y laboratorios de los espacios y escenarios escolares. Así que, aunque pongan esa carota de sorpresa, para mí *la Escuela es el lugar más bonito que conozco*. No sé cómo ustedes hayan vivido esa experiencia, pero en lo que a mi persona se refiere, les juro, por ésta, que es el mejor lugar en el que he pasado las mejores experiencias de mi vida. Pobre vida, si lo quieren ver así, pero divertida y aleccionadora; y, sobre todo, créanlo o no, me ha hecho ser una mejor persona. ¡Cómo sería, si no! Tal vez, nomás por eso, hay que agradecer que existan las escuelas! Y agradecer, también, que José Navia se haya salido de sus grupos para atendernos en la *Enramada Escolar* de aquel Aguaje que ya no existe, más que en el recuerdo de mi memoria y en estas páginas que con nostalgia escribo. Y es de gente honrada, además, festejar con júbilo, que Rosendo Noriega haya tenido la audacia de aceptarme sin los papeles que garantizaban la legalidad de mis estudios y de mi capacidad escolar. Quizá por eso no termina por cuadrarme la manera cómo se quiere evaluar y dizque capacitar hoy a los profesores;

esos Quijotes que sin adarga ni escudero ya no hallan cómo pelear contra los molinos cibernéticos que los quieren sacar de las aulas en las que toda su vida ha trascurrido; con penas y glorias, si se quiere, pero es la vida que eligieron y que el propio sistema legitimó, al extenderles un nombramiento y pagarles religiosamente su quincena con un cheque que les acredita el ejercicio de su profesión. Ésta que, ahora dicen, no son idóneos para profesar. ¡Qué cosas, no!

Por eso digo que, con todo y los diversos avatares que la vida escolar conlleva, yo no concibo mi vida fuera de las aulas. Ya una vez me ausenté por completo de la escuela por espacio de año y medio, y les juro que fue una experiencia difícil de olvidar, por la nostalgia de *la querencia* que me jalaba con fuerza al terruño que me vio nacer intelectualmente y que, hasta la fecha, es la fuente de la cual nutro mis fortalezas y ataco mis debilidades en el caudaloso y apacible mar del saber escolarizado. Porque, de verdad, acá todo es muy agradable, aun y cuando nos encontremos personas desagradables que no hallan qué hacer con sus vidas y se dedican a fregar a los demás.

Todo es cuestión de hallarle el chiste y encontrarán lo bonito que contiene las escuelas. Sé, de verdad, lo escabroso de mi afirmación, pues a la escuela no vamos todos con la misma intención ni encontramos iguales alegrías; pero eso no es culpa de la Escuela como institución, sino, como dicen los políticos, de las personas que en ella confluimos y que procedemos, todos, de distintos hogares y con diversas pautas educativas y culturales. Ya lo dijo con gran perspicacia poética el inmenso vate Ramón de Campoamor

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

Y yo, de verdad les digo que a la escuela no puedo mirarla más que con el cristal del conocimiento y de la sabiduría que poseo, escasos los dos, por cierto; aderezados con mi eterna gratitud por haberme cobijado, cuando allá en El Aguaje, desolado y desvalido, no encontraba a nadie que me ayudara a sobrellevar mis anhelos de saber. Hasta que José Navia Hernández apareció con unas horas diarias de sabiduría que paliaron un poco la sed del conocimiento que me ahogaba en aquel desierto intelectual. Una sed que hoy abreva del río pedagógico que, desde entonces, han sido para mi espíritu las enseñanzas de mis profesores y las lecturas de los libros que la Escuela me hizo conocer. Esa escuela que para mí es *el lugar más bonito que conozco*. ¿A poco para ustedes no?

Escuela, educación y valores,
coordinado por José Manuel Frías Sarmiento,
se terminó de imprimir
en mayo de 2016
Tiraje: 1000

Trabajar en educación me ha dado la oportunidad de crecer en espíritu, acompañada de muchos niños que me han enseñado a sobrevivir a las depresiones, los temores y las novedades que a veces me asustan.

MARÍA MADRID ZAZUETA

El día que lleguemos a entender lo valioso que somos cada quien, el día que dejemos de atropellarnos y de agredirnos, ese día seremos grandes, porque el ser humano es lo más valioso de todo.

JESÚS LAMBERTO MARTÍNEZ ALDANA

El hogar es el primer espacio donde se adquiere educación, y mucho de lo que allí se aprenda será el reflejo de lo que afuera se ponga en práctica.

LÁZARO ARMENTA ARMENTA

ESCUELA, EDUCACIÓN Y VALORES es una historia viva, narrada en varias voces, que nos cuenta cómo es que la escuela se ha metido en nuestras vidas y cómo es que nosotros ya no queremos abandonar sus escenarios. Es la impronta escrita de profesores, alumnos e investigadores que abren las puertas del aprendizaje construido en las escuelas para mostrarnos la presencia de los valores que la educación escolar ha llevado al corazón de sus sentimientos y a la racionalidad de su pensamiento pedagógico. Es la evidencia misma de que *la escuela es un mundo lleno de valores* que no hemos sabido comprender ni ejercer con plenitud, pero que a todos nos ha tocado en las fibras más íntimas de nuestra sensibilidad personal y profesional.

AUTORES EDUCADORES

JESÚS LAMBERTO MARTÍNEZ ALDANA
EBENEZER FLORES MEDINA
CINDY MEZA NÁJERA
MIRIAM MONSERRATH RUBIO TERRIQUES
MARÍA GUADALUPE SALAZAR SÁINZ
ALFREDO ZAÑUDO MARISCAL
PERLA JAQUELINE PEINADO TOLEDO
MARÍA MADRID ZAZUETA
CLAUDIA ISABEL TABLÓN BARRERAS
LUBIA MIROSLAVA GARCÍA MONTOYA
JESÚS VIDAL PONCE
MANUEL DE JESÚS ÁLVAREZ JUÁREZ
ALMA YADIRA ZAMUDIO CAMACHO
MISAEL ROJO BOJÓRQUEZ
JESÚS GUILLERMO NIEBLAS VILLA
ONOFRE BENARD HERNÁNDEZ
SIDARTHA MILLÁN GAMIÑO
JUAN LIZÁRRAGA TISNADO
SARA EDUVIGES ALCARAZ BARRERAS
ANDREA BERRELLEZA ALTAMIRANO
JOSÉ ANTONIO CHÁVEZ ESPINOZA
LÁZARO ARMENTA ARMENTA
ÓSCAR ISAAC CORRAL ARIAS
MARÍA TERESA VILLA TAPOYA
IRASEMA SERRANO ALVARADO
ARY YAZAANYA MARTÍNEZ GUTIÉRREZ
EFRAÍN ALEMÁN GARCÍA
MARÍA DEL PILAR VALDEZ PÉREZ
NADXIELY DÍAZ GUZMÁN
JULIO CÉSAR SOTO MORENO
TERESA DE JESÚS RODRÍGUEZ URIATE
TANIA ELIZABETH FAVELA NAVARRO
JESÚS J. LERWIN NAVEJAS RODRÍGUEZ
ANTONIO KITAOKA VIZCARRA
MARICELA CAMPOS GUARDADO
JOSÉ MANUEL FRÍAS SARMIENTO